
Niñera perfecta
Nomaya Jax

Niñera perfecta

Novela Romántica Contemporánea (Spanish Edition)

Nomaya Jax

Copyright © 2025 by Nomaya Jax

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso por escrito del editor o autor, excepto según lo permitido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos.

Advertencia: La reproducción o distribución no autorizada de este trabajo protegido por derechos de autor es ilegal. La infracción penal de derechos de autor, incluida la infracción sin ganancia monetaria, es investigada por el FBI y se castiga con hasta cinco años de prisión y una multa de $250,000.

El derecho de Nomaya Jax a ser identificada como la autora de la obra ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de1988.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios, cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contents

Niñera perfecta

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Capítulo 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11

12. Capítulo 12

13. Capítulo 13

14. Capítulo 14

15. Capítulo 15

16. Capítulo 16

17. Capítulo 17

18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

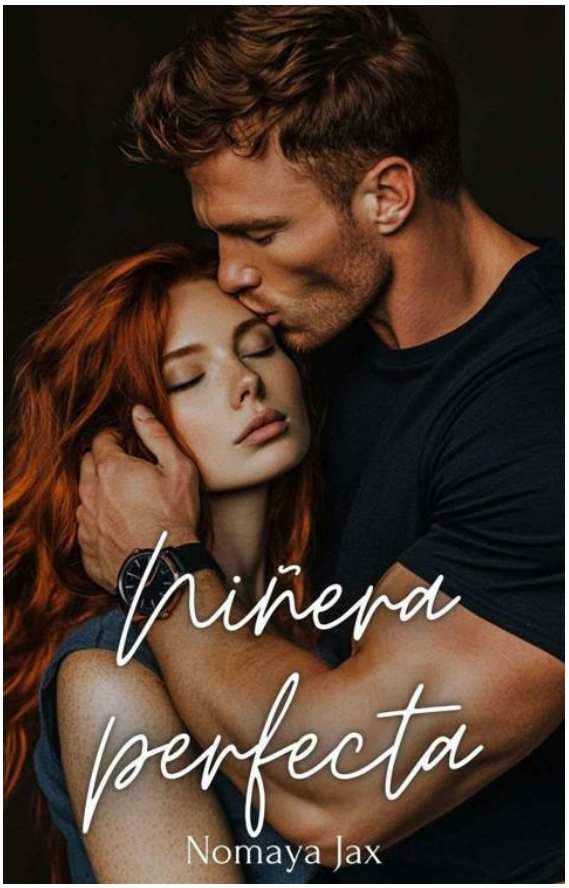
20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Anteprima: La Galería del Millonario

23. ¡Gracias!

Niñera perfecta



Acepté el trabajo para escapar de mi pasado, un nuevo comienzo como la niñera residente de una dulce niña que merece el mundo.

Pero no esperaba que su padre, Michael Fontana, me desarmara con solo una mirada.

Alto, magnético y desgarradoramente dañado, Michael es todo lo que debería evitar. Me llama cariño, pero el fuego en su mirada arde más que cualquier palabra.

Me dije a mí misma que mantendría las cosas profesionales, pero mantenerme alejada de él resultó ser imposible.

Nuestras noches juntos son salvajes, crudas e inolvidables. Pero su pasado lo atormenta, y mis secretos nunca están demasiado lejos.

Cuando me enfrento a algo que nunca vi venir, debo decidir si este amor vale la pena arriesgarlo todo o si algunas cicatrices son demasiado profundas para sanar.

MICHAEL

El peso de su brazo sobre mi pecho me sofoca. No porque sea pesado, sino porque está ahí.

Mi mirada se desvía hacia el cabello rubio esparcido sobre la almohada a mi lado, brillando con la luz del amanecer que se filtra por las ventanas. Los mechones dorados capturan el sol de una manera que me oprime el pecho—demasiado familiar, demasiado cercano a un recuerdo del que no puedo escapar.

Sarah se mueve en sueños, su respiración suave y acompasada. La sábana de algodón egipcio se enreda alrededor de sus caderas, dejándola desnuda de la cintura para arriba. Su piel es de porcelana perfecta bajo la luz del alba, todavía ligeramente sonrojada por nuestras actividades de la noche anterior. Sus curvas son de esas que harían que la mayoría de los hombres se detuvieran a mirar, que inspirarían a los artistas a tomar sus pinceles. Para cualquier otro, parecería la perfección—una diosa tendida sobre sábanas de diseñador en la cama de un millonario.

Pero para mí, es solo una sombra. Una pobre imitación de alguien a quien nunca volveré a abrazar.

Giro la cabeza hacia el elegante reloj negro montado en la pared. Las seis en punto. La casa está en silencio ahora, pero no durará mucho así. Katie despertará pronto, y Martha estará allí para recibirla. La idea de que mi hija pueda ver a Sarah aquí hace que apriete la mandíbula.

No puedo permitir eso—no lo permitiré.

Se me cierra la garganta mientras me giro de lado, extendiendo la mano para sacudir su hombro. "Sarah", murmuro.

Sus pestañas revolotean antes de que sus ojos se encuentren con los míos. Azules. Demasiado azules. Justo como los de Evelyn, pero sin la profundidad, el calor, el alma que hacía que los ojos de mi esposa se sintieran como volver a casa.

"Buenos días", dice Sarah, con la voz espesa por el sueño. Una pequeña sonrisa curva sus labios mientras se estira lánguidamente entre las sábanas. Su mano se acerca a mí, pero me aparto antes de que pueda tocarme.

"Tienes que irte."

La confusión cruza su rostro antes de que componga sus facciones en algo más neutral. Arquea la espalda de una manera que pretende ser seductora, y odio que mi cuerpo responda incluso cuando mi mente se rebela. "Es temprano", murmura, acercándose más. Sus dedos rozan mi pecho. "Quédate en la cama conmigo un rato más."

Agarro su muñeca antes de que pueda continuar su exploración, mi agarre firme pero no cruel. "Conoces las reglas", digo, endureciendo mi voz lo suficiente para dejar claro mi punto. Llevamos meses en esta danza—ella lo sabe bien.

Su expresión se tensa, un destello de dolor cruza sus facciones antes de que pueda ocultarlo. Retira su mano con cuidada deliberación, sentándose y dejando que la sábana se acumule en su cintura. La mirada que me da está herida, sus cejas se juntan mientras abre la boca para hablar. Pero cualquier argumento que haya preparado muere en sus labios. En su lugar, deja escapar un suave suspiro y balancea las piernas sobre el borde de la cama.

"No te entiendo, Michael", dice en voz baja, sus hombros encorvándose ligeramente. "Llevamos casi un año viéndonos. ¿No sientes nada? ¿Ni siquiera un poco?"

La pregunta se retuerce en mis entrañas como un cuchillo, pero mantengo mi expresión neutral mientras me incorporo, pasándome una mano por el pelo. "Sarah...", empiezo, suavizando mi tono por algo parecido a la lástima. "La única mujer que he amado fue Evelyn Fontana."

Su respiración se corta audiblemente. Pero se recupera rápidamente, su mandíbula tensándose mientras se levanta y comienza a recoger su ropa esparcida por el suelo de mi habitación.

"Tal vez deberíamos hacer una pausa", murmura, poniéndose el vestido con movimientos rápidos y bruscos que delatan su orgullo herido.

No la detengo. Simplemente la observo mientras se pone los tacones, su espalda rígida con dignidad mientras camina hacia la puerta. El suave clic cuando se cierra tras ella resuena en el silencio que deja atrás.

El aire se siente más pesado sin ella, no más ligero como debería. Exhalo lentamente y me giro hacia la mesita de noche, mis ojos cayendo sobre la fotografía que espera allí como un centinela. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras la tomo, mi pulgar acariciando el cristal como si pudiera atravesarlo y tocar el momento congelado debajo.

Evelyn.

Su cabello dorado cae en cascada sobre sus hombros en la foto, captando el atardecer de una manera que crea un halo alrededor de su rostro. Está sonriendo a la cámara, sosteniendo a Katie en sus brazos, ambas enmarcadas por el suave cielo coral y lavanda detrás de ellas. Estoy de pie detrás de ellas, una mano sobre el hombro de Evelyn, mi expresión relajada y genuina de una manera que no ha vuelto a ser desde ese día. Estamos en la playa de nuestra casa de verano en los Hamptons, Katie apenas tenía dos años, sus pequeñas manos fascinadas con el collar de su madre—el colgante de zafiro que le había regalado a Evelyn en nuestro primer aniversario. Fue la última vacación que tomamos antes de... todo.

Mi pecho se contrae dolorosamente mientras estudio el rostro de Evelyn. Debería haber atesorado más esos momentos. Debería haberla abrazado más fuerte, besado más tiempo, haberle dicho cada día que era mi mundo entero. Pero no lo hice. Di por sentado que tendríamos décadas juntos, que envejeceríamos viendo crecer a Katie, que tendríamos más hijos para amar.

Ahora solo hay este espacio vacío donde solía estar mi corazón, un vacío que nada ni nadie puede llenar.

Vuelvo a colocar la foto con cuidadosa reverencia y me obligo a moverme, sacando unos bóxers de seda del cajón y poniéndomelos. La habitación se siente demasiado grande ahora, demasiado vacía. Cruzo la extensión de suelo de madera hacia el carrito de té antiguo ubicado cerca del área de estar, su superficie plateada pulida captando la luz de la mañana.

La rutina es automática, aprendida de innumerables mañanas como esta. Agua caliente de la tetera eléctrica, té Earl Grey suelto, sin azúcar, sin crema. El rico aroma se eleva mientras sirvo, anclándome en el momento presente. Envuelvo ambas manos alrededor de la delicada taza de porcelana, dejando que su calor se filtre en mi piel mientras camino hacia el muro de ventanas.

La vista se extiende ante mí, inmutable pero nunca exactamente igual. Los jardines perfectamente cuidados se extienden desde la casa en patrones geométricos precisos, un testimonio de la dedicación de los jardineros. Más allá, el lago brilla bajo la luz temprana de la mañana, su superficie ondulándose suavemente con la brisa. Es objetivamente hermoso, pero se siente vacío—como todo lo demás desde que ella se fue.

Mis pensamientos vagan, sin ser invitados, hacia ese día. El día en que mi mundo implosionó.

Evelyn había sido la imagen de la salud durante su embarazo—fuerte, vibrante, radiante. Los médicos nos habían asegurado repetidamente que todo progresaba perfectamente, que no había motivo de preocupación. Pero cuando entró en trabajo de parto, fue como ver una pesadilla desarrollarse a cámara lenta, impotente para detenerla.

La sangre—había tanta sangre. Las voces del equipo médico se volvieron cada vez más frenéticas, superponiéndose y haciendo eco en mis oídos mientras las máquinas pitaban en un caos discordante. Sostuve su mano, susurrando promesas que no estaba seguro de poder cumplir, viendo cómo la luz en sus ojos comenzaba a desvanecerse. Y luego Connor... tan pequeño, tan quieto. Lo sostuve durante menos de un minuto antes de que se lo llevaran, sus rostros sombríos con una respuesta que no estaba listo para escuchar.

El sonido de porcelana rompiéndose me devuelve al presente. Miro hacia abajo para encontrar mi taza de té hecha pedazos a mis pies, el líquido oscuro filtrándose en la costosa madera.

Un golpe seco en la puerta me hace sobresaltar.

"¿Señor? ¿Está bien?" La voz de Walter atraviesa la puerta, tranquila y firme como siempre, pero puedo oír la preocupación bajo su tono profesional.

"Estoy bien", respondo, mi voz más cortante de lo que pretendía. "Solo... vete."

Hay una pausa antes de que sus pasos se alejen por el pasillo. Exhalo lentamente, pasándome ambas manos por el pelo mientras intento estabilizarme.

Basta. Me he permitido hundirme demasiado esta mañana.

Me dirijo con paso firme al baño principal, empujando las pesadas puertas dobles. El espacio inmenso se extiende ante mí, un estudio en lujo con suelos de mármol Calacatta climatizados que calientan mis pies con cada paso. Los accesorios cromados brillan con la luz matinal que se filtra por las ventanas escarchadas, y la cabina de ducha extragrande, con sus paredes de cristal sin marcos y sus dos alcachofas tipo lluvia, podría albergar fácilmente a media docena de personas.

Abro el agua al máximo, observando cómo el vapor comienza a elevarse en espirales delicados. Al meterme bajo el chorro ardiente, dejo que golpee mis hombros y espalda, dando la bienvenida al calor casi doloroso. No ajusto la temperatura, aceptando la incomodidad física como una distracción del dolor emocional que nunca se va realmente. El agua cae en cascada por mi rostro mientras apoyo las manos contra la fría pared de mármol, con la cabeza inclinada.

Cuando por fin salgo, la condensación se adhiere a cada superficie, transformando el baño en un santuario húmedo. Mi reflejo en el espejo extragrande está distorsionado, una metáfora apropiada de cómo me veo estos días. Limpio el vaho con la palma de la mano, estudiando con ojos críticos al hombre del otro lado. A los treinta y nueve, represento perfectamente el papel que interpreto—mandíbula afilada salpicada de barba oscura, hombros y pecho anchos endurecidos por entrenamientos implacables, sin un ápice de suavidad.

Las gotas de agua se deslizan por mi torso, siguiendo las líneas definidas de músculos que mantengo con la misma disciplina despiadada que aplico a todo lo demás en mi vida. Pero mis

ojos... son diferentes ahora. Más duros. Más vacíos. El azul profundo que Evelyn decía que le recordaba al océano después de una tormenta ahora parece frío y distante, incluso para mí.

Me visto con precisión mecánica, la rutina tan arraigada que no requiere pensamiento consciente. El vestidor es un testimonio de orden y control, un espacio más grande que algunos apartamentos que he visto. Los sensores de movimiento activan una iluminación suave cuando entro, iluminando filas de trajes a medida y corbatas de diseñador dispuestas con precisión militar. Elijo un traje Armani gris marengo, su tejido tan fino que se siente como seda líquida contra mi piel. Ajusto mis gemelos de platino—el último regalo de Navidad de Evelyn—con movimientos practicados, mi reflejo en el espejo de cuerpo entero mostrando a un hombre que parece tener todo bajo control.

El aroma a tortitas y sirope de arce caliente me recibe mientras bajo por la escalera principal. La luz dorada de la mañana se cuela por las altas ventanas. La risa de Katie flota desde la cocina. Mis pasos se aceleran involuntariamente, atraídos por ese sonido de pura alegría.

La cocina es un espacio luminoso y aireado que Evelyn diseñó ella misma, con electrodomésticos profesionales de acero inoxidable y armarios en tono crema cálido. Katie está sentada en la barra del desayuno, sus piernas balanceándose libremente debajo, y tiene delante una pila de tortitas a medio comer ahogadas en sirope. Sus rizos rubios todavía están ligeramente despeinados por el sueño.

"¡Papi!", grita, abandonando su desayuno y lanzándose del taburete.

La atrapo antes de que pueda caer. Chilla de alegría mientras la hago girar una vez antes de acunarla contra mi pecho. Sus pequeños brazos rodean mi cuello con total confianza, y planta un beso pegajoso y dulce como el sirope en mi mejilla.

"Buenos días, princesa."

Se aparta lo justo para sonreírme radiante, sus ojos azules—tan desgarradoramente parecidos a los de su madre—brillando de pura alegría. Un rocío de pecas cruza su nariz, igual que las de Evelyn, y por un momento, el peso en mi pecho se aligera lo suficiente para dejarme respirar. En estos momentos, casi puedo creer que todo estará bien.

"Buenos días, Michael", dice Martha cálidamente. Ha estado con nosotros desde que Katie tenía tres meses, más abuela que niñera. Su pelo plateado está recogido en su habitual moño pulido, y lleva el vestido azul marino almidonado que prefiere para las mañanas entre semana. La imagen familiar de ella dando la vuelta expertamente a las tortitas, sus movimientos precisos a pesar de su edad, es tan parte de nuestra rutina matutina como los saludos entusiastas de Katie.

"Buenos días, Mar—" Las palabras mueren en mi garganta cuando de repente se inclina hacia adelante, una tos áspera y húmeda brotando de su pecho. La espátula repiquetea contra la cocina mientras se agarra al borde de la encimera, sus nudillos blancos por el esfuerzo de mantenerse erguida.

"¿Martha?" La alarma me atraviesa mientras la tos continúa, volviéndose más violenta con cada segundo que pasa. El sonido está mal—profundo y ronco, como si algo intentara abrirse paso desgarrando su pecho.

Hace un gesto desdeñoso con la mano, luchando por enderezarse, pero el sonido sibilante que sigue me hiela la sangre. Su rostro se ha puesto pálido bajo su color habitualmente saludable, y puedo ver su pecho agitándose por el esfuerzo de respirar.

"¿Papi?", susurra Katie contra mi cuello, su pequeño cuerpo tensándose en mis brazos. Sus dedos se aferran a mi chaqueta, y puedo sentirla temblar. "¿Qué le pasa a Martha?"

"Todo va a estar bien, cariño", digo, forzando calma en mi voz aunque el pánico me desgarra el pecho. Mi mente corre con posibilidades horribles—ataque al corazón, derrame cerebral, embolia pulmonar. Katie ya perdió a su madre—no puede perder a Martha también. No a Martha, que ha sido más familia que empleada desde el día que cruzó nuestra puerta. No a Martha, que me mantuvo entero en aquellos días oscuros después de la muerte de Evelyn, que de alguna manera sabía exactamente cuándo ofrecer apoyo silencioso y cuándo dejarme con mi dolor.

Las rodillas de Martha se doblan, y me lanzo hacia adelante, pero nuestro mayordomo, Walter, está más cerca. La agarra del codo, sosteniendo su peso mientras ella sigue jadeando por aire. El personal de la cocina se mueve con incertidumbre, sus rostros pintados de preocupación.

"¡Llamad a una ambulancia!", grito, mi voz resonando en la cocina repentinamente silenciosa. La orden los pone en acción, una de las doncellas ya sacando su teléfono. "¡Rápido!"

MICHAEL

Katie tararea suavemente en el asiento trasero. Sus dedos agarran a Don Saltarín, el conejito de peluche que tiene desde los dos años. Por el retrovisor, observo sus rizos rubios que rebotan con cada sutil movimiento del coche, sus ojos azules grandes y curiosos mientras contempla el paisaje que pasa. El sol de la mañana ilumina su pelo en el ángulo perfecto, creando ese familiar halo dorado que me hace doler el pecho.

Estos momentos tranquilos me anclan a la realidad. Su inocencia, su infinita maravilla ante el mundo—me recuerdan por qué he construido todo lo que tengo. Por qué pasé mis veintitantos trabajando jornadas de dieciocho horas, construyendo un imperio desde nada más que determinación.

Alcanzo el teléfono, manteniendo una mano firme en el volante forrado en cuero mientras navego por el tráfico de la mañana. Los altavoces cristalinos del coche suenan dos veces antes de que la voz de mi hermana llene el habitáculo. Valencia. El nombre siempre le ha sentado perfectamente—dramático e imponente, como algo de una película del viejo Hollywood.

"Michael", dice, con un toque de diversión en su tono. "¿A qué debo esta llamada tan temprana?"

Tomo aire de manera medida, manteniendo mi voz cuidadosamente neutral. "Necesito un favor."

"¿Otro más?" Las palabras tienen un tono juguetón, pero hay un calor genuino bajo ellas. "Déjame adivinar. Necesitas que cuide a Katie por alguna crisis."

Mis dedos se tensan imperceptiblemente en el volante. "Martha está en el hospital."

La alegría desaparece de su voz al instante. "¿Martha? ¿Qué ha pasado?"

"Ha tenido un ataque de tos severo esta mañana. Lo suficientemente grave como para tener que llamar a una ambulancia." El recuerdo de la respiración jadeante de Martha hace que apriete la mandíbula. "Necesito ir a verla, pero no quiero llevar a Katie al hospital. ¿Puedes cuidarla unas horas?"

Valencia suspira, pero no hay dudas en su respuesta. "Por supuesto. Tráela a la tienda. Estamos preparando una sesión de fotos arriba, pero puedo mantenerla entretenida."

"Vale, gracias", digo antes de colgar.

Katie se anima al mencionar la tienda de su tía, inclinándose hacia adelante contra las correas de su asiento. "¿Vamos a la tienda de la tía Valencia?" Su cara entera se ilumina de anticipación, apareciendo hoyuelos en sus mejillas.

La miro por el espejo y asiento levemente. "Sí, princesa. La tía te va a cuidar un ratito." La sonrisa que se extiende por su rostro es puro sol.

"¡Me encanta la tienda de la tía! ¡Es tan brillante y bonita!"

A pesar de todo, siento que se me levanta la comisura de la boca. Solo ha estado en V. Luxe un puñado de veces, pero cada visita es como un cuento de hadas cobrado vida para ella. Igual que su madre, se siente atraída por las cosas bellas.

Mientras conduzco, mi mente vaga hacia los primeros días, antes del éxito, antes de los miles de millones. Valencia y yo no teníamos nada más que el uno al otro después del accidente de nuestros padres. Nuestra abuela hizo lo que pudo, pero el dinero siempre fue escaso. Recuerdo a Valencia a los dieciséis, dibujando diseños en cualquier trozo de papel que encontrara, soñando con ropa hermosa que no podíamos permitirnos. Cuando nuestra abuela falleció, ese impulso por triunfar, por asegurar que nunca volveríamos a pasar necesidad, se convirtió en una obsesión.

Miro a Katie otra vez, su felicidad tan pura e intacta por las dificultades. Esto es por lo que trabajé—para dar a mi familia la seguridad que nunca tuve de niño. Para dar a Valencia la oportunidad de hacer realidad sus sueños en lugar de simplemente darle dinero. La tienda había sido su visión; yo solo proporcioné la oportunidad.

Cuando llegamos a V. Luxe, Katie prácticamente vibra de emoción. Me bajo del coche, los sonidos del tráfico del centro llenando el aire mientras me muevo para abrir su puerta. Las hebillas de su asiento se abren bajo mis dedos, y la levanto, dejándola suavemente en la acera. Su pequeña mano encuentra la mía inmediatamente.

La tienda se alza como una joya entre las otras boutiques de lujo, su fachada un estudio de elegancia contenida. Granito negro y detalles dorados enmarcan ventanales del suelo al techo, donde los maniquíes lucen piezas que cuestan más de lo que la mayoría de la gente gana en un mes. El sol de la mañana se refleja en el cristal, haciendo que el logotipo dorado de V. Luxe brille como metal precioso auténtico.

El agarre de Katie en mi mano se intensifica mientras nos acercamos a las puertas de cristal. Se abren en silencio, y entramos en un mundo de opulencia cuidada. El suelo de mármol brilla como

espejos, cada baldosa importada de Italia por insistencia de Valencia. Las arañas de cristal proyectan una luz cálida sobre las exhibiciones. El aire lleva el sutil aroma de la fragancia exclusiva de Valencia—algo ligero y costoso que pasó meses desarrollando.

"Guau", suspira Katie, con la cabeza inclinada hacia atrás para mirar las arañas de cristal sobre nosotros. Su voz tiene el tipo de reverencia normalmente reservada para catedrales.

Las dependientas nos notan inmediatamente, ofreciendo sonrisas profesionales pero manteniendo su distancia.

Nos abrimos paso entre percheros de vestidos de seda y trajes a medida, hacia el ascensor privado en la parte trasera de la tienda. Los dedos de Katie se flexionan en los míos mientras esperamos que se abran las puertas.

"Cuando sea mayor", anuncia seriamente, "quiero tener una tienda como la de la tía."

Me agacho a su altura, arrugando los pantalones del traje. Extiendo la mano y coloco un mechón rebelde de pelo rubio detrás de su oreja. "¿Quieres diseñar ropa como mamá?"

Asiente, esos familiares ojos azules brillando de entusiasmo. "Mamá hacía los vestidos más bonitos. La tía me enseñó fotos en su libro especial."

Las palabras se me atrancan en la garganta, recordando a Evelyn inclinada sobre su cuaderno de bocetos, perdida en el flujo de la creación. Pero fuerzo una sonrisa en mis labios por Katie. "Serías increíble, princesa. Igual que ella."

El ascensor llega con un suave timbre, y entramos. Katie rebota sobre las puntas de sus pies mientras subimos, su emoción creciendo con cada piso que pasamos. Cuando las puertas se abren en el último nivel, es como entrar en un caos organizado.

Modelos en varios estados de vestimenta se mueven entre percheros, sus rostros lienzos en blanco esperando los pinceles de los maquilladores. Estilistas se mueven entre ellas, armadas con alfileres, cinta y determinación. Cerca de la pared de ventanas que muestran el horizonte de la ciudad, fotógrafos discuten sobre la disposición de las luces y la elección de fondos.

Y en el centro de todo está Valencia, dominando el espacio como una reina en su dominio. Su blazer color crema está perfectamente entallado. Su pelo oscuro está recogido en un moño elegante que enfatiza sus pómulos afilados—rasgos que heredamos de nuestra madre. Está en medio de criticar las elecciones de un asistente cuando nos ve.

"¡Katie!" La dureza en su expresión se derrite al instante.

Katie suelta mi mano y corre hacia su tía. Valencia la atrapa a medio camino, levantándola en un abrazo apretado. "¡Aquí está mi pequeña fashionista favorita!"

Katie envuelve sus brazos alrededor del cuello de Valencia, con cuidado de no arrugar la tela cara. "¡Quiero ser como tú cuando sea mayor, tía!"

Valencia ríe, el sonido genuino y cálido de una manera que poca gente llega a oír. Presiona un beso en la mejilla de Katie, dejando un leve rastro de su característico pintalabios rojo. "Tienes un gusto excelente, cariño." Bajando a Katie, se endereza y se gira hacia mí, su expresión volviéndose más seria. "Ve a ocuparte de lo que necesites. Estaremos bien aquí."

Asiento, la gratitud estrechándome la garganta. "Gracias."

Katie abraza mi pierna antes de que pueda irme, mirándome con total confianza. "¡Adiós, papi! ¡Me portaré bien con la tía!"

Me arrodillo sobre una rodilla, rozando su frente con un beso. "Sé que lo harás. Nos vemos pronto, ¿vale?"

Sonríe y asiente, ya distraída por el fascinante mundo de la moda que la rodea. Mientras vuelvo al ascensor, alcanzo a ver una última imagen de Valencia mostrándole a Katie un perchero de telas coloridas, los rostros de ambas iluminados por una alegría compartida.

El trayecto al hospital parece más largo de lo que debería. La imagen de Martha desplomándose se repite una y otra vez en mi mente. Ha estado con nosotros en todo—los primeros pasos de Katie, la muerte de Evelyn, incontables noches sin dormir. La idea de perderla me hiela la sangre.

Mis dedos tamborilean contra el volante mientras espero en un semáforo en rojo, recordando cómo se veía esta mañana. ¿Cómo no vi las señales? El ligero silbido en su respiración últimamente, la manera en que parecía cansarse más fácilmente. Debería haberme dado cuenta. Debería haberla llevado al médico hace semanas.

El estacionamiento del hospital está casi lleno, obligándome a aparcar en la esquina más alejada. Cada paso hacia la entrada se siente más pesado que el anterior. Las puertas automáticas se abren, liberando una ráfaga de aire que trae consigo el penetrante olor a antiséptico y enfermedad.

La zona de recepción está pobremente iluminada, con paredes beige y muebles gastados que pretenden ser reconfortantes pero que de alguna manera hacen que todo se sienta peor. En el mostrador, una enfermera con uniforme azul claro levanta la vista de su ordenador.

"Vengo a ver a Martha Reeves", digo, mi voz transmitiendo más autoridad de la que siento. "Soy su empleador."

La expresión de la enfermera se suaviza con reconocimiento. "Por supuesto, señor Fontana. Nos ha dado permiso para discutir su estado con usted." Se levanta, haciéndome un gesto para que la

siga. "Por aquí, por favor."

Caminamos por un laberinto de pasillos idénticos, las luces fluorescentes proyectando sombras duras. Los zapatos de la enfermera chirrían contra el linóleo mientras me explica el estado de Martha.

"Sus pulmones están significativamente debilitados", dice, su tono suave pero profesional. "Se ha estado exigiendo demasiado, y esto ha tenido un impacto severo en su sistema respiratorio. Necesita reposo absoluto y posiblemente cuidados a largo plazo."

Aprieto la mandíbula mientras la culpa me retuerce el estómago. Debería haber previsto esto. Debería haber contratado más ayuda, insistido en que tomara descansos.

La enfermera se detiene frente a la habitación 342. "Está con oxígeno ahora, pero intente que no hable demasiado. Necesita conservar sus fuerzas."

Asiento, preparándome mentalmente antes de entrar. La habitación está tenuemente iluminada, con los monitores pitando constantemente de fondo. Martha parece pequeña en la cama del hospital, su vitalidad habitual apagada. Su pelo gris yace lacio contra la funda azul pálido de la almohada, su piel casi tan blanca como las sábanas.

"Michael...", susurra, su voz apenas más que un suspiro.

"No intentes hablar", digo suavemente, acercándome a su cama. La silla raspa quedamente contra el suelo mientras la acerco más.

Intenta sonreír, pero es débil, una pálida sombra de su expresión cálida habitual. "Te preocupas demasiado."

Antes de que pueda responder, otro ataque de tos la asalta. La enfermera vuelve a entrar corriendo mientras Martha lucha por respirar, y yo retrocedo, inútil, observando cómo ajustan sus niveles de oxígeno y comprueban sus signos vitales. Mis manos se cierran en puños a los costados, las uñas clavándose en las palmas.

El peso de todo se desploma sobre mí—Evelyn, Connor, ahora Martha. ¿Cuánta gente puede perder una persona antes de quebrarse por completo?

LESLIE

La taza desportillada de cerámica se me escapa de los dedos temblorosos, haciéndose añicos contra el linóleo barato del suelo. El café oscuro se extiende como una mancha alrededor de mis pies descalzos, y no puedo moverme, no puedo respirar, mientras miro fijamente el mensaje de texto que brilla en la pantalla de mi móvil.

"Vamos a por ti, Leslie."

El número es desconocido, pero sé perfectamente quién lo ha enviado.

Las manos me tiemblan tanto que casi se me cae también el teléfono. Roger. El hermano mayor de Donnie. Lo había visto ayer en el juzgado, su cuerpo enorme apenas contenido en el banco de madera de la última fila. En ese momento, pensé que solo estaba allí para ver la sentencia de su hermano. Ahora me doy cuenta de que también me observaba a mí, planeando.

Los recuerdos de ayer por la mañana invaden mi mente—la cara de Donnie contorsionándose de rabia cuando subí al estrado, sus ojos normalmente cálidos y marrones ahora fríos y oscuros. La manera en que su labio se curvó en una mueca de desprecio cuando describí las cosas que me había obligado a hacer. Cómo me forzó a dejar la universidad, a cortar el contacto con mi padre, a participar en sus "negocios." La expresión del juez se había vuelto más sombría con cada detalle.

"Te lo advertí, Leslie", había gruñido mientras el alguacil se lo llevaba. *"Te vas a arrepentir de esto."*

Retrocedo tambaleándome, casi resbalando en el café derramado. El corazón me golpea contra las costillas mientras corro hacia el dormitorio, mis pies descalzos resonando contra el suelo barato. El apartamento apenas es habitable—pintura descascarada, manchas de humedad en el techo, un aire acondicionado roto que hace que el aire sea denso y viciado. Es todo lo que pude

permitirme después del arresto de Donnie, pero se suponía que era seguro. Se suponía que me daría tiempo para planear mi siguiente paso.

Las manos me tiemblan mientras abro de un tirón la pequeña cómoda, agarrando cualquier ropa que encuentro. Camisetas, vaqueros, ropa interior—todo va a parar a mi maleta hecho un desastre arrugado. El cajón se atasca cuando tiro demasiado fuerte y el riel de madera se astilla.

Hace dos años, nunca me habría imaginado acabar así. Era una buena chica, de las que sacaban sobresalientes y tenían un expediente de asistencia perfecto. El orgullo en los ojos de mi padre cuando me aceptaron en la universidad con una beca completa todavía me persigue. Entonces conocí a Donnie en una fiesta de primer año, y todo cambió. Era encantador, atento—el primer chico que me hizo sentir verdaderamente especial. Le di todo: mi virginidad, mi confianza, mi futuro. Cuando me di cuenta de cómo era realmente, ya estaba demasiado hundida.

El sonido de mi propia respiración entrecortada llena la pequeña habitación mientras agarro mi cepillo de dientes y artículos de aseo del baño, metiéndolos en mi mochila. Los frascos caen ruidosamente en el lavabo, el ruido me hace sobresaltar. Me detengo, mirando mi reflejo en el espejo agrietado. Círculos oscuros rodean mis ojos, y mi pelo rojo normalmente sedoso cuelga lacio y sin lavar. Apenas me reconozco.

Un chirrido de neumáticos en el aparcamiento de abajo me deja paralizada. Lentamente, me arrastro hasta la ventana y aparto la cortina descolorida lo justo para mirar. El estómago se me cae a los pies.

Roger está junto a un todoterreno negro, con un bate de béisbol apoyado casualmente sobre un hombro. Su pelo negro de punta sobresale bajo su sudadera gris, y esas gafas de sol familiares ocultan sus ojos. A su lado hay otro hombre, más bajo pero musculoso, con el pelo castaño muy corto y una mueca cruel en la boca.

"No, no, no", susurro, alejándome tambaleante de la ventana.

Mi maleta está junto a la puerta principal, a medio hacer y ahora inútil. Pasos pesados retumban por la escalera, y corro hacia el dormitorio, cerrando la puerta de golpe y empujando la cómoda contra ella. Todo mi cuerpo tiembla mientras los oigo llegar a mi piso.

"¿Dónde estás, pequeña soplona?", la voz de Roger, aunque amortiguada, me hiela la sangre.

La puerta principal se hace astillas hacia dentro con un estruendo que me hace saltar. Me apoyo contra la pared, las lágrimas corriendo por mi cara mientras miro frenéticamente alrededor. La ventana es mi única opción. Estoy en el segundo piso, pero hay una vieja escalera de mantenimiento justo debajo—oxidada y descuidada como todo lo demás en este edificio.

Me meto las zapatillas deportivas a toda prisa, las manos temblándome mientras ato los cordones. Fuera de la puerta del dormitorio, los oigo destrozando el apartamento. El sonido de cristales rotos y madera astillada me hace estremecer con cada golpe.

"La zorra debe estar escondida", dice una voz áspera.

"La encontraremos", gruñe Roger.

Respiro en jadeos cortos mientras fuerzo la ventana para abrirla. El aire fresco de la mañana entra de golpe, y agarro el marco con manos temblorosas. La mochila se siente imposiblemente pesada mientras maniobro a través de la ventana, mis zapatillas raspando contra el exterior de ladrillo. Los peldaños metálicos de la escalera están fríos y resbaladizos por el rocío de la mañana. No miro abajo—no puedo mirar abajo—mientras empiezo mi descenso.

Encima de mí, la puerta del dormitorio se abre de golpe con un estruendo atronador. Mis dedos se aferran a la escalera con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. Cada músculo de mi cuerpo grita que me mueva más rápido, pero un paso en falso podría enviarme en picado al pavimento.

"¿Dónde coño se ha metido?", la voz de Roger hace eco desde el dormitorio.

Llego al suelo, las piernas temblándome tanto que casi me derrumbo. Mi coche está aparcado detrás del edificio—algún instinto ayer después del juicio me dijo que lo aparcara allí en lugar de en mi sitio habitual. Nunca he estado más agradecida por una decisión al azar.

Las llaves. Dios mío, ¿dónde están mis llaves?

Hurgo en mi mochila con movimientos frenéticos, intentando no hacer ruido. Mis dedos rozan metal frío, y el alivio me inunda. "Gracias", suspiro, agarrándolas con fuerza.

Encima de mí, oigo el grito furioso de Roger. Han encontrado la ventana abierta.

Me lanzo al asiento del conductor, metiendo la llave en el contacto. El motor cobra vida justo cuando Roger y su amigo salen del edificio como una exhalación. Sus gritos me persiguen mientras acelero a fondo, la grava saltando tras mis ruedas. Por el retrovisor, veo a Roger lanzar el bate de béisbol con frustración, pero ya estoy girando hacia la calle principal.

Las manos no dejan de temblarme mientras conduzco, poniendo toda la distancia posible entre el apartamento y yo. Las lágrimas me nublan la visión, y me las limpio con rabia.

¿Cómo permití que esto pasara? ¿Cómo acabó aquí aquella estudiante de primer año de ojos brillantes con sueños de ser profesora?

La gasolinera aparece más adelante, sus luces fluorescentes parpadeando en la penumbra de la mañana. Me detengo, con la respiración aún irregular. La guantera me proporciona un billete de diez dólares arrugado—suficiente al menos para llegar al siguiente pueblo.

Mientras echo gasolina, mi mente vaga hacia mi padre. Solíamos ser tan cercanos. Cada domingo por la mañana, hacíamos tortitas juntos, y me contaba historias sobre mi madre—los buenos recuerdos, antes de que nos dejara. Intentó advertirme sobre Donnie. El recuerdo de nuestra última conversación real me hace doler el pecho.

"Hay algo que no está bien con ese chico, Leslie", había dicho, su voz tensa de preocupación. *"La forma en que te mira... como si fueras algo de su propiedad."*

Por supuesto, yo había defendido a Donnie. Acusé a mi padre de ser sobreprotector, de no entender nuestro amor. Ahora, dos años después, entiendo exactamente lo que él había visto.

Conduzco hasta que la ciudad desaparece tras de mí, el agotamiento asentándose profundamente en mis huesos. Cuando veo un pequeño hotel al lado de la carretera, entro en el aparcamiento. El móvil me pesa en el bolsillo mientras marco el número de mi padre. Suena tres veces antes de que conteste.

"¿Leslie?" Su voz suena áspera.

"Papá..." Se me quiebra la voz. "Necesito ayuda."

El silencio se extiende entre nosotros, cargado con dos años de dolor y decepción. "¿Dónde estás?"

"En un hotel. Yo... tuve que dejar el apartamento. Roger apareció—"

"Te dije que esto pasaría." Suena cansado. "Te dije que meterte con Donnie te destrozaría la vida."

Las lágrimas me resbalan por las mejillas. "Lo sé, papá. Tenías razón. Fui estúpida e ingenua y —" Un sollozo se me atraganta en la garganta. "Por favor. Solo necesito lo suficiente para empezar de nuevo. Para encontrar un nuevo lugar, quizás volver a estudiar—"

"Ya tienes veintiún años, Leslie. Edad suficiente para vivir con tus decisiones."

"Papá, por favor. Ayer testifiqué contra él en el juicio. Estoy intentando arreglar las cosas."

Suspira profundamente. "¿Cuánto necesitas?"

"No lo sé. Lo que puedas darme. Solo... necesito desaparecer por un tiempo."

Otra larga pausa. "Mira tu cuenta en cinco minutos." La línea se corta.

Me quedo en el coche, los hombros temblando con sollozos silenciosos. Cuando mi móvil suena con una notificación, lo veo—**5.000** euros ingresados en mi cuenta. Con dedos temblorosos, escribo un simple "Gracias." No responde, pero no importa. Es suficiente para empezar de nuevo.

El vestíbulo del motel huele a limpiador industrial y cigarrillos rancios. El suelo de baldosas está agrietado en algunos lugares, y las paredes son de un beige sucio que quizás fue alegre hace

décadas. Detrás del mostrador, un hombre de mediana edad levanta la vista de su teléfono, entrecerrando ligeramente los ojos mientras examina mi aspecto desaliñado.

"Necesito una habitación", digo, con la voz ronca de tanto llorar.

Me estudia un momento más, probablemente preguntándose si soy algún tipo de yonqui. Finalmente, asiente y empieza a teclear en su ordenador antiguo. Quiero decirle que antes era otra persona—una buena chica con un futuro brillante. Pero esa Leslie ahora se siente como una extraña, como un personaje en la historia de otra persona.

"¿Cuánto tiempo necesita la habitación?" Sus dedos flotan sobre el teclado, su expresión aburrida pero de alguna manera crítica.

Me abrazo a mí misma, de repente consciente de lo sospechosa que debo parecer. "Yo... no lo sé. ¿Tal vez un par de días?"

Levanta ligeramente las cejas. "¿Cómo no sabe cuánto tiempo se va a quedar?"

Trago saliva con dificultad, obligándome a mantener su mirada. "Vale. Empecemos con una semana. Puedo prolongar si lo necesito, ¿verdad?"

Asiente lentamente. "Sí. La misma tarifa, pagada por adelantado." Desliza una llave por el mostrador, atada a una etiqueta de plástico marcada con el 217.

El pasillo hacia mi habitación es un desfile de las vidas de otras personas. Una pareja discutiendo tras paredes finas como papel en el 215, sus voces subiendo y bajando como una marea tóxica. Desde el 216, el inconfundible crujido rítmico de un somier y gemidos entrecortados. Al acercarme al 217, el estruendo de un televisor me asalta los oídos—algún concurso con el volumen tan alto que todo el edificio debe poder oír el falso entusiasmo del presentador.

Dentro, la habitación huele a humo de cigarrillo rancio y ambientador barato. Dejo caer mi mochila junto a la puerta y me hundo en la cama, los muelles protestando bajo mi peso.

Las manos me tiemblan ligeramente mientras saco el móvil. Necesito un plan. Uno de verdad, no solo huir y esconderme. Abriendo Google, escribo: **"trabajos que incluyen alojamiento."**

Las sugerencias aparecen rápidamente: "cuidador/a interno/a", "encargado/a de apartamentos", "personal de cruceros", y allí, cerca de la parte superior: "puestos de niñera interna."

Me detengo, con el dedo flotando sobre el enlace. Las imágenes destellan en mi mente—tardes de verano cuidando a los niños Henderson de al lado, enseñándole a la pequeña Amy cómo trenzar el pelo de sus muñecas, ayudando a Tommy con sus tablas de multiplicar. Eso fue antes de Donnie, antes de que todo saliera mal. Cuando todavía sabía quién era.

"¿Qué tan difícil puede ser?", murmuro, haciendo clic en el enlace. Una página web llamada Colocaciones de Niñeras de Élite se carga, su diseño limpio y profesional en marcado contraste

con mi entorno. Creo una cuenta, mis dedos moviéndose más rápido mientras la determinación crece en mi pecho.

Esto podría funcionar. Un nuevo comienzo, un lugar seguro para vivir, una oportunidad de ser alguien nueva—alguien mejor. Mientras empiezo a rellenar solicitudes, siento algo que no había sentido en mucho tiempo: esperanza.

MICHAEL

La habitación de Martha huele a aséptico, una inquietante mezcla de antiséptico y el tenue aroma floral del ambientador enchufado en la pared.

La escena me recuerda demasiado a otra habitación de hospital, otra cama, otra mujer que no pude proteger. Obligo al recuerdo a desvanecerse, enterrándolo en lo profundo donde no pueda paralizarme.

Me quedo de pie junto a su cama, con las manos hundidas en los bolsillos para evitar que tiemblen.

"Necesito volver", murmura Martha con voz ronca. "Katie estará preguntándose dónde estoy. Y tienes esa reunión con—"

"Martha", la interrumpo con suavidad. "Basta. No estás bien. Has estado con nosotros desde que Katie tenía tres meses. Has dado todo por nuestra familia. Pero es hora de que te cuides."

Su frente se arruga y sus labios tiemblan bajo la mascarilla de oxígeno. "¿Qué quieres decir?"

Tomo aire profundamente, preparándome para lo que viene. "Quiero decir... que necesitas dar un paso atrás. Ya no puedes cuidar de Katie, no como ella necesita. Y si no te cuidas, no estarás aquí para disfrutar la vida que te has ganado."

"Pero me necesita", protesta Martha débilmente, con lágrimas formándose en sus ojos. "Después de todo lo de... lo de Evelyn... Katie necesita estabilidad."

La mención de Evelyn me golpea como un puñetazo físico. Trago con dificultad. "Katie te necesita sana. Y ahora mismo, no lo estás."

"Puedo descansar unos días", intenta decir, pero otra tos la interrumpe, resonando profundamente en su pecho.

Espero hasta que la tos se calma antes de volver a hablar. "Martha, escúchame. Me ocuparé de tus gastos médicos. Me aseguraré de que tengas cuidados a largo plazo, todo lo que necesites.

Pero no puedo permitir que sigas exigiéndote así. No voy a tener otra—" Me detengo, pero ambos oímos las palabras no dichas. Otra muerte que podría haber evitado.

Me mira fijamente, con los labios temblorosos. "Pero Katie..."

"Katie estará bien", le aseguro, aunque las palabras suenan a mentira. "Necesitas descansar. Relajarte." Hago una pausa y añado: "¿Recuerdas la cabaña junto al mar? ¿La que tanto te gusta?"

Sus ojos se abren ligeramente, un destello de luz atravesando la tristeza. La ha adorado durante años, atraída por su tranquila soledad y las vistas al océano.

"Ahora es tuya, Martha", digo, mi voz quebrándose lo suficiente para delatar cuánto me duele esto. "Siempre te ha encantado estar allí. Es tranquila, está a una hora de distancia, y puedes ver el océano desde cada ventana. Te mereces esa paz."

"Michael, no puedo aceptar—"

"Puedes, y lo harás." Le aprieto la mano. "Considéralo un regalo de jubilación. Un agradecimiento por todo lo que has hecho por nosotros."

Las lágrimas brotan de sus ojos mientras asiente lentamente. "Vendréis a visitarme Katie y tú, ¿verdad?"

Tomo su mano, áspera por años de cuidados y devoción, y la beso suavemente. "Por supuesto que iremos. Has hecho tanto por nosotros. Gracias, Martha, por todo."

Sonríe débilmente, sus labios temblando de emoción. "Cuida de nuestra niña."

Las palabras resuenan en mi cabeza mientras salgo de la habitación. Nuestra niña. Así había sido siempre—Martha, Evelyn y yo, todos amando a Katie con todo lo que teníamos.

Ahora solo estoy yo, y nunca me he sentido menos cualificado para el trabajo.

El coche se siente asfixiante cuando me deslizo en el asiento del conductor. Agarro el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. El peso de todo—perder la ayuda de Martha, tener que encontrar a alguien nuevo en quien confiar con Katie, los recuerdos de Evelyn—me presiona hasta que siento que no puedo respirar.

"Joder", murmuro, golpeando el volante con la mano. El sonido seco retumba en el espacio cerrado. Un recuerdo destella en mi mente—Evelyn sentada en este mismo asiento del copiloto cuando hablamos de tener un segundo bebé. Evelyn llorando mientras me suplicaba que entendiera.

"Katie es suficiente, Michael", había dicho. *"Somos suficientes los tres. ¿Por qué no puedes verlo?"*

Pero no la escuché. Estaba demasiado centrado en lo que creía que necesitábamos—en lo que creía que me merecía. Un hijo. Un heredero. Otra pieza perfecta de mi vida perfecta.

No me permito llorar. No puedo. No ahora.

Agarro el móvil y llamo a mi asistente, con la mandíbula tan apretada que me duele. Contesta al segundo tono, su voz nítida y profesional.

"¿Señor Fontana?"

"Necesito que programes entrevistas para niñera", digo, con tono cortante. "Lo antes posible. Cancela mis reuniones si es necesario."

Hay una pausa, luego un tentativo "¿Qué ha pasado con Martha?"

"Solo hazlo", la corto bruscamente. "Que sea mañana."

"Sí, señor", responde.

Cuelgo sin decir más, lanzando el teléfono al asiento del copiloto. Otro recuerdo me golpea—Evelyn riendo mientras entrevistaba niñeras cuando nació Katie, su instinto siempre perfecto con la gente. Había sabido que Martha era especial desde la primera entrevista.

Estoy a medio camino de la tienda de Valencia cuando mi móvil vibra con un mensaje.

Valencia: *"Katie está en el apartamento. Necesitaba una siesta."*

Giro el coche hacia su ático en su lugar, mis manos agarrando el volante con fuerza. La ciudad se difumina a mi paso mientras navego la ruta familiar hacia el edificio de lujo que le compré hace cuatro años. Es el tipo de regalo que le haces a alguien que ya lo tiene todo—un ático con vistas a su imperio. Desde su balcón, puede ver el elegante edificio que alberga su marca de moda, un testimonio de su ambición y éxito.

El portero asiente cuando entro, su expresión neutral pero educada. El viaje en ascensor parece interminable, el suave zumbido del motor no hace nada para calmar mis nervios alterados. Cada piso trae otro recuerdo de Evelyn—cómo había ayudado a Valencia a decorar este lugar, su ojo experto transformándolo de otro ático de lujo más en algo únicamente Valencia.

Cuando las puertas se abren, los suelos de mármol del apartamento de Valencia brillan bajo la lámpara de cristal. El espacio es un reflejo perfecto de ella—elegante, moderno y descaradamente lujoso. Los muebles de diseño están dispuestos con la precisión de una sesión fotográfica, y percheros con muestras de ropa se alinean en una pared como un improvisado showroom. Un boceto a medio terminar yace abandonado sobre la mesa de café de cristal, las líneas de lápiz audaces y seguras.

El boceto me llama la atención—un vestido de noche, del tipo que Evelyn solía diseñar antes de... antes de todo. Antes de que la convenciera de que ser la señora de Michael Fontana era más

importante que su carrera. Antes de que lentamente fuera destruyendo todo lo que la hacía ser quien era.

Valencia aparece desde la cocina, una copa de vino en la mano. Se ve impecable como siempre, su blusa de seda crema y pantalones a medida irradiando un estilo sin esfuerzo. Pero su mirada aguda se suaviza al ver mi aspecto.

"Michael", dice, señalando hacia el balcón. "Tienes una pinta horrible."

La sigo a través de las puertas de cristal, el aire fresco de la noche golpeando mi cara. El espacio aún conserva los toques de Evelyn—las macetas de hierbas cuidadosamente dispuestas, las tumbonas elegidas a mano que había insistido harían que el espacio se sintiera más como un hogar. La ciudad se extiende ante nosotros, un lienzo brillante de luces y sombras.

Valencia agarra una botella de vino tinto del pequeño bar exterior y me sirve una copa sin preguntar. La acepto agradecido, hundiéndome en una de las mullidas sillas.

"Martha se jubila", digo después de un largo sorbo.

La frente de Valencia se arruga mientras se sienta frente a mí, su expresión seria. "Siento oír eso. Es la única persona en la tierra en quien he confiado alguna vez para cuidar a Katie—además de ti."

"Sí", murmuro, haciendo girar el vino en mi copa. "Yo también."

Me observa por un momento, luego dice: "Si necesitas que cuide a Katie mañana, puedo hacerlo. Sabes que me encanta tenerla cerca."

"Estás demasiado ocupada, Valencia."

Sus ojos se entrecierran. "¿Demasiado ocupada para Katie? Cómo te atreves."

"Viajas fuera del país cada dos semanas", señalo, con voz teñida de frustración. "Vas a casi todos los eventos sociales del calendario, organizas un desfile de moda casi cada fin de semana, y los viernes estás bebiendo desde el mediodía."

Resopla, cruzándose de brazos. "¿Y qué? Puedo llevarme a Katie conmigo. Puede viajar—Tokio, Milán, París. Ya quiere ser como yo."

"Quiere ser como su madre", digo en voz baja, las palabras doliendo más de lo que esperaba.

Valencia se estremece, su dura exterior agrietándose. Saca un cigarrillo, sus manos temblando ligeramente mientras lo enciende. El humo se eleva hacia el aire nocturno como viejos fantasmas, recordándome todas las noches que ella y Evelyn pasaron en este mismo balcón, compartiendo secretos y sueños mientras yo observaba desde dentro, siempre sintiéndome como un intruso en su amistad.

"Creía que lo habías dejado", digo, arqueando una ceja.

"Lo dejé", responde, exhalando una fina corriente de humo que se disipa en la brisa nocturna. "Pero volví a empezar... de vez en cuando. Después de que Evelyn muriera." Da otra calada, su voz suavizándose. "Sabes que era mi mejor amiga antes de ser tu esposa. Antes de que ignoraras todas las advertencias que te di sobre perseguirla."

El viejo argumento flota entre nosotros, cargado con años de resentimiento no expresado. Valencia me había suplicado que no saliera con Evelyn, había jurado que tenía un mal presentimiento sobre nosotros juntos.

"Te lo dije", continúa, su voz tensa de emoción. "Te dije que la dejaras en paz. Era feliz diseñando para mi marca. Estaba prosperando. Pero tenías que tenerla, ¿verdad? Tenías que convertirla en tu perfecta esposa de sociedad."

"Valencia—"

"Vino a verme, ¿sabes?" La mano de Valencia tiembla mientras sacude la ceniza en el cenicero de cristal. "Estaba aterrada. No paraba de decir que no podía hacerlo otra vez. Tenía pesadillas sobre el parto. Pero le daba más miedo decepcionarte."

La confesión de Valencia me hace arrepentirme de las cosas que le dije. Le dije que debería estar agradecida de que quisiera tener más hijos con ella.

Dejo mi copa sobre la mesa de cristal con más fuerza de la necesaria. "¡Y ahora está muerta!", estallo, las palabras cortando el aire nocturno como una navaja. "Por mi culpa. Porque la dejé embarazada. Porque la destruí."

Valencia apaga el cigarrillo, con expresión afligida. Intenta alcanzar mi mano por encima de la mesa, pero me aparto, la culpa ardiendo en mi pecho como ácido.

"Lo siento", susurra. "No pretendía abrir viejas heridas."

"Me siento culpable cada día", confieso, con la voz quebrada. "Cada. Maldito. Día."

La miro fijamente, el peso de la verdad aplastándome. "Tienes razón." Me paso una mano por el pelo con frustración. "Ella no quería quedarse embarazada otra vez, V. Solo quería a Katie. ¿Pero sabes lo que le dije?"

Valencia niega con la cabeza, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. Ambos conocemos la respuesta, pero necesito decirlo, necesito castigarme con las palabras.

"Le dije que necesitaba un hijo para continuar mi legado", digo, con la voz apenas por encima de un susurro. "Y ahora los he perdido a los dos."

Las lágrimas resbalan por sus mejillas mientras me levanto, dando un paso atrás hacia las puertas de cristal. El aire entre nosotros se siente pesado, cargado de dolor y arrepentimiento y todas las cosas que nunca decimos sobre aquella época—sobre cómo las advertencias de Valencia

resultaron ser una oscura profecía, sobre cómo ella no solo perdió a su mejor amiga sino también parte de su relación conmigo.

Sin decir una palabra más, atravieso el ático hasta la habitación de invitados y tomo a Katie en mis brazos. Su pequeño cuerpo se relaja contra el mío, su cabeza apoyada en mi hombro mientras le acaricio la espalda en círculos tranquilizadores. Está cálida por el sueño, sus rizos rubios haciéndome cosquillas en el cuello, recordándome todo por lo que aún tengo que vivir.

Valencia se queda de pie en el umbral, sus brazos cruzados firmemente sobre el pecho. "Puedo cuidarla mañana", ofrece de nuevo, su voz espesa de emoción.

"No será necesario", respondo.

Mientras salgo al pasillo, Katie se mueve ligeramente, murmurando algo en sueños que suena como "Mamá." Le doy un beso en la sien y la abrazo un poco más fuerte, mi corazón doliendo con el peso de todo lo que he perdido—y todo lo que aún tengo que proteger.

MICHAEL

Mi móvil vibra contra la mesita de noche, la pantalla iluminándose con el nombre de Sarah. El tono estridente atraviesa la quietud del amanecer, haciéndome estremecer. Alargo la mano por costumbre, entrecerrando los ojos ante la pantalla. Sarah. Otra vez. Es la tercera vez desde ayer por la tarde. El peso de la culpa y la irritación se asienta en mi pecho mientras envío la llamada al buzón de voz.

No puedo lidiar con ella ahora—no puedo manejar la forma en que intenta llenar un vacío que nunca podrá llenarse. La manera en que finge que nuestro acuerdo es algo más de lo que es. Una crisis a la vez.

Mis dedos encuentran el familiar marco plateado junto al teléfono. La misma foto familiar con Evelyn que busco cada mañana.

"Eras la mejor leyendo a la gente", susurro a la foto, mi voz áspera de emoción. "Siempre sabías exactamente en quién confiar. Por favor, envíanos a alguien bueno." Mi pulgar acaricia el cristal frío. "No puedo hacer esto solo."

Las palabras flotan en el aire, pesadas de verdad. Vuelvo a colocar el marco con cuidado, exactamente donde pertenece, y me obligo a sentarme. La pálida luz del sol se filtra por las rendijas de las cortinas, marcando el inicio de otro día que no se siente nuevo. Solo se siente como más peso presionando, más responsabilidades que no estoy seguro de poder manejar.

Me quito las sábanas de encima y me dirijo al baño, mis pies descalzos silenciosos contra el suelo de mármol climatizado. La ducha corre lo suficientemente caliente para enrojecer mi piel, pero apenas lo siento. Cuando salgo, evito mi reflejo en el espejo empañado. No necesito ver el agotamiento que sé que está escrito en mi rostro.

Como no voy a la oficina, elijo algo casual pero elegante—un suave jersey de cachemir gris y pantalones negros a medida. Sin corbata. Sin la armadura de Armani hoy. Solo un padre

intentando mantener su mundo unido.

Las risitas de Katie hacen eco por los pasillos mientras bajo por la escalera principal, el sonido aligerando el aire pesado. El aroma del café flota desde la cocina, y por un momento, espero oír la voz de Martha, cantando una de sus canciones matutinas mientras prepara el desayuno. El silencio donde debería estar su voz golpea más fuerte de lo que esperaba.

Encuentro a Katie en la mesa del desayuno, sus rizos rubios captando la luz de la mañana mientras hace bailar a su conejito de peluche, Don Saltarín, sobre la madera pulida. Todavía lleva su pijama de unicornios, sus pequeños pies balanceándose bajo la silla.

"Buenos días, princesa", digo, inclinándome para besar su cabeza.

"¡Papi!" Su cara entera se ilumina mientras se gira hacia mí.

"¿Qué tal unas tortitas hoy?"

Sus ojos se agrandan con una mezcla de emoción y lo que podría ser preocupación. "¿Las vas a hacer tú?"

"Por supuesto." Le guiño un ojo, proyectando más confianza de la que siento. "Soy un chef experto. ¿No lo sabías?"

Se ríe, cubriéndose la boca con ambas manos. "No, no lo eres, papi."

"Me hiere tu falta de fe", declaro, presionando una mano contra mi pecho dramáticamente. Su risa se duplica, el sonido pura alegría.

Me dirijo a la cocina a grandes pasos, remangándome como si estuviera a punto de crear una obra maestra. El personal ronda cerca, sus expresiones variando entre preocupadas y divertidas. No me han visto intentar cocinar desde... bueno, desde que Evelyn estaba viva. Walter, que ha estado con nosotros casi tanto tiempo como Martha, levanta una ceja mientras agarro un bol para mezclar.

"Señor", comienza, su tono cuidadosamente diplomático, "quizás podría ayudar—"

"Tonterías, Walter." Lo despido con lo que espero sea autoridad casual. "Soy prácticamente un chef gourmet."

Las risitas de Katie flotan desde el comedor. "¡Papi hace caras graciosas cuando cocina!"

"No es verdad", protesto, incluso mientras me doy cuenta de que estoy frunciendo el ceño en concentración mientras mido la harina.

La masa se junta... adecuadamente. Está un poco grumosa, pero así es como debe estar, ¿verdad? La vierto en la sartén caliente con lo que creo que es un toque profesional. Por un momento, mientras la masa se extiende y empiezan a formarse burbujas, realmente creo que podría lograrlo.

Entonces los bordes empiezan a curvarse. Y a ennegrecerse. Y de repente—

"¡Fuego!" La voz de Katie resuena mientras las llamas saltan de la sartén.

El personal de cocina se dispersa mientras Walter se mueve con sorprendente velocidad, extintor ya en mano. Un silbido agudo de espuma rocía la cocina, extinguiendo el pequeño incendio antes de que pueda propagarse. El olor acre de tortita quemada y productos químicos llena el aire.

Katie está de pie en la puerta, sus pequeñas manos presionadas contra su boca, los ojos muy abiertos pero brillando con risa apenas contenida.

Me quedo mirando el desastre cubierto de espuma, luego la expresión cuidadosamente neutral de Walter. Sostiene el extintor como un soldado en posición de firmes, esperando órdenes.

"Bueno", digo finalmente, "eso no era parte de la receta."

Katie estalla en risitas. "¡Papi hizo tortitas de fuego!"

"Ciertamente lo hice." Me giro hacia ella. "Pero quizás deberíamos quedarnos con los cereales. ¿Qué te parece, cariño?"

"¡Me parece genial!" Rebota sobre las puntas de sus pies. "¿Puedo tomar el que tiene nubes de azúcar?"

"Absolutamente no", digo, pero ya estoy alcanzando el cereal azucarado que tanto le gusta. "Pero solo por esta vez."

Mientras le sirvo el cereal y la leche, el peso de todo vuelve a asentarse sobre mis hombros. Martha hacía que esto pareciera tan fácil—las tortitas perfectas, la fruta fresca dispuesta en patrones que hacían que Katie aplaudiera de alegría, la manera en que de algún modo sabía exactamente lo que todos necesitaban antes de que lo pidieran. La cocina se siente vacía sin su suave tarareo y su gentil presencia.

Katie ataca su cereal con entusiasmo, y me siento frente a ella, observándola comer. ¿Cómo se lo digo? ¿Cómo le explico que otra persona que ama se va?

"Princesa", empiezo con cuidado, "tenemos que hablar de algo."

Levanta la mirada, la leche goteando de su cuchara. "¿Es sobre que Martha está enferma?"

A veces olvido lo perceptiva que es. "Sí. Martha necesita tomarse un descanso para mejorarse. Vamos a tener una nueva niñera que nos ayude por un tiempo."

Su cuchara se detiene a medio camino de su boca, frunciendo el ceño de esa manera que la hace parecer tanto a su madre. "¿Volveré a ver a Martha?"

"Por supuesto que sí." Extiendo la mano a través de la mesa para apretar su pequeña mano. "La visitaremos en su nueva casa junto a la playa. Solo necesita tiempo para descansar y recuperar fuerzas."

Procesa esto, su pequeña cara seria. "¿Lo prometes?"

"Lo prometo." Levanto mi dedo meñique, y ella entrelaza el suyo con el mío solemnemente. "Martha te quiere muchísimo. Solo necesita cuidarse ahora mismo."

Katie asiente, aparentemente satisfecha. "¿Podemos hacerle tarjetas para que se mejore?"

"Es una idea maravillosa." Sonrío, el pecho apretado de amor por esta pequeña persona que siempre piensa en los demás. "Lo haremos después de tu siesta, ¿vale?"

Después del desayuno, la llevo arriba a su cuarto de juegos. El espacio es un paraíso infantil—paredes rosa suave cubiertas con calcomanías de mariposas que Evelyn eligió antes de que Katie naciera, estanterías llenas de libros y juguetes, una mesa de tamaño infantil perfecta para fiestas del té. Coloco sus peluches favoritos y enciendo la tele, encontrando su canal de dibujos preferido.

"Quédate aquí un ratito, ¿vale?" Le aliso el pelo. "Tengo que hablar con alguien abajo."

"Vale, papi." Ya está organizando sus juguetes alrededor de la mesita. "Voy a hacer una fiesta del té. Don Saltarín es el invitado de honor."

Le beso la frente. "Diviértete, princesa."

El timbre suena justo cuando llego al pie de las escaleras, el sonido agudo y claro en la casa silenciosa. Mi estómago se tensa con anticipación e inquietud. Debe ser ella—la niñera que se supone que debo entrevistar. La que debe ocupar el lugar de Martha, ayudar a mantener unido nuestro frágil mundo.

Me aliso el jersey, me paso una mano por el pelo y abro la puerta.

La vista al otro lado me corta la respiración en la garganta.

Es impresionante de una manera que me pilla completamente desprevenido. Su pelo es de un rojo profundo y vibrante que cae más allá de sus hombros en ondas naturales, captando la luz de la mañana como fuego líquido. Sus ojos son de un verde esmeralda llamativo, enmarcados por largas pestañas que los hacen parecer aún más dramáticos. Una ligera salpicadura de pecas cruza su nariz, suavizando el impacto de su belleza en algo más accesible, más real.

Pero es su sonrisa lo que verdaderamente me atrapa—cálida y genuina, con solo un toque de nerviosismo que la hace parecer más vulnerable. Sus labios llenos se curvan hacia arriba naturalmente, revelando dientes blancos y perfectos, y me encuentro mirando más tiempo del que debería.

Lleva una blusa verde esmeralda entallada que combina perfectamente con sus ojos, la seda adhiriéndose a curvas que me hacen sentir la boca seca. La blusa está metida en unos pantalones negros de talle alto que de alguna manera logran parecer tanto profesionales como

pecaminosamente favorecedores. Unos simples tacones negros completan el conjunto, añadiendo altura a su ya grácil figura.

Por un momento, no puedo hablar. Se me cierra la garganta mientras el calor me recorre, una atracción no deseada pero innegable que me hace apretar la mandíbula. Mi mirada baja brevemente, captando el sutil subir y bajar de su pecho, la manera en que su blusa se tensa ligeramente sobre sus pechos. Mi cuerpo responde al instante, el deseo enroscándose en mi vientre, y tengo que obligarme a volver a mirar su rostro.

"¿Señor Fontana?", pregunta, y hasta su voz me afecta—suave y melodiosa, con un toque de algo que me hace querer oír más.

Me aclaro la garganta, retrocediendo para dejarla entrar. "Sí. Por favor, pase."

Mientras pasa junto a mí, capto su aroma—una sutil mezcla de vainilla y algo floral que envuelve mis sentidos como seda. El suave contoneo de sus caderas al caminar atrae mi mirada, y tengo que conscientemente apartar la vista. El calor me hormiguea en la nuca, y de repente soy muy consciente de lo cerca que está en los confines del recibidor.

Esto va a ser más que un desafío. Esto podría ser peligroso.

LESLIE

Dudo antes de presionar el timbre, mi corazón retumbando contra mis costillas.

La mansión se alza ante mí como algo salido de un sueño—o de una película sobre cómo viven los ricos. Dos pisos de ventanas relucientes y piedra perfecta, enmarcados por jardines inmaculados que me hacen pensar en cuentos de hadas. Está a mundos de distancia del motel infestado de cucarachas donde pasé la noche anterior, con sus alfombras manchadas y paredes finas como papel.

Mis dedos alisan mi blusa verde esmeralda por décima vez. Es lo más elegante que poseo, elegida cuidadosamente para hacer juego con mis ojos. La tela está empezando a desgastarse en las costuras, pero no se nota a menos que mires de cerca. Al igual que no se nota que apenas he dormido, que mi apariencia profesional se mantiene unida con desesperación y plegarias.

El nombre en mi solicitud destella en mi mente: Leslie Rose. No Leslie Rossi. Nunca más Rossi. Incluso con Donnie en prisión, no puedo arriesgarme a usar ese apellido. No puedo arriesgarme a que me encuentren.

Presiono el timbre antes de perder el valor. El sonido resuena dentro, rico y melodioso.

La puerta se abre, y mi saludo cuidadosamente ensayado muere en mi garganta.

Dios mío.

El hombre ante mí es absolutamente impresionante. Alto y de hombros anchos, su jersey gris casual no hace nada por ocultar su constitución atlética. Pelo oscuro ligeramente despeinado, como si hubiera estado pasándose los dedos por él. Pero son sus ojos los que me atrapan—el azul más intenso que he visto jamás, como un cielo de verano justo antes de que lleguen las nubes de tormenta. Su mandíbula es fuerte, salpicada con la cantidad justa de barba incipiente como para que mis dedos sientan el impulso de tocarla. Este tiene que ser Michael Fontana, aunque parece más apropiado para la portada de una revista que para esta casa inmensa.

Me obligo a respirar. Céntrate, Leslie. Esto no es sobre atracción. Es sobre supervivencia.

"¿Señor Fontana?", logro mantener mi voz firme, profesional.

"Sí", dice, su voz profunda y rica. "Por favor, pase."

Paso junto a él hacia el vestíbulo, intensamente consciente de su presencia detrás de mí. El espacio es magnífico—techos altísimos, suelos de mármol que resuenan bajo mis tacones, una lámpara de cristal que probablemente cuesta más que todo lo que he poseído jamás. El aroma del café perdura en el aire, mezclándose con algo cálido y masculino que debe ser su colonia.

"Por aquí", dice, guiándome hacia lo que parece ser una biblioteca. La habitación es toda madera oscura y cuero, estanterías del suelo al techo alineadas con volúmenes encuadernados en piel. Enormes ventanales dan a jardines perfectamente cuidados donde las fuentes brillan bajo el sol de la mañana. Es el tipo de habitación que pertenece a una película, no a la vida real.

"Por favor, siéntese." Señala uno de los dos sillones de cuero colocados frente a un imponente escritorio de caoba. Cuando se mueve para sentarse detrás de él, la luz del sol atrapa su perfil, resaltando los ángulos afilados de su rostro. Tengo que obligarme a no quedarme mirando.

"Su solicitud fue bastante impresionante", comienza, y trato de no estremecerme ante la mentira en esas páginas. "Pero me gustaría saber más sobre su experiencia con niños."

Me acomodo en el sillón, cruzando las piernas con cuidado. Su mirada se desvía hacia ellas por un momento antes de volver a mi rostro. El aire entre nosotros se siente cargado, haciendo difícil concentrarse.

"Empecé a cuidar niños cuando tenía catorce años", digo, manteniéndome en verdades seguras. "La familia Henderson de al lado tenía gemelos. Los cuidé hasta que terminé el instituto, ayudando con los deberes, actividades, todo."

"¿Y después?"

"Trabajé con varias familias mientras asistía a la universidad", digo con cuidado. No hay necesidad de mencionar que la abandoné. No hay necesidad de mencionar por qué. "Siempre he conectado bien con los niños."

Sus ojos se entrecierran ligeramente. "¿Qué universidad?"

Mi corazón da un vuelco. "Era una pequeña universidad local, por un tiempo." La verdad, pero no toda. Nunca toda.

"¿Por un tiempo?" Su tono es casual, pero hay algo afilado en su mirada.

"Las circunstancias familiares cambiaron", digo, la mentira practicada fluye suave en mi lengua. "Decidí concentrarme en construir mi carrera como niñera en su lugar."

Se recuesta en su silla, estudiándome. "Sus referencias son todas de fuera de la ciudad. ¿Qué la trae aquí?"

"Quería empezar de nuevo", digo, oyendo la tensión en mi propia voz. "A veces solo necesitas comenzar otra vez en algún lugar nuevo."

Algo parpadea en su expresión—¿reconocimiento? ¿Comprensión? ¿Su propio dolor? Antes de que pueda presionar más, la puerta se abre de golpe y una pequeña princesa en pijama de unicornios entra corriendo.

"¡Papi! Don Saltarín quiere saber si—" Se detiene en seco cuando me ve, sus ojos azules agrandándose. Es absolutamente hermosa, con rizos dorados y rasgos delicados que deben venir de su madre.

"Katie", dice Michael, pero no hay verdadero reproche en su tono. "¿Qué dijimos sobre llamar a la puerta?"

Se muerde el labio inferior, pareciendo arrepentida. "Lo siento, papi." Su atención se vuelve hacia mí, la curiosidad brillando en su expresión. "¿Vas a ser mi nueva niñera?"

La pregunta me pilla desprevenida, pero algo en su rostro abierto y esperanzado me aprieta el pecho. "Bueno, eso depende de tu padre", digo suavemente. "Pero me gustaría mucho serlo."

Sonríe radiante, acercándose a mí dando saltitos. "Soy Katie. Casi tengo cinco años. ¿Te gustan las fiestas del té? Martha solía tomar el té conmigo y Don Saltarín."

"Me encantan las fiestas del té", le digo honestamente. "¿Don Saltarín es tu conejito?"

"¡Ajá! ¿Quieres conocerlo?" Sin esperar respuesta, sale corriendo de la habitación, gritando por encima del hombro: "¡Voy a buscarlo!"

Levanto la mirada para encontrar a Michael observándonos, algo suave en su expresión que hace que mi corazón se salte un latido. Nuestras miradas se encuentran, y esa carga llena el aire de nuevo, haciendo difícil respirar.

"Normalmente no le gustan los extraños", dice en voz baja.

"Parece una niña maravillosa."

"Lo es." El orgullo y amor llenan su voz. Luego se endereza, volviéndose profesional de nuevo. "Háble me de su último trabajo."

Mi estómago se tensa. "Estuve con una familia en mi ciudad natal", digo con cuidado. "Dos niños, de seis y ocho años. Estuve allí casi dos años", miento.

"¿Y por qué se fue?"

Porque testifiqué contra mi ex novio criminal y su hermano quiere matarme.

"Era momento de un cambio."

Su ceja se arquea ligeramente. "¿Así sin más?"
"A veces sabes cuándo es momento de seguir adelante." Mantengo su mirada firme, aunque mi corazón late con fuerza.
Antes de que pueda responder, Katie vuelve corriendo, abrazando un conejito de peluche muy querido. "¡Este es Don Saltarín!", anuncia, extendiéndolo hacia mí. "Le gusta tu pelo. Dice que es bonito como un atardecer."
Me río, un calor genuino extendiéndose por mi pecho. "Bueno, gracias, Don Saltarín. Me gusta tu pajarita."
"Papi se la regaló", dice orgullosa. "Para Pascua."
Levanto la mirada para encontrar a Michael observándonos, algo ilegible en su expresión. "Katie, cariño", dice suavemente, "necesito terminar de hablar con la señorita Rose. ¿Por qué no llevas a Don Saltarín de vuelta a tu fiesta del té?"
El labio inferior de Katie sobresale en un ligero puchero. "Pero quiero que ella venga también."
"Más tarde, quizás", ofrezco. "Si tu papi decide contratarme, podremos tener muchas fiestas del té."
Se anima con esto, y luego me sorprende lanzando sus brazos alrededor de mi cuello en un rápido abrazo. El aroma a champú de fresa perdura mientras sale saltando.
Cuando me vuelvo hacia Michael, su expresión ha cambiado. Me estudia como un rompecabezas que no puede resolver del todo. "Hay algo en usted", dice finalmente. "Algo familiar..."
El pánico revolotea en mi pecho, pero mantengo mi expresión neutral. "Tengo una de esas caras, supongo."
"Hmm." No parece convencido. "El puesto sería interno."
Mi corazón salta ante la idea de un lugar real donde quedarme, lejos de hoteles sórdidos y miedo constante. "Suena perfecto."
"El salario es generoso, pero las horas pueden ser largas. Katie puede ser... muy activa."
"No lo querría de otra manera."
Se pone de pie, y yo le imito. Así de cerca, no puedo evitar notar cómo su jersey se adhiere a sus anchos hombros, la manera en que su presencia parece llenar el espacio entre nosotros. El calor me sube por el cuello.
"¿Puede empezar mañana?"
"Sí", digo, quizás demasiado rápido. "Sí, puedo."
"Bien." Algo parecido a la diversión parpadea en sus ojos.
"Gracias, señor Fontana", digo rápidamente. "No se arrepentirá de esto."

Sus labios se curvan ligeramente. "Michael, por favor. Señor Fontana me hace sentir viejo. Aún no he llegado a los cuarenta."

"Michael", repito, y su nombre se siente peligroso en mi lengua.

Mantiene mi mirada un momento demasiado largo antes de apartarla. "Haré que Walter la acompañe a la salida. ¿Y Leslie?"

Mi corazón se detiene al oír mi nombre. "¿Sí?"

"Bienvenida a la familia."

MICHAEL

El nudo de mi corbata se muestra terco esta mañana, resistiéndose a cada intento de moldearlo en el nítido nudo Windsor que prefiero.

Mi reflejo me devuelve la mirada, las tenues sombras bajo mis ojos delatando otra noche inquieta.

El peso de todo sigue presionando—la ausencia de Martha, el bienestar de Katie, las exigencias siempre crecientes de Fontana Innovations. Sin embargo, por primera vez en semanas, hay un hilo de algo más ligero corriendo a través del caos. Leslie Rose.

Reviso mi teléfono, pasando por encima de tres llamadas perdidas de Sarah. La vista de su nombre hace que apriete la mandíbula. Esa situación necesita terminar rápido. No puedo seguir usándola como distracción, sin importar lo dispuesta que esté a representar ese papel.

El timbre suena, su tono claro cortando mis pensamientos. Justo a tiempo. Reprimo una sonrisa, impresionado por su puntualidad. Con un último ajuste a mi corbata, bajo las escaleras, mis pasos haciendo eco en la casa silenciosa. Katie sigue dormida—estos momentos preciosos antes de que despierte son cuando la casa se siente casi demasiado grande, demasiado vacía.

Cuando abro la puerta, todos los pensamientos de vacío se desvanecen. Leslie está ahí, y por un momento me olvido de respirar. Lleva una blusa lavanda entallada que se adhiere a curvas que no debería notar, combinada con una falda negra hasta la rodilla que muestra unas piernas largas y bronceadas que me hacen olvidar temporalmente mi propio nombre. Su pelo rojo está recogido en un elegante moño, aunque algunos mechones rebeldes se han escapado para enmarcar su rostro. Esos impactantes ojos verdes encuentran los míos, y sus labios se curvan en una sonrisa que es tanto profesional como tímida.

"Buenos días, señor Fontana", dice, su voz suave y melodiosa.

"Michael", corrijo automáticamente, haciéndome a un lado para dejarla entrar. "Y está justo a tiempo."

Pasa junto a mí, y el tenue aroma a vainilla flota tras ella. Su presencia llena el vestíbulo mientras permanece de pie con solo una mochila colgada al hombro, su postura erguida pero no rígida. La luz de la mañana que se filtra por las ventanas atrapa su pelo, encendiéndolo con reflejos cobrizos.

"¿Eso es todo lo que ha traído?", pregunto, señalando su mochila. Seguramente debe tener más equipaje en algún sitio.

Su sonrisa vacila ligeramente, y se humedece los labios antes de responder: "Sí. Todo lo que necesito está aquí."

Intento aligerar el momento con una risa suave. "Este es un puesto interno, no unas vacaciones de fin de semana."

Espero que se ría, pero en su lugar se aclara la garganta y dice en voz baja: "Viajo ligera."

Mis cejas se juntan en confusión. Miro afuera, esperando a medias ver una maleta o cajas, pero no hay nada. La realización se asienta incómodamente en mi pecho.

¿Qué tipo de circunstancias llevan a alguien a llegar a una nueva vida con nada más que una mochila?

"Por aquí", digo, guiándola hacia la escalera. "Su habitación está arriba."

Mientras subimos las escaleras, me encuentro híper consciente de su presencia detrás de mí. El suave clic de sus tacones contra el mármol, el susurro de la tela cuando se mueve, la manera en que el aire se siente cargado entre nosotros.

"Los cuartos del personal normalmente están en la planta baja", explico, "pero las doncellas prepararon esta habitación en su lugar. Está más cerca de..." Me detengo, dándome cuenta de cómo podría sonar decir que está más cerca de mi habitación. "Es más cómoda."

Cuando llegamos a la habitación, abro la puerta y me hago a un lado para que entre primero. El espacio es generoso—techos altos, grandes ventanas que inundan la habitación con luz natural, una cama de matrimonio vestida con sábanas blancas impecables. Un sillón mullido descansa en la esquina junto a una pequeña librería, y el baño en suite brilla con mármol pulido y accesorios cromados.

Su expresión cambia de compostura educada a algo más cercano al asombro. Entra, girando en un círculo lento mientras lo absorbe todo, y me encuentro observando la manera en que se mueve, la gracia en cada gesto.

"Esto es... impresionante", susurra.

"Es cómoda", respondo, apoyándome en el marco de la puerta. "Espero que le sirva."
Me mira, una leve sonrisa jugando en esos labios llenos. "Es como entrar en el cielo."
Me aclaro la garganta, el calor en su mirada haciéndome sentir extrañamente expuesto. "Hágame saber si necesita algo."
Asiente, colocando su mochila—su única posesión—sobre la cama. La vista tira de algo en mi pecho.
"El armario está lleno de perchas", digo, esperando que explique por qué tiene tan poco, pero ella solo asiente de nuevo.
Mientras recorremos la casa, mostrándole la cocina, la sala de juegos y otros espacios esenciales, la voz de Katie resuena desde arriba. En cuestión de momentos, mi hija aparece en lo alto de las escaleras con su pijama rosa de princesa favorito. Su cara se ilumina cuando ve a Leslie, la tímida vacilación de su primer encuentro ayer ya reemplazada por emoción.
"¡Leslie!", llama Katie, bajando las escaleras con cuidado. "¡Has vuelto!"
"Claro que sí", responde Leslie cálidamente. "Tenemos una fiesta del té planeada, ¿recuerdas?"
Las observo interactuar, notando cómo Katie gravita hacia Leslie como una flor girándose hacia el sol. El breve encuentro de ayer ya ha florecido en algo especial—mi hija siempre ha sido buena juzgando el carácter, igual que su madre.
"¿Podemos hacer el desayuno primero?", pregunta Katie. "Papi casi incendia la cocina."
Las cejas de Leslie se alzan mientras me mira, la diversión bailando en sus ojos esmeralda. "Por supuesto."
"Fue un fuego pequeño", me defiendo, aunque puedo sentir el calor subiendo por mi cuello. "Apenas vale la pena mencionarlo."
"El señor Walter apagó el fuego", se ríe Katie, y Leslie intenta ocultar su sonrisa.
"Bueno", dice Leslie, su voz cálida con risa contenida, "prometo no prender fuego a nada. ¿Qué tal si hacemos tortitas con chips de chocolate?"
Los ojos de Katie se agrandan. "¿Podemos ponerle nata montada encima?"
"Claro, toda la que quieras", acepta Leslie.
Beso la cabeza de Katie. "Pórtate bien con Leslie, ¿vale princesa?"
"¡Vamos a tener el mejor día!", anuncia Katie, ya tirando de Leslie hacia la cocina.
Las dejo con sus planes de desayuno, el sonido de sus risas siguiéndome hasta donde James espera con el coche. El sol de la mañana reluce en la pintura negra del Mercedes mientras mi chófer mantiene la puerta abierta con su habitual eficiencia silenciosa.

"Buenos días, señor", dice, pero capto el indicio de una sonrisa jugando en las comisuras de su boca. James ha estado conmigo durante más de una década, viéndome atravesar los momentos más altos y más bajos. Se ha ganado el derecho a esa mirada conocedora.

El viaje a Fontana Innovations comienza en silencio, James navegando expertamente por el tráfico matutino mientras intento concentrarme en los correos electrónicos. Pero mi mente sigue volviendo a la cocina, a la suave competencia de Leslie y el obvio deleite de Katie.

"Michael."

Levanto la mirada para encontrar a James observándome por el retrovisor. Es una de las pocas personas que usa mi nombre de pila sin dudarlo—un privilegio ganado a través de años de servicio leal que se ha convertido en amistad.

"Pareces distraído esta mañana."

Suspiro, guardando el teléfono. "¿Tan obvio es?"

"Solo para alguien que te conoce desde hace tanto como yo." Aparca en mi espacio reservado, apaga el motor y se gira para mirarme. "¿Quieres hablar de ello?"

Por un momento, considero evadirlo. Pero James estaba allí cuando conocí a Evelyn y allí el día que murió. Se ha ganado más que de sobra el derecho a preguntar.

"Todo está cambiando", admito, aflojándome un poco la corbata. "Martha está enferma. Tuve que dejarla ir, instalarla en esa casa de la playa que tanto le gusta. Katie... ya ha perdido tanto. Su madre, su hermano, y ahora Martha."

James asiente, sus ojos oscuros comprensivos. "La nueva niñera parece estar adaptándose bien."

"Leslie." Solo pronunciar su nombre hace que algo se agite en mi pecho. "Ella es... diferente. Ya se entiende bien con Katie. Conectaron al instante ayer, y hoy es como si se conocieran de toda la vida."

"¿Pero?"

"Pero no puedo quitarme esta sensación de que está huyendo de algo. Llegó con nada más que una mochila, James. ¿Quién hace eso?"

"Alguien que necesita empezar de nuevo", dice en voz baja. "Como otra persona que conocí una vez."

Se refiere a mí, por supuesto. A aquellos días después de que murieron mis padres, cuando Valencia y yo no teníamos nada más que el uno al otro y grandes sueños.

"No es solo eso." Me paso una mano por el pelo, probablemente arruinando cualquier orden que hubiera logrado imponerle esta mañana. "Valencia sigue enfadada por lo de Evelyn. Dice que me advirtió, que me dijo que no persiguiera a su mejor amiga. Tal vez si hubiera escuchado..."

"No puedes pensar así."

"¿No puedo? Es mi culpa que esté muerta. Presioné a Evelyn para tener otro bebé. Ella no quería pero yo insistí." La amargura en mi voz me sorprende incluso a mí. "Le dije que la señora Fontana debería querer cualquier cosa que yo quisiera darle. Que un hijo haría que nuestra familia estuviera completa."

Cierro los ojos, recordando su rostro aquella última mañana. "Ahora los dos se han ido—Evelyn y Connor. Un hijo al que nunca llegué a conocer pero que amé de todas formas."

James permanece en silencio durante un largo momento, su silencio más reconfortante que cualquier palabra. Finalmente, dice: "No puedes cambiar el pasado, Michael. Pero estás intentando hacer lo correcto por Katie ahora. Eso importa."

Me río sin humor. "Ni siquiera puedo hacer unas tortitas sin provocar un incendio. Menudo padre estoy hecho."

"Puede que no seas un chef pero estás presente. La amas. Eso es lo que cuenta." Hace una pausa, eligiendo sus siguientes palabras con cuidado. "Y esta Leslie... quizás es exactamente lo que ambos necesitan ahora mismo."

"Me atrae", admito en voz baja. "Y me siento terriblemente culpable por ello."

"Han pasado dos años, Michael. Se te permite seguir adelante."

Mi mente divaga hacia Sarah, recordando cómo la he usado como distracción en mi cama y ahora no quiero saber nada de ella.

"Todavía me siento culpable por todo."

"Entonces quizás eso es algo con lo que necesitas trabajar. Pero no dejes que la culpa te impida vivir." Se vuelve hacia el frente, su voz suavizándose. "Evelyn no hubiera querido eso. Amaba demasiado la vida como para querer que tú dejaras de vivir la tuya."

La verdad de sus palabras me sigue hasta la oficina, donde el día transcurre en una nebulosa de reuniones y decisiones. Fontana Innovations está a punto de lanzar nuestro proyecto más ambicioso hasta la fecha—una plataforma revolucionaria de gestión de proyectos que podría cambiar la forma en que operan las empresas a nivel mundial. La presión por conseguir que todo sea perfecto pesa mucho, especialmente con nuestra reunión más importante con inversores programada para la próxima semana.

"¿Michael?" Mi director de operaciones, David Chen, llama mi atención durante nuestra sesión estratégica de la tarde. "Pareces distraído hoy."

Parpadeo, dándome cuenta de que he estado mirando la misma diapositiva durante varios minutos. La sala de conferencias está llena de mis principales ejecutivos, todos observándome

expectantes. Esta es la gente que ha ayudado a construir esta empresa, que ha confiado en mi visión incluso cuando parecía imposible.

"Lo siento", digo, enderezándome en mi silla. "Las cifras de las pruebas beta de la nueva plataforma—explícamelas de nuevo, por favor."

David se lanza a su presentación, pero mi mente sigue vagando hacia Leslie y Katie. ¿Estarán teniendo su fiesta del té? ¿Les habrán salido mejor las tortitas que mi intento? La culpa por estar distraído lucha contra una extraña sensación de paz, sabiendo que están juntas.

Para cuando me dirijo a casa, con el sol poniente pintando largas sombras a través del camino de entrada, estoy agotado pero ansioso por verlas. La casa se siente diferente cuando entro—más cálida de alguna manera, llena del aroma persistente de algo dulce. Moviéndome silenciosamente por las habitaciones, sigo el sonido de respiraciones suaves hasta la sala de estar.

La vista me deja clavado en el sitio.

Leslie y Katie están acurrucadas juntas en el sofá grande, un libro abierto sobre el regazo de Leslie. Katie está acurrucada contra su costado, una pequeña mano agarrando a Don Saltarín mientras la otra se aferra a la blusa de Leslie. Ambas están dormidas, sus rostros pacíficos en la luz tenue.

El pelo rojo de Leslie se ha soltado de su moño, derramándose sobre su hombro como cobre líquido. Su rostro está suave en el sueño, todas las barreras profesionales caídas, dejando algo hermoso y vulnerable en su lugar. Sus largas pestañas proyectan sombras sobre sus mejillas, los labios ligeramente entreabiertos. La cabeza rubia de Katie descansa confiadamente contra su pecho, subiendo y bajando con respiraciones constantes.

Algo se aprieta en mi pecho—una extraña mezcla de alivio, gratitud y algo más profundo que no estoy preparado para nombrar. Me quedo ahí de pie, dejando que la imagen se grabe en mi memoria: mi hija, segura y contenta en los brazos de esta misteriosa mujer que llegó sin nada pero que de alguna manera parece tener todo lo que necesitamos.

Creo que Leslie funcionará.

No. Sé que lo hará. Ya ha empezado a cuidar de Katie de una manera que se siente genuina, natural. La idea de que forme parte de nuestras vidas... se siente correcta.

LESLIE

La luz del sol se filtra a través de las cortinas transparentes de la suite de huéspedes, bañando la habitación en un suave resplandor dorado.

Parpadeo contra la luz, momentáneamente desorientada por el lujo poco familiar de mi entorno. La cama debajo de mí es una nube de sábanas blancas y almohadas tan mullidas que casi me hundo en ellas. Es el tipo de cama que solía ver en las revistas.

Al sentarme, dejo que mis ojos vaguen por la habitación. Los pisos de madera pulida brillan bajo una delicada alfombra persa. Un tocador con un espejo dorado atrapa la luz de la mañana, proyectando cálidos reflejos en las paredes.

El baño privado rivaliza con cualquier spa que haya visto, todo mármol y cromo. Está a mundos de distancia de las sábanas manchadas y las luces parpadeantes del hotel donde me había estado escondiendo.

Mis dedos trazan el borde del tocador mientras paso frente a él, encontrándome con mi reflejo en el espejo. Mi cabello rojo cae en ondas salvajes sobre mis hombros, indómito por el sueño. Me lo aliso hacia atrás con dedos temblorosos, pero me detengo al encontrarme con mi propia mirada. La chica que me devuelve la mirada parece casi una extraña—alguien que se esfuerza demasiado por encajar en un mundo al que no pertenece.

Tengo que hacer que esto funcione.

Agarro mi cepillo, obligándome a concentrarme. El nombre "Leslie Rose" se repite en mi mente como un mantra mientras me arreglo. Mi reflejo parece casi convincente—pulida y compuesta con mi blusa esmeralda y falda negra. Nadie aquí sabe sobre Donnie o el juicio. Nadie sabe sobre las noches que pasé en vela, esperando que las amenazas de Roger dejaran de resonar en mi cabeza.

Un golpe en mi puerta me hace sobresaltar.

"¿Leslie?" La voz de Katie atraviesa la madera, brillante y ansiosa. "¿Estás despierta? ¿Podemos hacer el desayuno?"

Abro la puerta y la encuentro saltando sobre las puntas de sus pies, ya vestida con un camisón rosa de princesa cubierto de estrellas plateadas. Sus rizos rubios son un desastre, pero su sonrisa podría iluminar la habitación más oscura.

"Buenos días, solecito," digo, sin poder evitar sonreír. "¿Qué te tiene despierta tan temprano?"

"¡Quiero hornear galletas!" Agarra mi mano, tirando de mí hacia las escaleras. "¿Por favor? Martha me dejaba ayudar en la cocina si me portaba bien."

"¿Galletas para el desayuno?" Levanto una ceja, tratando de parecer seria pero fallando miserablemente. "¿Qué diría tu papá?"

"Pero él no está aquí," responde con una sonrisa traviesa. "Por favor, Leslie? Me portaré súper bien hoy."

Me arrodillo a su nivel, fingiendo considerarlo seriamente. "Bueno..." Alargo la palabra, viéndola prácticamente vibrar de anticipación. "Supongo que podríamos hornear galletas."

El chillido de deleite de Katie hace eco por los pasillos mientras me arrastra hacia la cocina. El espacio es inmaculado, con electrodomésticos de nivel profesional y encimeras de granito. La despensa está mejor surtida que la mayoría de los supermercados, y no puedo evitar maravillarme ante la variedad de ingredientes a nuestra disposición.

"¿Puedo romper los huevos?" pregunta Katie, ya arrastrando una silla hacia la encimera.

"Con cuidado," le advierto, aunque no puedo evitar sonreír ante su entusiasmo. "No queremos cáscaras en nuestras galletas."

Trabajamos juntas, la harina empolvando las encimeras y las chispas de chocolate desapareciendo en la boca de Katie cuando cree que no la estoy mirando. Su risa es contagiosa, y por un momento, me olvido de todo lo demás—de Donnie, de Roger, de todas las mentiras que estoy diciendo.

"No le digas a tu papá sobre las chispas extra de chocolate," susurro en tono conspiratorio.

"¡Vale!" Hace el gesto de cerrar su boca con cremallera y luego ríe. "Eres divertida, Leslie. Como mamá solía ser."

El comentario me toma por sorpresa, haciendo que mi corazón se encoja. Antes de que pueda responder, ya ha cambiado de tema, hablando sobre su colección de peluches y cómo el Señor Hoppy necesita un amigo.

Mientras las galletas se hornean, llenando la cocina con un cálido aroma dulce, Katie me lleva en un recorrido por la casa. Me muestra sus escondites favoritos, su colección de vestidos de

princesa y, finalmente, la sala donde las fotos familiares cubren las paredes.

Es entonces cuando la veo—la mujer en la foto de la boda. Es impresionante, con cabello dorado como el de Katie y los mismos ojos azules llamativos. Su vestido de novia es elegante, del tipo que pertenece a las revistas de novias, pero es su sonrisa lo que llama mi atención. Se ve radiante, capturada en un momento de pura alegría mientras mira a Michael.

"Esa es mi mami," dice Katie en voz baja, siguiendo mi mirada.

"Es hermosa," respondo. "¿Dónde está ahora?"

Los pequeños hombros de Katie se encogen. "En mis sueños. Y en el cielo con mi hermanito." Lo dice sin más, con la simple aceptación de la que solo los niños parecen capaces. Antes de que pueda procesar esto, está tirando de mi mano nuevamente mientras el horno suena. "¡Las galletas están listas!"

La mañana pasa en un torbellino de actividades. Leemos libros, coloreamos dibujos e incluso logramos limpiar nuestro desorden en la cocina antes del almuerzo. La energía de Katie parece interminable, pero al principio de la tarde, puedo ver que empieza a decaer.

"Hora de la siesta, princesa," digo, llevándola arriba.

"¿Te quedarás?" pregunta entre bostezos. "¿Hasta que me duerma?"

"Por supuesto." La arropo en la cama, apartando sus rizos de su rostro. Sus ojos ya están pesados por el sueño.

"¿Todavía estarás aquí cuando despierte?" murmura.

La pregunta me golpea más fuerte de lo que debería. "Siempre," prometo, significándolo más de lo que esperaba. "Dulces sueños, Katie."

Una vez que está dormida, salgo al pasillo y saco mi teléfono. Mis dedos se ciernen sobre el teclado antes de marcar un número que he memorizado pero rara vez uso. Suena tres veces antes de que conteste.

"¿Hola?" La voz de mi padre es áspera, sospechosa del número desconocido.

"Papá," digo suavemente. "Soy yo. Leslie."

Hay una pausa, cargada de palabras no dichas. "Cambiaste tu número otra vez."

"Tuve que hacerlo," respondo, con la garganta apretada. "Por Donnie y Roger. Todo lo que pasó..."

"¿Estás a salvo?" Su preocupación es genuina, pero el cansancio se entreteje en su tono.

"Sí. Conseguí un trabajo—una posición de interna como niñera. La familia es maravillosa, papá. La pequeña, Katie, ella es... es increíble."

"Eso es bueno," dice, su voz suavizándose ligeramente. "Me alegro de que estés haciendo algo productivo. Solo... mantenlo profesional, Leslie."

La advertencia en su tono me hace erizar. "¿No crees que lo sé?"

"Pensé que sabías mejor con Donnie, pero me equivoqué en eso, ¿no?" Su voz se agudiza con viejo dolor. "Tiraste tu futuro por la borda, me avergonzaste frente a todos los que conocemos, y dejaste que ese idiota controlara tu vida."

Las lágrimas arden detrás de mis ojos. "No quiero pelear, papá. Sé que cometí errores."

"¿Errores?" Se burla. "Tenías una beca completa, Leslie. Un futuro. ¿Ahora qué tienes?"

Me limpio los ojos, odiando cómo sus palabras todavía tienen el poder de cortar tan profundo. "Tal vez... ¿tal vez podríamos almorzar juntos alguna vez? ¿Hablar las cosas?"

"Tal vez," dice bruscamente. "Pero necesitas tomar mejores decisiones, Leslie. Es todo lo que pido."

"Lo estoy intentando, papá. Es todo lo que puedo hacer." Mi voz se quiebra ligeramente. "No puedo cambiar el pasado."

"Hablaremos pronto," dice antes de que la línea muera.

El sonido de la desconexión resuena en mis oídos. Solíamos ser tan cercanos, mi padre y yo. Él era mi roca, la persona a quien acudía para todo. Ahora, apenas puede soportar hablar conmigo, y lo peor es que ni siquiera puedo culparlo. Si yo fuera él, también estaría decepcionada de mí.

Mientras me giro para volver a mi habitación, casi choco con alguien en el pasillo. Al levantar la vista, me encuentro cara a cara con Walter, el mayordomo. Es alto y distinguido, su piel oscura contrastando con el cabello gris plateado que está inmaculadamente peinado. Su traje está tan impecable como sus modales, y algo en su expresión hace que mi estómago se hunda.

"Um, señor Walter," digo rápidamente, dando un paso atrás.

"¿Sí, señora Rose?"

"¿Cuánto... cuánto de eso escuchó?"

"Todo," responde, su voz firme pero ilegible.

Tomo un respiro profundo, tratando de calmar mi corazón acelerado. "¿Le importaría no repetir nada de esto al señor Fontana?"

Los labios de Walter se tuercen en la más leve de las sonrisas, pero no llega a sus ojos. "Con todo respeto, señora Rose," dice, enfatizando mi nombre falso muy ligeramente, "yo no le oculto nada al señor Fontana."

El pánico se agarra a mi pecho. "Walter, por favor—"

"Si me disculpa," interrumpe con una ligera inclinación de cabeza, "tengo trabajo que atender."

Observo impotente mientras se aleja, sus pasos haciendo eco en el pasillo. Cada clic de sus zapatos contra el suelo de mármol suena como otro clavo en el ataúd de mi nuevo comienzo. Si Walter le dice a Michael lo que escuchó...

No. No puedo pensar en eso ahora. He llegado demasiado lejos. Pero mientras voy a revisar a Katie, no puedo sacudirme la sensación de que mi vida cuidadosamente construida ya está empezando a desmoronarse.

MICHEAL

El aroma a pollo asado y ajo inunda el coche mientras subo por el sinuoso camino de entrada.
La luz de la luna se derrama sobre el parabrisas, y mis manos se tensan sobre el volante. Otro día interminable de reuniones y conferencias telefónicas, y durante todo ese tiempo, un pensamiento seguía emergiendo—Leslie. Cada vez es más difícil apartar los pensamientos sobre ella.
Las bolsas de comida para llevar crujen en el asiento del copiloto mientras aparco, su aroma me recuerda a las cenas familiares antes de que todo se desmoronara. Antes de Evelyn. La culpa sube como bilis por mi garganta, pero la reprimo. Katie necesita normalidad. Necesita más que un padre que ni siquiera puede hacer tortitas sin provocar un incendio.
La luz cálida se derrama por las ventanas, y la risa de Katie flota en el aire del anochecer. Algo en mi pecho se afloja al escucharla. La casa se siente diferente ahora—viva de una manera que no lo había estado desde que perdimos a Evelyn. Desde que lo perdimos todo.
Agarro las bolsas y entro, el vestíbulo cálido con la luz dorada de la lámpara de cristal. El dulce aroma a galletas recién horneadas persiste en el aire, mezclándose con el de la comida para llevar. La voz de Katie llega desde la sala, mezclada con otro sonido que hace que mi pulso se acelere—la risa baja y melodiosa de Leslie.
"¡Papi!" Katie corre hacia mí, sus rizos rubios alborotados alrededor de su cara. Apenas logro dejar la comida sobre la mesa de mármol de la entrada antes de que se lance a mis brazos.
"Aquí está mi princesa," digo, atrapándola y haciéndola girar. Sus risitas llenan el espacio entre nosotros. "¿Cómo estuvo tu día?"
"¡Fue increíble!" Se separa lo justo para sonreírme radiante, sus ojos azules—tan parecidos a los de su madre—brillando de emoción. "Leslie me enseñó a dibujar unicornios con alas, y tuvimos una auténtica fiesta del té con galletas que hicimos nosotras mismas, y—"

Un movimiento en mi visión periférica me corta la respiración. Leslie está de pie en la puerta de la cocina, y por un momento, el mundo se reduce solo a ella. Lleva un pijama de seda verde esmeralda que hace que sus ojos brillen en la luz del atardecer. La tela se ciñe a curvas que no tienen derecho a ser tan cautivadoras, con finos tirantes que dejan sus hombros al descubierto. Su cabello rojo cae suelto más allá de esos hombros en ondas que suplican ser tocadas. Cuando cambia su peso de pie, la seda se mueve contra su cuerpo de una manera que me seca la boca y dispersa mis pensamientos.

"Hola," dice suavemente, sus labios curvándose en una sonrisa que envía calor corriendo por mis venas. Un ligero rubor colorea sus mejillas, como si pudiera leer cada pensamiento inapropiado que cruza por mi mente.

"Hola," digo, mi voz más áspera de lo que pretendía. Me aclaro la garganta, tratando de concentrarme en cualquier cosa menos en cómo la seda se ciñe a sus caderas. "Traje la cena."

Ella se acerca para tomar las bolsas, y sus dedos rozan los míos al levantarlas. El breve contacto envía electricidad corriendo por mi piel. "Gracias. Prepararé todo."

Bajo a Katie, y ella rebota sobre las puntas de sus pies. "¿Puedo mostrarte primero mi dibujo del unicornio? ¡Leslie dice que soy una artista nata!"

"Después de cenar, princesa. Ve a lavarte, ¿vale?"

Mientras Katie sale corriendo hacia el baño, sigo a Leslie a la cocina. Ella alcanza los platos en los armarios con una familiaridad que no debería afectarme tanto, como si siempre hubiera pertenecido aquí, en esta cocina, en esta casa, en nuestras vidas.

"Pollo asado," digo, concentrándome en desempacar la comida en lugar de observar sus movimientos. "Puré de patatas, judías verdes, pan recién hecho. De ese sitio del centro que tanto le gusta a Katie."

"Perfecto." Distribuye la comida con cuidadosa atención, añadiendo una cucharada extra de puré al plato de Katie. Sus manos son elegantes, eficientes. "Ha desarrollado bastante apetito hoy con todas nuestras actividades."

"Ya lo creo." Me apoyo contra la encimera, manos en los bolsillos para evitar alcanzarla. "Seguro que te ha mantenido ocupada con galletas, unicornios y fiestas del té."

Su risa es suave y rica. "Ella lo hace fácil. Es una niña increíble, Michael."

La manera en que dice mi nombre envía calor enroscándose en mi estómago. Antes de que pueda responder, Katie regresa corriendo, trepando a su silla con energía infinita.

"¡Pollo!" exclama, prácticamente saltando en su asiento. "¡Y puré de patatas!"

"No olvides tus verduras," le recuerdo, deslizándome en mi propia silla.

Katie arruga la nariz pero no protesta. Leslie se sienta frente a mí, y mientras comemos, la conversación fluye naturalmente. Katie me cuenta cada detalle de su día, desde la forma correcta de dibujar alas de unicornio hasta la importancia de mantener el meñique levantado al beber té. Leslie interviene ocasionalmente con suaves correcciones o comentarios alentadores, y verlas juntas hace que algo en mi pecho duela.

"Eres toda una artista," le digo a Leslie mientras Katie termina su puré. "No mencionaste ese talento en tu entrevista."

Un ligero rubor colorea sus mejillas, y se tucke un mechón de cabello detrás de la oreja. El movimiento atrae mi atención hacia la elegante línea de su cuello. "Solo un pasatiempo. Algo que siempre me ha gustado."

"Es increíble, papi," interrumpe Katie, con la boca aún llena. "Puede dibujar cualquier cosa. ¡Hasta dragones!"

"¿Dragones también?" Levanto una ceja hacia Leslie. "Impresionante currículum estás construyendo."

Su sonrisa se vuelve juguetona, casi traviesa. "Espera a ver qué más puedo hacer."

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, cargadas de un significado que envía calor subiendo por mi cuello. Tomo un largo trago de agua, tratando de enfriar el fuego en mi sangre.

Después de la cena, Leslie lleva a Katie arriba para acostarla. Sus voces flotan hacia abajo—Leslie leyendo un cuento, Katie haciendo preguntas, sus risas mezclándose como si estuvieran destinadas a ser así. Me sirvo una copa de vino, el rico burdeos atrapando la luz de la lámpara.

Cuando Leslie regresa, le sirvo una copa sin preguntar. Ella la acepta con un suave "gracias", acomodándose en un taburete frente a mí. La cocina se siente más pequeña de repente, el aire entre nosotros cargado de cosas no dichas.

"Está profundamente dormida," dice Leslie, tomando un sorbo de vino. Una gota se aferra a su labio inferior, y la atrapa con su lengua. El gesto inocente no debería afectarme tanto. "La hora del cuento no duró mucho esta noche."

"La has agotado." La estudio por encima del borde de mi copa, tratando de no mirar fijamente su boca. "Ya te adora."

"El sentimiento es mutuo." Su expresión se suaviza, y algo en mi pecho se tensa. "Es especial, Michael. Has hecho un trabajo increíble con ella."

"No solo," digo en voz baja, pensando en Evelyn, luego en Martha. La culpa surge de nuevo, pero se siente diferente ahora—menos aguda, más como un dolor sordo. "He tenido ayuda."

"Aun así." Me mira a los ojos, algo intenso en su mirada que hace difícil respirar. "Es afortunada de tenerte."

Las palabras golpean más fuerte de lo que deberían. Dejo mi copa, acercándome sin pensarlo conscientemente. La respiración de Leslie se entrecorta, sus labios separándose ligeramente mientras me muevo en su espacio. Su aroma me envuelve, haciendo que mi cabeza dé vueltas.

"Leslie..."

Ella inclina la cabeza hacia atrás para mirarme, y estoy perdido. Mi mano se mueve por voluntad propia, apartando un mechón de cabello cobrizo detrás de su oreja. Su piel es seda bajo mis dedos, y ella se inclina hacia el toque casi imperceptiblemente. El mundo se reduce a este momento—sus labios entreabiertos, su respiración rápida, la forma en que su pulso late visiblemente en su garganta.

"Michael," susurra, y estoy deshecho.

Me inclino, atraído por una fuerza que no puedo resistir. Sus ojos se cierran suavemente, sus labios separándose en anticipación. El espacio entre nosotros chisporrotea con electricidad, con posibilidad—

Mi teléfono vibra bruscamente sobre la encimera, el nombre de Sarah iluminando la pantalla.

La realidad vuelve de golpe. Me aparto, mi mano cayendo del rostro de Leslie. Ella parpadea, luego mira el teléfono. Algo se cierra en su expresión.

"Debería dejarte atender eso," dice, su voz cuidadosamente neutral. Sin esperar respuesta, se gira y se dirige a las escaleras. El pijama de seda atrapa la luz mientras se mueve, una última tentación.

"Leslie—" empiezo, pero ya se ha ido.

Maldiciendo por lo bajo, agarro el teléfono. "Sarah."

"Michael." Su voz es entrecortada. "He estado intentando contactarte todo el día."

"Lo sé." Mi tono es cortante, la ira burbujeando bajo la superficie. "He estado ocupado."

"¿Demasiado ocupado para mí?"

"Esto tiene que terminar." Las palabras salen más duras de lo que pretendía, pero ya no me importa. "Lo que sea que haya entre nosotros—se acabó."

"¿Qué?" Su voz se agudiza. "Michael, no seas ridículo. Estamos bien juntos. Nosotros—"

"No, no lo estamos." Paseo por la cocina, la tensión enrollándose en mis músculos. "He dejado claras mis intenciones desde el principio, Sarah. Tú elegiste hacer de esto más de lo que era. Tú rompiste tu propio corazón."

"Bastardo," sisea. "Después de todo lo que hemos compartido, no puedes simplemente—"

"Puedo, y lo estoy haciendo. Adiós, Sarah."

Termino la llamada antes de que pueda responder, lanzando el teléfono sobre la encimera como si quemara. La cocina se siente demasiado pequeña de repente, demasiado confinada. El persistente aroma del perfume de Leslie me persigue mientras subo las escaleras, aflojándome la corbata mientras camino.

La ducha corre lo suficientemente caliente como para enrojecer mi piel, el vapor llenando el baño hasta que apenas puedo ver. Pero ni siquiera el agua ardiente puede borrar el recuerdo del rostro de Leslie cuando casi la besé. La forma en que sus ojos se oscurecieron, sus labios se separaron, su respiración se detuvo en su garganta. La seda de su piel bajo mis dedos.

Presiono mi frente contra los azulejos fríos, dejando que el agua golpee contra mis hombros. Esto no es solo atracción—es algo más profundo, más peligroso. Algo para lo que no estoy preparado, algo que quizás no merezca.

La imagen de la foto de Evelyn en mi mesita de noche cruza por mi mente, trayendo nuevas oleadas de culpa. Pero por primera vez, la culpa se siente diferente—menos como una soga alrededor de mi cuello y más como una vieja herida que finalmente comienza a sanar.

Mientras salgo de la ducha, envolviendo una toalla alrededor de mis caderas, no puedo dejar de pensar en la forma en que Leslie dijo mi nombre. La forma en que encaja tan naturalmente en nuestras vidas. La forma en que hace que esta casa se sienta como un hogar otra vez.

Leslie Rose. Es una complicación que nunca vi venir—y una a la que quizás no pueda resistirme mucho más tiempo.

LESLIE

El sol de la mañana brilla sobre el agua, convirtiendo la enorme piscina en un oasis resplandeciente.

Me muevo suavemente, dejando que Katie chapotee a mi lado, sus risitas haciendo eco en los altos muros de piedra del patio. El agua está perfecta—ni muy fría, ni muy caliente—y el espacio que nos rodea parece sacado de una revista de resorts. La piscina se extiende por lo menos quince metros. Una cascada fluye hacia la parte honda, creando una melodía tranquila que se mezcla con la risa de Katie.

Floto de espaldas, dejando que el sol caliente mi rostro mientras mantengo un ojo sobre Katie. Todo parece irreal—este lugar, esta vida, la paz que he encontrado aquí. Desde que cambié mi número, el caos de mi vida anterior se ha silenciado. No más llamadas de números bloqueados. No más mensajes amenazantes que me dejan temblando. No más Roger acechando en las esquinas o siguiéndome en su todoterreno negro.

Siento que por fin estoy reconstruyendo algo real, pieza a frágil pieza. Aunque los pensamientos del casi beso con Michael anoche siguen surgiendo, haciendo que mi piel hormiguee a pesar del agua fresca. La forma en que me miró, el calor en sus ojos, lo cerca que estuvieron sus labios de los míos...

"¡Leslie, mira esto!" La voz de Katie interrumpe mis pensamientos. Está de pie al borde de la piscina, rebotando sobre las puntas de sus pies con emoción. Su pequeño bañador azul brilla con estrellas plateadas, haciendo juego con el resplandor en sus ojos.

Salta con un floreo dramático, brazos extendidos antes de golpear el agua con un chapoteo alegre. Cuando sale a la superficie, las gotas de agua brillan en sus rizos dorados como pequeños diamantes.

"¡Muy bien!" declaro, aplaudiendo dramáticamente. "¡Forma perfecta, chapoteo excelente!"

Me sonríe radiante, su sonrisa tan pura que hace que me duela el pecho. "¡Ahora tú!"

Me deslizo por el agua cristalina, disfrutando cómo la luz del sol juega sobre la superficie. El paisajismo alrededor de la piscina es inmaculado—vegetación exuberante y plantas floridas crean un paraíso privado, mientras una línea de elegantes tumbonas ofrece mucho espacio para tomar el sol. Es el tipo de lujo con el que solía soñar.

Katie nada hacia mí, blandiendo un flotador como una espada. "Soy una caballera del mar," anuncia orgullosa, "¡y tú eres el monstruo!"

"¡Oh no, la temible caballera del mar!" Me encojo juguetonamente, dejándola golpearme con la espada de espuma. Sus risitas rebotan en las paredes de piedra.

De repente, un movimiento llama mi atención hacia el patio.

Una mujer camina hacia nosotras con la confianza de una modelo de pasarela. Es alta y esbelta, vestida impecablemente con un mono blanco de lino. Su cabello oscuro está recogido en un moño perfecto, y unas gafas de sol Gucci oversized le cubren los ojos. Sus tacones resuenan contra la piedra del deck con pasos precisos y medidos.

Antes de que pueda responder, Katie chilla, "¡Tía Valencia!" y chapotea hacia el borde de la piscina.

La mujer se detiene al borde, bajándose las gafas lo suficiente para revelar ojos agudos y evaluadores. Su mirada me recorre con ese tipo de juicio despectivo que no había sentido desde el instituto.

"Hola, cariño," le dice a Katie. "Papá está eligiendo un nuevo chef para ustedes. ¿Por qué no entras y pruebas algo de comida?"

Katie sale rápidamente de la piscina, salpicando agua por todas partes. "¿Hay galletas?"

"Siempre hay galletas," responde Valencia con una pequeña sonrisa. No me reconoce en absoluto, como si fuera invisible en el agua.

Salgo lentamente, consciente de cómo el bañador se adhiere a mi cuerpo. Justo cuando agarro una toalla para envolverme, las puertas correderas se abren, y Michael sale al patio.

El aire cambia instantáneamente. Su presencia llena el espacio, magnética y poderosa. Sus ojos me encuentran inmediatamente, y observo cómo se oscurecen mientras recorren mi piel húmeda. Su mandíbula se tensa, y capto el destello de calor en su mirada antes de que lo obligue a desaparecer.

"Valencia," dice. "Has llegado temprano."

Valencia desliza su brazo a través del suyo, descartando su comentario con un gesto de su mano perfectamente manicurada. "Ven adentro, querido. Tenemos que contratar un chef."

Ayudo a Katie a recoger sus juguetes de piscina, muy consciente de los ojos de Michael sobre mí mientras me arrodillo para envolver una toalla alrededor de sus hombros temblorosos. Cuando miro hacia arriba, su expresión se ha suavizado, pero Valencia tira de su brazo nuevamente, arrastrándolo hacia la casa.

"Te veo dentro," dice antes de desaparecer tras las puertas.

Arriba, Katie parlotea alegremente mientras la ayudo a ponerse un conjunto nuevo—un vestido veraniego amarillo pálido con margaritas estampadas en la falda. Me seco el pelo rápidamente y me cambio a un vestido azul marino sencillo, algo casual pero presentable. Mi reflejo parece casi tranquilo, pero mi estómago se retuerce de nervios.

Cuando bajamos, la atmósfera ha cambiado por completo. La cocina bulle de actividad—un chef con una chaqueta blanca impecable dispone platos con cuidadosa precisión mientras Valencia se posa en un taburete, bebiendo un espresso. Sus gafas de sol descansan en su pelo ahora, y sus ojos oscuros se afinan cuando se posan en mí.

"Ah, la niñera," dice, arrastrando la palabra como si tuviera un sabor desagradable.

Michael se aclara la garganta, lanzando a su hermana una mirada de advertencia. "Valencia, esta es Leslie Rose. Leslie, esta es mi hermana, Valencia."

Valencia se toma su tiempo mirándome de arriba abajo, su evaluación obvia y cortante. "Un placer," dice finalmente.

"Encantada de conocerte," digo, forzando una sonrisa.

Katie trepa al regazo de Valencia, ya hablando sobre la piscina, las galletas y sus aventuras matutinas.

El chef comienza a presentar sus platos con el entusiasmo de un hombre audicionando para el papel de su vida. "Primero, tenemos un salmón glaseado con cítricos, arroz salvaje y verduras de temporada salteadas. El glaseado combina naranja, lima y miel local."

El aroma es celestial, y el salmón prácticamente se derrite en mi lengua. Empiezo a comentar sobre el equilibrio perfecto de sabores, pero Valencia interrumpe bruscamente.

"Demasiada sal," declara, dejando su tenedor con un clic preciso. "Y el arroz está pasado."

El chef balbucea, su confianza visiblemente desinflándose, y noto que la mandíbula de Michael se tensa de nuevo.

El segundo plato—un pato perfectamente asado con una reducción de naranja—corre la misma suerte. Cada vez que intento ofrecer una opinión, Valencia interrumpe con otro comentario cortante. Para el tercer plato, apenas he logrado completar una frase.

Michael lanza a su hermana otra mirada de advertencia, su irritación clara. "Deja terminar a Leslie," dice firmemente.

Valencia sonríe con suficiencia, reclinándose en su silla como diciendo, Bien.

Me aclaro la garganta, forzando a mi voz a mantenerse firme. "La presentación es hermosa, y los sabores están bien equilibrados. Es el tipo de postre que se siente indulgente sin ser abrumador."

Michael asiente, su mirada suavizándose mientras me mira. "Gracias, Leslie."

Valencia resopla suavemente pero no comenta más.

Después de la degustación, Katie tira de la manga de Valencia. "¿Puedo dormir en tu casa esta noche, tía? ¿Por favor?"

La boca de Michael se abre, probablemente para negarse, pero Katie ya está suplicando. "¿Por favor, papi? ¡Nos divertiremos mucho!"

Valencia inclina la cabeza. "Vamos, Michael. Será un regalo para ella. Hornearemos galletas y veremos películas. Sabes cuánto le gusta mi casa."

Katie le dirige sus grandes ojos azules—los mismos que le consiguieron galletas extra ayer—y Michael suspira pesadamente.

"Está bien," dice finalmente, pellizcándose el puente de la nariz. "Pero solo por esta noche."

Katie chilla y corre arriba a hacer su maleta. La sigo para ayudarla, luchando contra el impulso de gritar de frustración.

Mientras ayudo a Katie a recoger sus cosas, se gira hacia mí con esperanza brillando en sus ojos. "¿Puedes venir también, Leslie?"

Valencia aparece en la puerta, apoyándose en el marco con elegancia casual. "Quizás la próxima vez, cariño. No agobiemos a la tía esta noche."

El desprecio en su tono es claro. La sonrisa de Katie se apaga ligeramente, pero asiente. "Vale."

Abajo, le entrego la bolsa de Katie a Valencia, quien la toma con una ceja arqueada que se siente deliberadamente crítica.

"Leslie—" empieza Michael, su voz suave.

Fuerzo una sonrisa, cortándolo antes de que pueda decir lo que sea que está escrito en sus ojos. "Está bien. Me voy a la cama."

Me giro y subo las escaleras, cada paso sintiéndose más pesado que el anterior. Cuando finalmente cierro mi puerta, la frustración hierve. Valencia es insufrible, con su atuendo perfecto y sus comentarios cortantes y su obvio desdén. Y si esto es lo que va a ser—si su hermana va a tratarme como algo raspado de sus zapatos de diseñador—tal vez este trabajo no es tan perfecto como pensaba.

MICHEAL

Me detengo frente a la habitación de Leslie, mis nudillos rozando el marco de la puerta mientras dudo en tocar. Su retirada anterior después de los duros comentarios de Valencia se repite en mi mente una y otra vez, su suave "me voy a la cama" todavía resonando en mis oídos.

No fue justo. Ella no se merecía eso.

Tomando un respiro para calmarme, golpeo suavemente. "¿Leslie?"

Pasa un momento antes de que la puerta se abra con un leve crujido. Allí está ella, descalza, su cabello rojo todavía ligeramente húmedo de su baño anterior, ondas sueltas cayendo más allá de sus hombros. Lleva un sencillo vestido azul marino, pero de alguna manera, le queda espectacular.

"Hola," digo, mi voz baja, teñida con un matiz nervioso. "¿Puedo pasar? Necesito hablarte sobre lo de antes."

Ella se hace a un lado, dejándome entrar sin dudarlo.

"Lo siento," empiezo, volviéndome para mirarla. "Por mi hermana. Puede ser... demasiado. Pero tiene buenas intenciones, aunque no siempre lo demuestre."

Leslie me regala una pequeña sonrisa. "Lo entiendo, Michael. La familia es complicada, pero eso no justifica su grosería."

Me acerco más, cerrando el espacio entre nosotros. "Déjame compensártelo," digo, mi voz bajando mientras acuno suavemente su rostro. Acaricio sus mejillas con mis pulgares, mis ojos fijos en los suyos, buscando permiso. Cuando me inclino, sus labios encuentran los míos, dudosos al principio, luego derritiéndose en el beso.

Su sabor es embriagador. Profundizo el beso, mi lengua rozando su labio inferior hasta que se abre para mí, y me pierdo en la suavidad de su boca. Mis manos recorren su cuello, saboreando el calor de su piel, y un suave gemido escapa de sus labios. Es todo el aliento que necesito.

Sé que no debería estar haciendo esto, pero me he sentido atraído por ella desde el primer día y ya no puedo luchar contra esto.

Me aparto un poco, lo justo para susurrarle: “Eres hermosa, Leslie. No he podido dejar de pensar en ti desde que te conocí."

Tomo su mano, guiándola hacia el dormitorio. La luz tenue de la lámpara junto a la cama proyecta un resplandor cálido, destacando las curvas de su cuerpo en ese vestido azul marino que le queda tan perfecto. Al detenernos junto a la cama, me giro hacia ella, mis manos descansando suavemente en su cintura.

“Te ves increíble”, murmuro, dejando que mi mirada recorra su cuerpo.

Ella sonríe, con la respiración entrecortada al responder: “Quizá sea hora de que este vestido se quite."

Mis dedos tiemblan ligeramente al buscar el cierre en su espalda. Con cuidado, lo bajo, dejando al descubierto su piel suave y cremosa. El vestido se desliza por sus hombros y cae a sus pies, dejándola allí de pie con un conjunto de encaje negro que se adhiere a sus curvas de una manera que hace imposible pensar con claridad.

Dejo que mis manos recorran sus hombros, bajando por sus brazos, mientras me aparto un paso para admirarla. Es impresionante, pero las palabras se quedan cortas.

Sus dedos encuentran los botones de mi camisa, y los desabrocha con rapidez, su toque deliberado y seguro. La tela resbala por mis hombros y se une a su vestido en el suelo. Cuando se presiona contra mí, su calor se filtra en mi piel, y rodeo su cuerpo con mis brazos, atrayéndola más cerca. Mis manos exploran su espalda, memorizando cada curva, cada centímetro de su cuerpo bajo mi tacto.

Inclino mi cabeza hacia su cuello, dejando besos a lo largo de su clavícula y bajando hacia el contorno de sus pechos. Su agudo suspiro me impulsa a seguir. Mis manos bajan más, guiándola a sentarse en el borde de la cama. Arrodillándome frente a ella, dejo que mis manos deslicen por sus muslos, separando lentamente sus piernas.

“Déjame saborearte”, murmuro, mi aliento cálido contra su piel.

Ella abre sus piernas para mí, y puedo ver lo lista que está. Su excitación brilla, y me atrae como un imán. Comienzo despacio, deslizando mi lengua sobre sus suaves pliegues, probándola por primera vez. Su sabor es adictivo, y me tomo mi tiempo explorándola, rodeando su clítoris con mi lengua antes de bajar más.

Sus gemidos llenan la habitación, y alzo la vista para verla con la cabeza echada hacia atrás, sus manos aferradas a las sábanas. Es una imagen que no olvidaré. Deslizo dos dedos dentro de ella,

curvándolos para encontrar ese punto que la hace jadear. Cuando sus caderas se mueven contra mi mano, sé que lo he encontrado.

Me concentro en su clítoris, moviendo mi lengua en rápidos y deliberados movimientos mientras mis dedos trabajan en sincronía. Su respiración se acelera, y sus gemidos se vuelven más fuertes. Su cuerpo tiembla bajo mi toque, y sé que está cerca.

“Oh, Michael”, grita, sus caderas moviéndose al ritmo de mi mano. “No pares."

No lo hago. Si acaso, redoblo mis esfuerzos, succionando suavemente su clítoris mientras mis dedos la penetran más profundo. Sus piernas se tensan, y un grito ahogado escapa de ella al desmoronarse, su orgasmo recorriéndola en oleadas. Continúo, prolongando cada segundo de su placer hasta que su cuerpo se rinde bajo mí.

Su sabor permanece en mis labios mientras me siento para admirarla. Está sin aliento, su pecho subiendo y bajando mientras se recupera. Me limpio el mentón con el dorso de la mano, una pequeña sonrisa satisfecha curvándose en mis labios.

“Si cruzamos esta línea… no habrá vuelta atrás”, le digo.

Ella me mira con los ojos entrecerrados, una sonrisa de satisfacción extendiéndose por su rostro. “Necesito sentirte."

Su mirada baja hacia el bulto que lucha contra mi bóxer, y sus dedos rozan la pretina, enviando una descarga de electricidad directamente a mi verga. Cuando su mano se envuelve alrededor de mí, incluso a través de la tela, gimo suavemente, mi cuerpo ya deseándola con ansias.

Busco en mi bolsillo, luchando un poco mientras saco un condón que siempre llevo, por si acaso. Sus ojos se mantienen fijos en los míos, oscuros y llenos de deseo, mientras rasgo el envoltorio y desenrollo el látex sobre mi erección. Mi verga está dura y palpitante, y verla mirarme así—con los labios entreabiertos, su pecho subiendo y bajando—es suficiente para hacerme arder aún más.

Leslie se mueve en la cama, separando ligeramente las piernas, dándome una vista perfecta de su coño mojado. La humedad brillante entre sus muslos me atrae como un imán, y no puedo resistirme a pasar los dedos por sus pliegues húmedos una vez más.

“Estás tan mojada”, murmuro, mi voz baja y ronca mientras acaricio su clítoris con la yema del pulgar. “¿Lo quieres, verdad?”

“Sí”, responde, su voz temblorosa. “Te quiero dentro de mí."

Sus palabras me vuelven loco. Me arrodillo entre sus piernas, posicionando la punta de mi verga en su entrada. Lentamente, empujo hacia adelante, sintiendo cómo su calor apretado me envuelve centímetro a centímetro. La sensación es increíble—caliente, húmeda y estrecha.

“Joder”, siseo, hundiéndome más en ella. “Te sientes tan bien."

Leslie gime, sus uñas clavándose en mis hombros mientras la lleno por completo. Sus caderas se elevan para encontrarse con las mías, tomándome hasta el fondo, hasta que no queda espacio entre nosotros. Me detengo por un momento, dejándola adaptarse, saboreando cómo su cuerpo se ajusta alrededor de mí.

“Tú también”, susurra.

Me retiro lentamente, casi hasta salir, antes de embestir de nuevo, más fuerte esta vez. Su cabeza se inclina hacia atrás, y un jadeo escapa de sus labios. Encuentro un ritmo constante, cada embestida penetrándola más profundo, más fuerte, hasta que el sonido de nuestros cuerpos chocando llena la habitación.

Me envuelve con cada movimiento, y puedo sentir lo mojada que está, su humedad cubriendo mi verga. Me inclino hacia abajo, capturando sus labios en un beso áspero y hambriento, tragándome sus gemidos mientras aumento el ritmo. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, atrayéndome aún más cerca, y el cambio de ángulo la hace gritar.

“Ahí mismo”, jadea, sus uñas arañando mi espalda. “Oh, Dios, no pares."

Agarro sus caderas, ajustándola justo en el ángulo perfecto, y la penetro con más fuerza. La cama cruje bajo nosotros, el sonido mezclándose con sus gemidos entrecortados y mis gruñidos roncos. Sus paredes palpitan, y siento cómo su cuerpo empieza a tensarse.

“¿Vas a correrte para mí?”, gruño, mi voz áspera en su oído. “Déjame sentirlo."

Asiente frenéticamente, sus ojos cerrados mientras su cuerpo se arquea bajo mí. “¡Sí, sí, estoy tan cerca!."

Embestida tras embestida, más rápido, más fuerte, persiguiendo el borde junto con ella. Sus gritos se vuelven más fuertes, sus caderas se mueven salvajemente mientras su orgasmo la arrasa.

“Joder, Leslie”, gimo, hundiéndome en ella una última vez mientras mi liberación me golpea. Mi verga palpita dentro de ella, el condón atrapando cada espesa descarga de semen mientras cabalgo las olas de placer. Mis caderas disminuyen el ritmo, pero me mantengo enterrado en su interior, saboreando la sensación de su cuerpo envolviéndome.

Ambos estamos jadeando, nuestros cuerpos cubiertos de sudor mientras finalmente me desplomo a su lado, atrayéndola hacia mí. Su piel está cálida y húmeda contra la mía, y dejo un beso en su hombro, aún recuperando el aliento.

“Eso fue...” empiezo, pero las palabras me fallan. Ella se gira hacia mí, una sonrisa satisfecha en su rostro, y no puedo evitar devolverle la sonrisa.

“Sí”, dice suavemente, sus dedos trazando patrones perezosos en mi pecho. “Eso fue todo."

MICHEAL

Despierto con el suave resplandor de la luz matinal filtrándose a través de las cortinas, bañando la habitación en tonos dorados.

Mi cuerpo se siente pesado de satisfacción, los músculos agradablemente adoloridos por las actividades de anoche.

El tenue aroma a vainilla y algo único de Leslie persiste en las sábanas, y mientras la consciencia regresa por completo, me percato de su cuerpo presionado contra el mío. Su espalda encaja perfectamente contra mi pecho, sus curvas amoldadas a mi cuerpo de una manera que ya se siente familiar.

La sábana se ha deslizado durante la noche, apenas cubriendo sus caderas. Mi mano se mueve por voluntad propia, deslizándose sobre la curva de su cadera y apretando suavemente. Ella se agita, una suave risita escapando de sus labios mientras se estira contra mí.

"Buenos días," murmuro, inclinándome para presionar mis labios contra la delicada curva de su cuello. Su piel está cálida y suave bajo mi boca, y su risita se transforma en un murmullo de placer que envía calor corriendo por mis venas.

"Mmm, buenos días," responde, su voz espesa por el sueño. Se presiona contra mí, el movimiento deliberado y provocador.

"¿Café?" pregunto, mis labios rozando su oreja. Se estremece ligeramente ante el contacto.

"Suena maravilloso," dice, girando su cabeza levemente hacia mí. Su cabello rojo se derrama sobre la almohada en ondas salvajes.

"Vuelvo enseguida." A regañadientes, me separo de su calidez. Mis pantalones de ayer yacen arrugados en el suelo, y me los pongo, sin molestarme en buscar una camisa. Sus ojos se abren brevemente mientras me muevo, su mirada recorriendo mi pecho antes de regalarme una sonrisa somnolienta y volver a cerrarlos.

El suave clic de la puerta me acompaña al pasillo. Abajo, la cocina está inusualmente silenciosa a esta hora temprana. La luz de la mañana se cuela por las ventanas mientras agarro la cafetera francesa y pongo agua a hervir, sacando dos tazas del armario.

El acto de preparar café se siente extrañamente reconfortante después de la perfección surreal de despertar junto a Leslie. Mi mente sigue volviendo a ella—su risa, la forma en que su cuerpo se movía contra el mío, el calor en su mirada cuando susurró mi nombre.

"Señor."

Levanto la vista para encontrar a Walter de pie cerca de la isla, su expresión cuidadosamente neutral de esa manera que ha perfeccionado durante décadas de servicio. Sus ojos se desvían brevemente hacia mi pecho desnudo antes de volver a mi rostro, su desaprobación silenciosa irradiando de su postura rígida.

"¿Qué sucede, Walter?" Mi tono sale cortante mientras vierto el agua sobre el café molido.

"Hay algo que me siento obligado a traer a su atención," dice, con las manos cruzadas tras la espalda. "Se trata de la señorita Rose."

Mi agarre sobre la tetera se tensa. "¿Qué hay con ella?"

Walter se aclara la garganta, su rostro impasible pero su voz deliberada. "El otro día, escuché una conversación entre la señorita Rose y su padre. Hablaba por teléfono—sin darse cuenta, imagino, de que alguien estaba al alcance del oído."

Dejo la tetera con más fuerza de la necesaria, mi pecho tensándose. "¿Qué dijo?"

Los ojos de Walter encuentran los míos, firmes e inquebrantables. "Mencionó que cambió su número debido a... circunstancias preocupantes. También indicó que su padre no aprueba su situación actual. Sus palabras fueron, y cito, 'Necesitas tomar mejores decisiones.'"

Mi mandíbula se tensa. "¿Y?"

"Con todo respeto, señor," continúa Walter, su tono cuidadoso pero firme, "la señorita Rose podría estar ocultando más de lo que usted cree. Solo digo que quizás no la conoce tan bien como piensa."

La defensividad arde en mi pecho. "Eso me toca decidirlo a mí."

Walter inclina la cabeza ligeramente, un reconocimiento pero no una disculpa. "Por supuesto, señor. Si me disculpa."

Se gira y sale de la cocina, dejándome con el sonido del café goteando y mis pensamientos arremolinados. Agarro las tazas y subo las escaleras, decidido a sacudirme las palabras de Walter. Sea cual sea el pasado de Leslie, no cambia lo que siento cuando estoy con ella.

Cuando vuelvo a entrar en la habitación, la imagen ante mí me detiene en seco. Leslie está sentada en la cama, la sábana recogida en su cintura, dejando su pecho descubierto. Sus senos son perfectos—llenos y redondos, los pezones endurecidos en el aire fresco de la mañana. No se cubre, sus ojos encontrando los míos con un toque de desafío que acelera mi pulso.

Dejo el café en la mesita de noche, incapaz de apartar la mirada de ella. Ríe suavemente, el sonido rico y cálido, y no puedo evitar sonreír mientras me lanzo a la cama, aterrizando prácticamente sobre ella. Su risa se convierte en un chillido de deleite mientras capturo sus labios en un beso rápido.

"Eres imposible," dice, sin aliento.

"Culpable," respondo, mi boca descendiendo por su cuello, a través de su clavícula, y finalmente cerrándose sobre un pezón endurecido. Su brusca inhalación me provoca un escalofrío de placer, y succiono suavemente, rozando con mi lengua la sensible punta.

"Michael," gime, sus manos deslizándose en mi pelo mientras me muevo hacia su otro seno, dándole la misma atención. Su cuerpo se arquea bajo el mío, y me tomo mi tiempo, saboreando cada sonido que hace.

Cuando finalmente me deslizo bajo las sábanas, ella me encuentra a medio camino, sus labios capturando los míos en un beso que es suave pero insistente. Sus dedos trazan patrones en mi pecho, su toque encendiendo chispas a través de mi piel.

"Sé que no deberíamos hacer esto," susurra contra mis labios. "Pero ¿por qué se siente tan correcto?"

Me aparto lo justo para mirar sus ojos, la vulnerabilidad en ellos haciendo que mi pecho se tense. "No puedo explicarlo," admito, apartando un mechón de cabello de su rostro.

Ella duda, su mirada cayendo por un momento antes de tragar fuerte y volver a mirarme. "Cuéntame... cuéntame sobre la madre de Katie."

La pregunta golpea como un puñetazo al estómago. Mi cuerpo se tensa, y me aparto ligeramente, sentándome contra el cabecero. Leslie se sienta también, sujetando la sábana alrededor de su cintura mientras me observa con ojos cautelosos.

"Lo siento," dice rápidamente. "Es solo que... quiero saber más de ti. De tu corazón. Sé que debes seguir amándola."

"Así es," digo después de una larga pausa. Las palabras salen ásperas, cargadas por años de culpa y dolor. "Evelyn era... todo. Inteligente, hermosa, bondadosa. Tenía este fuego en ella—como si pudiera enfrentarse al mundo y ganar."

Leslie escucha atentamente, su mano descansando suavemente en mi brazo.

"Cuando tuvimos a Katie, fue... perfecto. Adoraba ser madre, pero también quería volver al trabajo. A diseñar de nuevo." Mi garganta se tensa. "Y yo la presioné. Por otro bebé. Un hijo. Ella no quería pero no la escuché."

La mano de Leslie se aprieta en mi brazo, sus ojos brillantes. "¿Qué pasó?"

"Accedió a intentarlo. Pero cuando dio a luz... hubo complicaciones." Mi voz se quiebra, y aparto la mirada. "No lo logró. Ni ella ni el bebé."

"Lo siento tanto," susurra Leslie. Se inclina hacia adelante, presionando un suave beso en mi hombro. "Has estado cargando con esto solo, ¿verdad?"

Asiento, incapaz de hablar. Ella acuna mi rostro, atrayéndome a un beso que es gentil pero lleno de comprensión no expresada.

Un golpe seco en la puerta principal rompe el momento.

"Mierda," murmuro, mirando hacia el pasillo. "Debe ser Valencia trayendo a Katie."

"Puedo abrir yo," ofrece Leslie, empezando a moverse.

"No." La detengo con un beso en la mejilla. "Puedes tomarte la mañana para descansar, ¿vale?"

Se muerde el labio, asintiendo mientras me deslizo fuera de la cama y bajo las escaleras. El eco de su tacto persiste en mi piel, y a pesar de la interrupción, a pesar de la advertencia de Walter, a pesar de todo—no puedo evitar sonreír.

Bajo las escaleras, la madera pulida fría bajo mis pies descalzos. A través del brillante pasamanos, veo a Walter abriendo la puerta principal con su habitual precisión eficiente. Valencia entra, Katie dormida sobre su hombro. Incluso a esta hora temprana, mi hermana luce impecable—tacones de diseñador resonando contra el mármol, ni un pelo fuera de lugar en su elegante cola de caballo.

Se detiene en el vestíbulo, sus ojos oscuros registrando mi torso desnudo con evidente desaprobación. Sin decir palabra, me adelanto y tomo a Katie de sus brazos, acunando a mi hija contra mi pecho.

Walter se disculpa discretamente, aunque el ligero endurecimiento de sus hombros sugiere que sabe lo que se avecina. La tensión en el aire es palpable mientras llevo a Katie arriba, cada paso medido para evitar despertarla. Después de arroparla y subirle su edredón morado favorito hasta la barbilla, le doy un suave beso en la frente y salgo, cerrando la puerta con un silencioso clic.

Cuando regreso a la cocina, Valencia está de pie junto a la encimera sirviéndose café, su postura rígida con furia apenas contenida. Sus ojos se mueven de mi pecho desnudo a mi cara, su labio curvándose con asco.

Me pellizco el puente de la nariz, ya agotado por lo que viene. "¿Qué pasa, Valencia?"

"Cómo te atreves." Las palabras cortan el aire como hielo. "Cómo te atreves a manchar la memoria de Evelyn acostándote con tu zorra de niñera."

El calor estalla en mi pecho. "¿Hablas en serio? ¿Se supone que debo pasar el resto de mi vida solo? ¿Esperando a alguien que nunca podrá volver?"

"Ni siquiera han pasado tres años," espeta, sus nudillos blancos alrededor de su taza de café. "¿Y de todas las personas—la niñera? ¿Tienes idea de lo patéticamente cliché que es esto? Es vergonzoso."

"No la conoces."

"¿Y tú sí?" Deja su taza con suficiente fuerza para derramar café sobre la inmaculada encimera. "Es una cazafortunas, Michael. Veo a través de su actuación. ¿La rutina de niñera dulce y cariñosa? Por favor. Va tras tu dinero, tu posición—y estás demasiado cegado por la lujuria para verlo."

"Sabría si estuviera tras mi dinero, Valencia. Soy más que capaz de cuidar de mí mismo y de Katie."

"¿Lo eres? Porque desde mi punto de vista, estás tomando las mismas decisiones impulsivas de siempre. Solo que esta vez, no solo estás arriesgando tu propio corazón." Da un paso más cerca, su voz bajando peligrosamente. "Katie necesita estabilidad, no una madre sustituta que desaparecerá en cuanto consiga lo que quiere."

"No metas a Katie en esto."

La risa de Valencia es amarga. "¿Por qué no? Ya lo has hecho tú. Has traído a esa mujer a su vida, a su hogar—al hogar de Evelyn." Su voz se quiebra ligeramente, dolor real filtrándose a través de su ira. "¿Sabes cuál es la peor parte? Evelyn me advirtió sobre ti. Me dijo que nunca estarías satisfecho con lo que tenías. Que siempre necesitabas más. Y tenía razón, ¿no? Ella no fue suficiente. Katie no fue suficiente. Y ahora se ha ido porque no pudiste simplemente ser feliz con tu esposa perfecta y tu hija perfecta. Estaba demasiado ocupada defendiendo a mi hermano egoísta para creerle. Ahora me arrepiento de eso."

La acusación golpea como un golpe físico, robándome el aire de los pulmones. "Fuera."

"La verdad duele, ¿no?" Agarra su bolso de la encimera, sus movimientos afilados por la rabia. Sus siguientes palabras son precisas, calculadas para herir profundo. "Solo recuerda—cuando todo esto se derrumbe, cuando esa chica muestre sus verdaderos colores, te lo advertí. Y esta vez, Katie será quien pague el precio."

Sale a zancadas, sus tacones resonando contra el suelo de mármol como disparos. La puerta principal se abre y se cierra de un portazo.

Me quedo allí en la cocina, sus palabras resonando en mis oídos, el peso de la culpa y la ira presionando sobre mi pecho hasta que apenas puedo respirar.

LESLIE

El sonido del portazo reverbera por la casa, agudo y definitivo.

Mi corazón late con fuerza mientras me muevo hacia la entrada, demorándome allí un momento antes de salir al pasillo.

Sé que no debería haber escuchado, pero las palabras de Valencia se propagaron. Cada sílaba cortó más profundo de lo que esperaba, no porque fueran ciertas, sino porque jugaban con mis miedos más profundos—que no pertenezco aquí, que no soy suficiente.

No puedo dejar que esto quede así.

El tenue resplandor de las luces de la cocina se derrama en el pasillo oscurecido, y lo sigo, caminando suavemente escaleras abajo. Dudo en la entrada, conteniendo el aliento cuando lo veo.

Michael está de pie junto a la encimera, sin camisa. Su cabeza está inclinada, una mano aferrando el borde de la encimera, la otra frotando su nuca. Está quieto, pero hay una intensidad en su postura, como si apenas pudiera mantenerse entero. El leve temblor en sus hombros delata el dolor que intenta tragarse.

Me adelanto, el sonido de mis pies descalzos sobre el suelo frío demasiado silencioso para romper su ensimismamiento. Cuando finalmente levanta la cabeza, sus ojos encuentran los míos, y dejo de respirar.

El dolor que hay allí es como nada que haya visto jamás—crudo, sin guardias, y devastador. Sus ojos azules están nublados por la emoción. Retuerce algo profundo dentro de mí, y antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, estoy cruzando la habitación.

No digo ni una palabra. En su lugar, lo rodeo con mis brazos, apoyando mi mejilla contra su pecho. Su piel está cálida bajo mi tacto, su latido firme pero pesado. Por un momento, no se mueve, y me pregunto si he cometido un error.

Entonces sus brazos me rodean, fuertes y seguros, atrayéndome contra él como si necesitara la conexión tanto como yo. Presiona sus labios contra la parte superior de mi cabeza.

"Lo escuchaste todo, ¿verdad?" susurra, su voz áspera.

Asiento contra él, incapaz de hablar. Lo último que quiero es añadir a su dolor, pero mentirle ahora parece imposible.

Se aparta ligeramente, lo justo para mirarme, sus manos descansando suavemente en mis brazos. Su mirada escudriña la mía, su expresión indescifrable, pero su tono es suave, casi cauteloso.

"Leslie Rose," dice, y el sonido de mi apellido falso hace que mi estómago se retuerza. "No me estás ocultando nada, ¿verdad?"

La pregunta queda suspendida en el aire, cargada de implicaciones. Sé lo que está preguntando. Sé lo que debería decir. Pero el peso de la verdad es asfixiante. Mi garganta se tensa, pero me obligo a tragar. Sacudo la cabeza lentamente, mi voz firme pero suave al responder.

"No."

Por un momento, pienso que no me cree. Su mirada persiste como si pudiera ver a través de mí. Entonces me besa.

Cuando se aparta, sus brazos me rodean de nuevo, sosteniéndome más cerca esta vez. Su barbilla descansa contra la parte superior de mi cabeza, y su voz es suave pero segura.

"Confío en ti, Les," murmura.

Asiento contra su pecho, incapaz de formar palabras. Su confianza se siente como un regalo y un peso a la vez, presionando sobre los secretos que he enterrado. Pero en este momento, no puedo permitirme pensar en eso. Todo lo que puedo hacer es apoyarme en él, ofreciendo el poco consuelo que puedo.

Pasos resuenan suavemente por la casa, y levanto la vista justo a tiempo para ver a Walter pasando por la entrada de la cocina. Su paso es pausado, su postura tan compuesta como siempre, pero cuando mira en mi dirección, su expresión es todo menos neutral. Una ceja se arquea ligeramente y sus ojos oscuros sostienen los míos por un momento más de lo necesario.

El calor sube a mi rostro, y rápidamente giro la cabeza, fingiendo que no lo vi. Michael parece no notarlo, su abrazo sin cambios mientras mira al suelo, perdido en sus pensamientos.

Mientras Walter desaparece por el pasillo, mi estómago se revuelve con inquietud. Su mirada fue deliberada—un recordatorio silencioso de que sabe más de lo que quiero que sepa. Y sin embargo, estando aquí en los brazos de Michael, el peso de su confianza aún envuelto a mi alrededor, no puedo obligarme a dejar que la verdad se escape.

El restaurante vibra con conversaciones en voz baja y el suave tintineo de porcelana fina. Bellini's es exactamente lo que esperarías de un lugar donde los ricos vienen a dejarse ver—todo madera oscura, manteles blancos y camareros que aparecen y desaparecen como fantasmas. Las arañas de cristal capturan la luz de las velas de cada mesa, haciendo que todo brille dorado y cálido.

Nuestra mesa está justo en el centro de todo. Intento no inquietarme en mi silla, decidida a actuar como si perteneciera aquí.

"¡Mira, Leslie!" Levanta su tenedor, con los espaguetis perfectamente enrollados alrededor. Su vestido azul hace juego exacto con sus ojos. "¿Lo hice bien?"

"Técnica perfecta, princesa," digo, sintiendo una calidez expandirse en mi pecho ante su sonrisa orgullosa.

Michael nos observa desde el otro lado de la mesa, su corbata aflojada lo justo para parecer relajado pero no descuidado. Cuando sus ojos encuentran los míos, la comisura de su boca se eleva de una manera que hace que mi corazón se salte un latido. Estos momentos se sienten peligrosos—como jugar a la casita con una familia que en realidad no me corresponde reclamar.

"Papi," dice Katie, con manchitas de salsa marinara en la barbilla, "¿puedo tomar el pastel de chocolate de postre?"

"Si terminas tu cena," responde Michael, estirándose para limpiarle la barbilla con su servilleta. El gesto es tan natural, tan paternal, que hace que se me apriete la garganta.

Algo se mueve en mi visión periférica—un destello rápido que hace que mi estómago dé un vuelco. Cerca del bar, medio oculto detrás de una planta, hay un hombre con una cámara. Intenta ser sutil, pero sé que ese lente está apuntando directamente hacia nosotros. Hacia mí.

Mis manos empiezan a temblar. Esto es exactamente lo que he estado tratando de evitar. Si esas fotos se publican... No quiero que eso me lleve de vuelta a mi terrible pasado con Donnie.

"Necesito ir al baño," digo rápidamente, empujando mi silla hacia atrás. Las patas raspan contra el suelo demasiado fuerte.

"Espera un momento," dice Michael, su sonrisa fácil y cálida. "La iluminación es perfecta—tomemos una foto juntos primero."

El fotógrafo toma esto como su señal, acercándose con suavidad practicada. El pánico trepa por mi garganta.

"Oh, no—solo soy la niñera," protesto débilmente. "Deberían tomar una solo ustedes dos con Katie."

"Cariño." La voz de Michael baja, solo para mí. "Ambos sabemos que eres más que eso. Por favor quédate."

Sus ojos sostienen los míos, llenos de algo que se parece peligrosamente al amor. Katie tira de mi manga, su rostro esperanzado. "¡Por favor, Leslie! ¡Quiero que estés en la foto!"

Me hundo de nuevo en mi silla, mi corazón latiendo tan fuerte que me pregunto si pueden oírlo. La mano de Michael encuentra la mía bajo la mesa, su pulgar dibujando pequeños círculos en mi palma. El gesto que normalmente me calma solo me hace más consciente de lo que estoy arriesgando.

"Hermosa familia," dice el fotógrafo, y la palabra 'familia' me golpea como un puñetazo al estómago. "¡Todos sonrían!"

Fuerzo mis labios hacia arriba, preguntándome si mi miedo se nota. La cámara hace clic varias veces, cada sonido como un clavo en mi ataúd.

Después de que se va, intento actuar normal. Corto las albóndigas de Katie en trozos más pequeños, asiento a sus historias sobre la escuela, río con los chistes de Michael. Pero mis manos no dejan de temblar.

"¿Leslie?" La voz de Michael está suave de preocupación. "¿Qué pasa?"

El sonido de tacones sobre mármol me salva de responder. Levanto la vista para encontrar a Valencia acercándose a nuestra mesa, y de alguna manera esto se siente peor que el fotógrafo. Lleva un vestido de seda color crema y su cabello oscuro está elegantemente recogido. Se ve exactamente como si perteneciera aquí. A diferencia de mí.

"Michael." Su voz es más suave de lo que jamás la he escuchado. "Katie, cariño."

"¡Tía!" Katie rebota en su asiento, su rostro iluminándose. Valencia se inclina para besarle la mejilla, ignorando completamente mi existencia como siempre.

"Te he extrañado tanto," le dice a Katie antes de volverse hacia Michael. Su postura perfecta parece ligeramente tensa. "No has estado devolviendo mis llamadas."

La mandíbula de Michael se tensa, la calidez de antes desvaneciéndose. "He estado ocupado."

"Michael, por favor." Deja su habitual tono cortante. "Necesitamos hablar sobre lo que pasó. Ha pasado casi una semana."

"No, no necesitamos." Su voz podría congelar el infierno.

"Estás siendo ridículo," dice ella, su filo volviendo. "Estaba molesta, pero—"

"¿Molesta?" La interrumpe con una risa que no contiene humor. "Cruzaste una línea, Valencia. No puedes fingir que no pasó."

"¿Papi?" El labio inferior de Katie tiembla. "¿Por qué estás enojado con la tía?"

Michael se levanta de repente, dejando lo que parece ser quinientos dólares en la mesa. "Nos vamos."

Los ojos de Katie se agrandan. "Pero no he tomado mi pastel de chocolate—"

"Ahora, Katie. Nos vamos ahora," interrumpe Michael.

Me apresuro a ayudar a Katie, agarrando una servilleta para limpiarle la cara. Michael ya está a medio camino de la puerta, dejándonos apuradas tras él. Miro hacia atrás una vez para ver a Valencia de pie junto a nuestra mesa abandonada, viéndose perdida de una manera que nunca creí posible.

Katie empieza a llorar tan pronto como llegamos al coche. "¡Quiero a la tía Valencia!" solloza mientras le abrocho el cinturón de su silla.

Michael agarra el volante como si intentara estrangularlo, sus nudillos blancos. El silencio en el coche se siente tan espeso que podría ahogarse una, roto solo por los sollozos entrecortados de Katie. Estiro mi mano hacia atrás para sostener la suya, pero mi mente sigue volviendo a esa cámara, esas fotos, lo que podrían significar.

Mientras pasamos bajo las luces de la calle, observo el rostro de Michael alternando entre sombra y luz. Su mandíbula está tan apretada que puedo ver el músculo saltando. Está furioso con Valencia.

Pero me pregunto si notó lo rápido que intenté evitar esa cámara. Lo desesperadamente que quería permanecer invisible. Me pregunto qué más ve, y qué más elige ignorar.

MICHEAL

Los faros cortan la oscuridad mientras entro en el camino de acceso, la grava crujiendo bajo los neumáticos más fuerte de lo que debería en el silencio. Los sollozos de Katie se han convertido en suaves hipos, pero aún tiran de algo profundo en mi pecho. Cada pequeño sollozo se siente como una daga, un doloroso recordatorio de que dejé que las cosas se descontrolaran esta noche.

A mi lado, Leslie está sentada rígidamente, sus manos entrelazadas en su regazo. Su comportamiento habitualmente cálido y relajado ha cambiado; la preocupación parpadea en sus ojos verdes cada vez que me mira. Puedo sentir su inquietud irradiando, pero no puedo obligarme a sostener su mirada por mucho tiempo. Hay demasiado peso entre nosotros, demasiado en mi mente.

"¿Estás bien?" pregunta suavemente, su voz cautelosa, como si intentara no sobresaltarme.

Asiento, aunque es una mentira descarada. "Sí," murmuro. "Estoy bien."

Sus cejas se juntan, el escepticismo claro en su expresión, pero no insiste. Me conoce lo suficiente ahora para reconocer cuando no estoy listo para hablar.

Sé lo que necesito hacer. Aunque odio la idea, no puedo evitar arreglar las cosas con Valencia. Ella cruzó una línea, sin duda alguna, pero sigue siendo la única tía de Katie. No importa cuán irritante pueda ser, no puedo negarle a Katie la conexión familiar. No lo haré. No se trata de mí —nunca lo es. Se trata de Katie.

Suspiro pesadamente y me muevo en mi asiento, mirando a Katie por el espejo retrovisor. Está acurrucada en su silla de coche. Su pequeño rostro está manchado de lágrimas, sus labios temblando mientras lucha por contener lo último de sus llantos.

"Entra," le digo a Leslie. "Yo me encargo de Katie."

Ella duda, su mano descansando sobre la manija de la puerta. "¿Estás seguro?"

Asiento. "Sí."

Sus hombros se hunden ligeramente, y asiente. "Vale," dice suavemente. "Buenas noches."

Leslie sale del coche, sus movimientos más lentos de lo habitual, como si fuera reacia a irse. Me lanza una mirada antes de dirigirse hacia la casa, su figura brevemente iluminada por la luz del porche antes de desaparecer dentro. Me quedo un momento, agarrando el volante, tratando de calmar el torbellino de emociones antes de volverme hacia Katie.

"Vamos, princesa," susurro, desabrochando su cinturón. Se aferra a mí mientras la levanto del coche, su pequeño cuerpo cálido y tembloroso en mis brazos. Su cabeza descansa en mi hombro, y presiono un suave beso en su cabello.

Sus suaves sollozos se calman mientras la llevo arriba, la casa silenciosa excepto por el leve crujido de las escaleras bajo mis pies. Cuando llegamos a su habitación, la dejo suavemente en la cama, arrodillándome junto a ella para que nuestros ojos estén al mismo nivel. Sus ojos azules, tan parecidos a los de Evelyn, aún brillan con lágrimas, y la imagen retuerce algo profundo dentro de mí.

"Lo siento por haberme alterado," digo. "La tía Valencia y yo tuvimos un desacuerdo, pero prometo que lo arreglaré. ¿Vale?"

Su pequeño labio tiembla, pero asiente lentamente. "¿Ya no estás enfadado con la tía?"

Fuerzo una pequeña sonrisa. "No, princesa. Lo arreglaré. Lo prometo."

Estudia mi rostro, su expresión tan seria que me duele. "Vale."

"Y mañana," añado, inclinándome en tono conspiratorio, "haré que el chef te prepare el mejor pastel de chocolate del mundo. ¿Trato?"

Su rostro se ilumina ligeramente, y susurra, "Trato."

"Bien." Aparto un mechón de cabello dorado de su rostro y presiono un beso en su frente. "Ahora vamos a prepararte para dormir."

Katie me deja guiarla a través de la rutina—cambiándose a su pijama rosa favorito, cepillándose los dientes, y metiéndose en la cama con el Señor Hoppy bajo su brazo. Me acomodo en la silla junto a su cama con un libro de cuentos desgastado, leyendo suavemente hasta que sus párpados se vuelven pesados y su respiración se nivela en el ritmo constante del sueño.

Una vez que estoy seguro de que está dormida, me levanto con cuidado, dándole otro beso en la frente antes de salir silenciosamente de la habitación. La puerta se cierra tras de mí con un suave clic, y el peso del día se estrella sobre mí como una ola.

Mi habitación se siente fría y vacía cuando entro. Me siento en el borde de la cama, apoyando los codos en las rodillas y frotándome la nuca. Las palabras de Valencia se repiten en mi cabeza

como un disco rayado. La pelea. Las lágrimas de Katie. La tensión de Leslie. Todo se amontona, haciendo que mi cabeza dé vueltas.

Y luego está el fotógrafo. La reacción de Leslie fue... intensa. Demasiado intensa para ser solo incomodidad. Se congeló como si hubiera visto un fantasma, sus manos temblando mientras intentaba escapar del encuadre. No era solo timidez—era miedo.

No lo entiendo. Es impresionante, segura y capaz, pero algo sobre ese momento la sacudió profundamente. ¿Por qué? ¿Qué está ocultando?

Un suave golpe en la puerta me saca de mis pensamientos. Levanto la vista, frunciendo el ceño mientras me levanto y cruzo la habitación. Cuando abro la puerta, Leslie está allí. Su bata está suelta en la cintura, y su cabello rojo cae sobre sus hombros en suaves ondas. Sus mejillas están sonrojadas, su expresión vacilante pero determinada.

No dice ni una palabra. En su lugar, desata la bata y la deja caer de sus hombros, acumulándose a sus pies. Mi respiración se entrecorta mientras mis ojos recorren las curvas de su cuerpo, la forma en que la suave luz del pasillo resalta cada centímetro de su piel desnuda.

Se acerca más, sus manos alzándose para rodear mi cuello. Levantándose sobre las puntas de sus pies, presiona sus labios contra mi oreja y susurra, "He venido a hacerte sentir mejor."

Sus palabras, su aroma, su tacto—todo se estrella sobre mí como una ola. No pienso. No cuestiono. Solo actúo, cerrando la puerta antes de atraerla contra mí. La beso profundamente. Sus labios son suaves y ansiosos, su cuerpo ajustándose al mío como si hubiera sido hecha para mí.

Tropezamos hacia atrás en la habitación, sus manos explorando mi pecho, sus uñas rozando ligeramente mi piel. Cuando me empuja sobre la cama, montándose a horcajadas sobre mis caderas, mi mente se queda en blanco. Todo en lo que puedo pensar es en ella—su calidez, su aroma, la forma en que su cuerpo se mueve contra el mío.

Sus manos bajan, guiándome hacia ella, y agarro un preservativo de la mesita de noche, poniéndomelo con manos temblorosas. Se hunde sobre mí lentamente, y la sensación es abrumadora. Su calor, su estrechez, la forma en que me recibe—es todo consumidor.

Se mueve con movimientos deliberados y fluidos, sus manos apoyadas en mi pecho mientras me cabalga. Sus gemidos crecen más fuertes, llenando la habitación, y siento que el borde de mi control se desliza. Mis manos agarran sus caderas, encontrando sus movimientos con igual intensidad.

Algo se siente diferente—demasiado bueno, demasiado crudo. Mis manos se aprietan en sus caderas cuando un pensamiento repentino me golpea. Antes de que pueda expresarlo, su cuerpo

tiembla, sus paredes apretándose a mi alrededor mientras su orgasmo la lleva al límite. La sensación me envía en espiral, y la sigo, el placer estrellándose a través de mí en oleadas.

Se inclina hacia adelante, presionando un beso en mis labios mientras recuperamos el aliento. "No te enfades," susurra, su voz suave pero vacilante.

Mi corazón se hunde. "¿Por qué?"

Se mueve, levantando sus caderas ligeramente y quitando el preservativo con un movimiento rápido. Está roto. Mi estómago se cae mientras la realidad regresa de golpe.

"Leslie," digo, mi voz afilada. "¿Lo sabías?"

Sus mejillas se sonrojan, y se muerde el labio. "Yo... puede que lo haya sentido."

"¿Por qué no te detuviste?" Mi voz se eleva, el pánico apoderándose de mí.

Ella vacila, su mirada desviándose. "Porque estaba teniendo un orgasmo, Michael."

Me pellizco el puente de la nariz, frustración y miedo arremolinándose en igual medida. "Por favor dime que estás tomando anticonceptivos."

Niega con la cabeza. "No lo estoy."

"Joder." La palabra escapa antes de que pueda detenerla, el peso de la situación presionándome como un tornillo.

Leslie no se mueve, sus ojos grandes mientras me observa. La habitación se siente demasiado pequeña, el aire demasiado pesado. Me aparto, levantándome y pasando una mano por mi cabello, tratando de pensar, tratando de respirar.

Mi mundo se siente como si estuviera ardiendo a mi alrededor, y no tengo idea de cómo detener las llamas.

LESLIE

La habitación se siente sofocante, el aire espeso de tensión mientras Michael camina de un lado a otro. Ya se ha puesto los bóxers, pero sus movimientos son inquietos, frenéticos. Sus manos pasan por su cabello repetidamente, dejándolo despeinado.

"Michael," empiezo, pero mi voz se quiebra. "Está bien."

Su caminar se detiene abruptamente, y se gira para enfrentarme, sus ojos desorbitados. "No, no está bien. Nada de esto está bien."

Mi corazón se siente como si se estuviera partiendo, astillándose con cada palabra. "¿Qué quieres decir?"

Exhala bruscamente, sacudiendo la cabeza. "No puedo—no puedo pasar por esto otra vez. No quiero que estés embarazada, Leslie. No puedo perderte como perdí a Evelyn. Como perdí a Connor."

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, pesadas y sofocantes. Mis ojos se desvían hacia la mesita de noche, captando una foto en un simple marco plateado. Es una foto de Evelyn, su cabello dorado atrapando la luz del sol, su sonrisa radiante. Mi pecho se aprieta, y siento el peso de su memoria presionando entre nosotros como un fantasma.

Me levanto lentamente, la sábana envuelta a mi alrededor, y me acerco a él. "Michael," digo suavemente, estirándome para tocar su brazo. "No soy Evelyn. Y estábamos haciendo el amor... los accidentes pasan."

Pero da un paso atrás, fuera de mi alcance, su mandíbula tensándose. Sus ojos están vidriosos, su dolor expuesto. "Esto fue un error."

Las palabras golpean como una bofetada. Mi respiración se entrecorta, y mi agarre sobre la sábana se aprieta. "¿Cómo puedes decir eso?" susurro, mi voz quebrándose. "Michael, ¿cómo puedes decir eso después de todo?"

No responde de inmediato. Baja la mirada, frotándose la nuca como si buscara las palabras correctas. Cuando habla, su tono es frío, distante. "Solo... ruego a Dios que no estés embarazada."

Me quedo congelada, la incredulidad y el dolor lavándome en oleadas. Mi pecho duele, y siento lágrimas picando en las esquinas de mis ojos. Antes de que pueda responder, se gira y camina hacia el baño, cerrando la puerta tras él.

El sonido de la ducha empezando me saca de mi aturdimiento. Dejo caer la sábana y agarro mi bata, poniéndomela con manos temblorosas. Mi visión se nubla mientras las lágrimas caen, calientes e implacables. Tropiezo fuera de la habitación, mi corazón latiendo en mis oídos, y corro a la mía.

La puerta se cierra tras de mí, y la presa se rompe. Los sollozos sacuden mi cuerpo mientras me derrumbo sobre la cama, aferrando una almohada contra mi pecho. Sus palabras se repiten en mi mente, cortando más profundo cada vez.

Esto fue un error.

Lloro hasta que mi pecho duele y mi garganta se siente en carne viva. Lo último que recuerdo es el sonido de mi propia respiración entrecortada mientras me deslizo en un sueño inquieto.



La sensación de pequeños dedos golpeando mi hombro me saca de una bruma de agotamiento. Parpadeo, la luz del sol filtrándose a través de las cortinas demasiado brillante para mis ojos cansados. El rostro de Katie aparece en mi campo de visión, sus ojos azules grandes y curiosos.

"Leslie," dice, su voz dulce e insistente. "Papi me dijo que te despertara."

Me siento aturdida, frotándome la cara. Mi corazón se siente pesado, mi cuerpo lento. "¿Qué hora es?"

Katie se encoge de hombros, sonriendo. "¡Es hora del sol!"

Su emoción me arranca una pequeña sonrisa a pesar de todo. "¿Qué pasa, solecito?"

"¡Vamos a ver a mi antigua niñera, Martha!" exclama, saltando sobre las puntas de sus pies. "¡Date prisa!"

Con eso, sale corriendo de la habitación, su energía contagiosa. Me arrastro fuera de la cama y me dirijo al baño, decidida a no dejar que mis emociones se noten. Las palabras de Michael aún persisten en el fondo de mi mente, pero las empujo hacia abajo. Por el bien de Katie, necesito recomponerme.

Después de una ducha rápida, me seco y me pongo un vestido veraniego amarillo pálido que me llega justo por encima de las rodillas. Dejo mi cabello suelto, las ondas secándose naturalmente, y me aplico un maquillaje mínimo—solo lo suficiente para sentirme arreglada.

Cuando bajo las escaleras, Michael está esperando junto a la puerta, la mano de Katie en la suya. Está vestido de manera casual con una camisa abotonada y vaqueros, pero hay una rigidez en su postura, un muro entre nosotros que no estaba antes. Me hace un gesto con la cabeza, su expresión neutral, profesional.

"¿Lista?" pregunta.

Asiento, tragando con dificultad. "Sí."

El viaje a la cabaña de Martha es silencioso. Katie parlotea alegremente desde el asiento trasero, ajena a la tensión entre Michael y yo. De vez en cuando, lo miro de reojo, esperando alguna señal de que las cosas no se han roto completamente entre nosotros, pero su atención permanece en la carretera.

La cabaña aparece a la vista después de aproximadamente una hora—un lugar encantador y rústico en la orilla con un porche envolvente y jardineras rebosantes de flores vibrantes. Martha está esperando en el porche, su rostro iluminándose cuando nos ve. Es una mujer menuda de unos sesenta años, su cabello gris recogido en un moño suelto.

"¡Katie!" llama, abriendo sus brazos. Katie sale disparada del coche, corriendo escaleras arriba para abrazarla.

"¡Hola, Martha!" exclama Katie.

Martha la abraza fuertemente, luego nos mira a Michael y a mí. "Tú debes ser Leslie," dice, sonriendo mientras baja los escalones. "Y Michael—vaya, qué bueno verlos a ambos."

"Encantada de conocerte," digo, estrechando su mano. Su agarre es firme, reconfortante.

"Pasen," dice, haciendo un gesto hacia la cabaña. "Preparé el almuerzo. Nada fancy, pero espero que les guste."

Dentro, la cabaña es acogedora y acogedora. El aroma a pan casero llena el aire, mezclándose con el olor a hierbas y pollo asado. La mesa está puesta con platos y vasos que no hacen juego, dando al espacio una sensación encantadora y vivida.

El almuerzo es simple pero delicioso—pollo asado con ajo y romero, puré de patatas con mantequilla, judías verdes frescas y panecillos calientes recién salidos del horno. Katie charla animadamente con Martha durante toda la comida, su rostro resplandeciente de alegría. Incluso Michael parece relajarse, riendo con las historias de Martha y bromeando suavemente con Katie.

Pero su calidez nunca se extiende hacia mí. No encuentra mis ojos, no me involucra en la conversación más allá de la charla educada. El muro entre nosotros es impenetrable, y duele más de lo que quiero admitir.

Después del almuerzo, Martha me da un recorrido por la propiedad. La cabaña se asienta en una pequeña colina con vista al agua, y la vista desde el porche es impresionante. El sol brilla sobre las olas, y una suave brisa trae el aroma a sal y flores silvestres.

Salgo al porche, dejando que los demás se queden dentro. La belleza de la vista hace poco para calmar la tormenta dentro de mí. Mi mente corre, preguntas y dudas enredándose en un bucle implacable.

¿Es este siquiera mi lugar? ¿Qué pasa si hay un bebé involucrado?

La idea de dejar a Michael y Katie hace que mi pecho duela, pero quedarse se siente igual de imposible. Y sin embargo, una cosa es cierta: si estoy embarazada, me quedaré con este bebé. Sin importar qué.

MICHEAL

Katie está sentada en el suelo cerca de la chimenea, rodeada por un mar de crayones y papel.
Su pequeña lengua asoma en concentración mientras colorea cuidadosamente la melena de su unicornio. Ha añadido destellos en forma de pequeñas estrellas alrededor, su versión de una obra maestra mágica. Cada pocos momentos, me mira con una sonrisa orgullosa, sus ojos azules iluminando la habitación.
En la mesa de la cocina, Martha coloca una taza humeante de café frente a mí. El aroma a nuez flota, mezclándose con la brisa salada de las ventanas abiertas. Se sienta frente a mí, juntando sus manos pulcramente sobre la mesa. Su mirada aguda y conocedora se posa en mí, y me doy cuenta de que he estado golpeando nerviosamente mis dedos contra la taza de cerámica.
"Michael," dice, su voz firme y tranquila, como siempre. "Has estado inquieto desde que llegaste. Suéltalo."
Una pequeña risa sin humor se me escapa mientras sacudo la cabeza. "No me di cuenta de que era tan obvio."
"No lo eres, al menos no para la mayoría de la gente," responde con una leve sonrisa. "Pero te conozco lo suficiente. Entonces, ¿qué pasa?"
Me recuesto en la silla, agarrando la taza con fuerza. Por un momento, considero evadirlo, pero una mirada a la cara expectante de Martha me dice que es inútil. No lo dejará pasar.
"Es... mucho," admito, mi voz más baja de lo normal. Miro hacia Katie, que ahora tararea tranquilamente para sí misma, felizmente ajena a la tormenta que se forma en mi pecho. "Valencia y yo tuvimos una pelea."
Martha levanta una ceja, su expresión una mezcla de curiosidad y leve diversión. "Y el sol sale por el este. ¿Qué más hay de nuevo?"

"Esta fue diferente," digo, mi tono más serio. "Dijo algunas cosas sobre mí—sobre Leslie—y no estaba completamente equivocada."

Martha se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. "Continúa."

Dudo, mirando la superficie oscura de mi café como si tuviera las respuestas. "Leslie y yo... bueno, pasaron cosas entre nosotros. Y ahora existe la posibilidad de que esté embarazada."

Sus ojos se ensanchan ligeramente, pero su expresión permanece tranquila. No habla inmediatamente, dejando que el peso de mis palabras se asiente en la habitación. Finalmente, exhala, su mirada suavizándose.

"Ya veo," dice lentamente. "¿Y cómo te sientes al respecto?"

"Aterrado," admito, la palabra flotando en el aire como una acusación. "Entré en pánico, Martha. Dije cosas que no debería haber dicho. La lastimé."

Su ceño se frunce, y no responde de inmediato. El suave tarareo de Katie llena el silencio, un fuerte contraste con el tumulto que se arremolina en mi pecho. Cuando Martha finalmente habla, su tono lleva ese familiar matiz maternal que es tanto reconfortante como inquietante.

"Michael, déjame preguntarte algo," dice, sus palabras deliberadas. "¿Cuál es lo peor que podría pasar si Leslie está embarazada?"

Dudo, inseguro de cómo responder. "Todo podría derrumbarse," digo finalmente. "¿Y si la pierdo? ¿Y si pasa algo como lo que pasó con Evelyn y Connor? ¿Y si Katie tiene que pasar por todo eso otra vez?"

Martha asiente pensativamente, su mirada sin dejar la mía. "¿Y si nada de eso sucede? ¿Y si esta es tu oportunidad de construir algo nuevo, algo bueno?"

Abro la boca para responder, pero ella levanta una mano para detenerme.

"Estás tan asustado de que el pasado se repita que estás saboteando cualquier posibilidad de un futuro," continúa. "Michael, he visto cómo Leslie te mira. Cómo Katie se ilumina cuando está con ella. No es solo un romance pasajero. Lo sabes tan bien como yo."

Sus palabras golpean como un golpe al pecho, pero no se detiene.

"Evelyn se fue," dice suavemente, su voz suavizándose. "Y nada de lo que hagas cambiará eso. Pero tú sigues aquí. Katie sigue aquí. Leslie está aquí. Y si hay un bebé, eso es una bendición, no una maldición. No puedes dejar que tu miedo te robe eso."

Sus palabras se hunden lentamente, como piedras cayendo en un pozo profundo. Asiento, tomando un respiro profundo mientras su consejo se asienta sobre mí.

"Gracias, Martha," digo en voz baja. "Necesitaba eso."

"Cuando quieras," responde con una pequeña sonrisa. "Ahora, deja de lamentarte y ve a arreglarlo. Cuanto más dejes que el miedo te guíe, más difícil será encontrar el camino de regreso."

Antes de levantarme, me detengo, mirándola de cerca. "¿Cómo estás tú, sin embargo? Tu salud... ¿todo bien?"

Su sonrisa se vuelve más suave, un poco más cálida. "Estoy bien, Michael. Mejor que bien. El aire aquí, la tranquilidad—me hace bien. No te preocupes por mí. Solo preocúpate por esa chica tuya."

Asiento, el alivio mezclándose con la culpa siempre presente en mi pecho. Me levanto y salgo, la brisa salada trayendo el sonido de las olas golpeando contra la orilla.

Leslie está de pie cerca de la barandilla, sus brazos cruzados mientras mira hacia el horizonte. El sol poniente proyecta un resplandor dorado sobre su cabello rojo, haciéndolo brillar en la luz. Por un momento, solo la observo, mi pecho apretándose con culpa y algo más profundo que no puedo nombrar.

Me acerco lentamente, las tablas de madera crujiendo suavemente bajo mis pasos. Cuando estoy lo suficientemente cerca, la rodeo con mis brazos por detrás y presiono un beso en la parte posterior de su cabeza. "Lo siento," susurro, mi voz apenas audible sobre el sonido de las olas.

Ella se tensa inmediatamente, alejándose de mi abrazo. Cuando se gira para enfrentarme, sus ojos brillan con lágrimas contenidas, sus labios presionados en una línea apretada. La vista de su dolor corta más profundo de lo que esperaba, y de repente siento todo el peso de lo que he hecho.

"No tienes derecho a decirme que fuimos un error," dice, su voz temblando pero resuelta, "y luego venir aquí y abrazarme como si nada hubiera pasado. Como si no me hubieras lastimado."

"Leslie, mira—" empiezo, pero ella me corta.

"No," espeta. "Me trataste como si no importara. Como si lo que compartimos no importara. ¿Y ahora crees que puedes simplemente disculparte y todo estará bien?"

"Entré en pánico," admito, mi voz ronca. "Estaba asustado—"

"¿De mí?" exige, dando un paso más cerca. "¿De la posibilidad de que esto realmente pudiera significar algo? Porque ciertamente no estabas asustado cuando estábamos en la cama juntos, Michael."

Sus palabras caen como golpes, cada una evidenciando la profundidad de su dolor. Sus ojos brillan, una lágrima deslizándose por su mejilla mientras su voz se suaviza, quebrándose ligeramente.

"No sé si estoy embarazada," dice, sus manos temblando. "Pero si lo estoy, me quedaré con este bebé. Y lo criaré contigo o sin ti."

"Leslie," empiezo, alcanzando su mano, pero ella retrocede, sus ojos destellando.

"No," dice bruscamente. "No me toques, no intentes arreglar esto con palabras vacías. No tienes derecho a hacer eso."

Bajo mi mano, mi pecho apretándose mientras la veo luchar por estabilizar su respiración. Se limpia la cara, sus hombros subiendo y bajando con el esfuerzo de componerse.

"Necesitamos mantener esto profesional," dice finalmente, su voz tranquila pero firme. "Hasta que sepamos. Tal vez incluso después. No puedo hacer esto contigo, Michael."

Se gira y vuelve a entrar en la casa, dejándome allí parado, la puerta cerrándose tras ella con una finalidad que hace eco en mi pecho. Me muevo hacia la barandilla, agarrando la madera fría mientras miro hacia el agua.

El sol se hunde más bajo, tiñendo el horizonte en tonos de naranja y rosa. Las olas ruedan suavemente, indiferentes a la tormenta que ruge dentro de mí.

¿Por qué sigo empeorando las cosas? ¿Por qué siempre dejo que el miedo gane?

LESLIE

Ha pasado un mes.

Cuatro semanas navegando cuidadosamente una frágil tregua con Michael. Desde la confrontación en el porche de Martha, hemos estado jugando un tenso juego de distancia y profesionalismo. Él se ha estado esforzando—manteniendo sus toques breves, sus palabras cuidadosamente neutrales—pero aún puedo sentir el peso de su mirada cada vez que estamos en la misma habitación. Y estaría mintiendo si dijera que no me afecta.

Mantener mi propia distancia no ha sido más fácil. Echo de menos cómo eran las cosas antes. Las miradas robadas, el entendimiento tácito, la intensidad. Ahora, todo se siente tenso, como una cuerda a punto de romperse.

El único respiro ha sido Katie. Ella es un rayo de luz en las sombras, su curiosidad infinita y risa contagiosa cortando la tensión como un bálsamo. Nos hemos vuelto tan cercanas en estas semanas; es mi compañera constante, y su energía sin límites me mantiene enfocada.

Pero incluso Katie ha estado inquieta últimamente. Lo he notado en la forma en que se demora junto a las ventanas, en los pequeños suspiros que deja escapar cuando cree que nadie la escucha. Extraña algo—o alguien—que no tiene pero anhela profundamente: un abuelo.

He pensado mucho en mi propio padre estos días, especialmente ahora que Donnie está cumpliendo trece años en prisión y Roger está encerrado por intento de robo. Por primera vez en un mes, me siento lo suficientemente segura para pensar en volver a mi ciudad natal. No sé cómo reaccionará mi padre al verme después de todo este tiempo, pero necesito averiguarlo.

Hoy, voy a pedirle el día libre a Michael. Es sábado, así que está en casa, y Katie puede quedarse con él. He ensayado mi petición una docena de veces en mi cabeza, decidida a mantener este intercambio estrictamente profesional.

Golpeo la puerta de su despacho, mis nudillos secos contra la madera pulida. "¿Michael?"

"Adelante," llama, su voz firme pero distante.

Empujando la puerta, entro, cuidando de mantener mi expresión neutral. Está sentado en su escritorio, el brillo de su portátil iluminando su rostro. Levanta la mirada, y por un momento, algo parpadea en sus ojos—una calidez que desaparece casi al instante.

"Leslie," dice, reclinándose en su silla. "¿Qué sucede?"

"Necesito pedir el día libre," empiezo, mi voz firme.

Su ceño se frunce ligeramente, la curiosidad deslizándose en su expresión. "¿Por qué?"

"Tengo algo personal que resolver," respondo cuidadosamente. "Katie puede quedarse contigo por el día."

"¿Personal?" Repite la palabra lentamente, como probando su peso. Luego se inclina hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio. "Es un poco tarde para eso, ¿no crees?"

Su tono envía una onda de inquietud a través de mí, pero mantengo mi posición. "No lo creo."

La mirada de Michael se agudiza, y se levanta, rodeando el escritorio en un movimiento fluido. Mi corazón se acelera mientras cierra la distancia entre nosotros, su presencia imponente de una manera imposible de ignorar. Instintivamente doy un paso atrás, pero él sigue avanzando, acorralándome contra la pared.

"Michael..." empiezo, pero mis palabras se quedan atrapadas en mi garganta cuando su mano se desliza entre mis piernas, cubriéndome a través de la tela de mis jeans.

Un jadeo escapa de mis labios, mi cuerpo traicionándome al arquearse contra su toque de manera involuntaria. El calor inunda mis mejillas, pero no soy capaz de apartarme.

"Puedo mostrarte qué tan personal puedo ser," murmura, su voz baja y áspera, enviando un escalofrío por mi columna.

"Michael," susurro, el sonido más una súplica que una protesta.

"¿Qué, Leslie?" pregunta, sus labios rozando el borde de mi oreja. Sus dedos presionan con más fuerza, encontrando el calor y la humedad que ya se acumulan ahí. "¿De verdad quisiste decir lo que dijiste en el porche de Martha? ¿Eso de mantenerlo profesional?"

No puedo pensar. Su mano se mueve con una precisión exasperante, acariciándome a través de la tela, y mi determinación se desmorona con cada toque deliberado.

"Porque," continúa, su tono oscuro y cargado de intención, "tu cuerpo me dice lo contrario."

Antes de que pueda responder, engancha sus dedos bajo la pretina de mis jeans y desliza su mano debajo de la tela, encontrando mi piel desnuda. Dejo escapar un gemido agudo e involuntario cuando sus dedos me rozan, su toque seguro y lleno de conocimiento.

"Michael," logro jadear, mis caderas moviéndose contra su mano, incapaz de controlarme.

Sus labios rozan el borde de mi mandíbula, su aliento cálido contra mi piel.

"Dilo, Leslie. ¿Lo decías en serio?"

Mi mente da vueltas, dividida entre el tirón embriagador de su toque y el recuerdo de sus palabras: el frío rechazo, la forma en que me dijo que éramos un error. El dolor vuelve, agudo e innegable.

"Detente," susurro, apenas audible.

Él se queda inmóvil de inmediato, su mano deteniéndose. Por un momento, creo que me preguntará si lo digo en serio, pero en lugar de eso, se aparta bruscamente, retirando su mano y dando un paso atrás.

"Está bien," dice, su voz plana e indescifrable.

La pérdida repentina de contacto me deja sin aliento, mi cuerpo gritando por el alivio que me negó. Pero él ya se está alejando, caminando hacia su escritorio como si nada hubiera pasado. Se sienta, su atención desviándose hacia la pila de papeles, su compostura irritantemente intacta.

"Bastardo," murmuro entre dientes, apartándome de la pared.

No espero una respuesta. Salgo de la habitación, los puños apretados a mis costados, mis emociones arremolinándose entre la ira, la frustración y algo mucho más complicado.

Katie me encuentra al pie de las escaleras, sosteniendo su peluche favorito. Sus ojos grandes y su sonrisa esperanzada tiran de mi corazón, anclándome en lo que importa. "Leslie, ¿estás bien?"

"Sí, cariño," digo suavemente, forzando una sonrisa. "Estoy bien."

"¿Vas a algún lado?"

"Sí," respondo, revolviendo sus rizos dorados. "Pero estarás en buenas manos. Estoy segura de que papi tendrá la mejor fiesta del té contigo."

Me dirijo a mi coche, el aire fresco de la mañana mordiendo mi piel acalorada. Deslizándome en el asiento del conductor, agarro el volante con fuerza, mis pensamientos un caos absoluto.

El camino por delante se siente como un desafío. Conducir hasta mi ciudad natal es algo que no he hecho en mucho tiempo. La última vez que vi esas calles familiares, mi vida se estaba desmoronando. Ahora, estoy reconstruyéndola pieza por pieza, pero esta visita no es solo por nostalgia.

Hay algo más grande—algo más pesado—que necesito abordar antes de que tome a mi padre por sorpresa.

Mientras me incorporo a la autopista, mi teléfono vibra en la consola central. Bajo la mirada a la pantalla. Michael. Su nombre parpadea como un desafío, su persistencia tangible incluso a kilómetros de distancia. Mi mandíbula se tensa, y lo mando al buzón de voz sin dudar.

Que se revuelva en la frustración que me causó antes.

El teléfono vibra de nuevo. Y otra vez. Para la tercera llamada, lo silencio por completo, agarrando el volante con más fuerza mientras me concentro en la carretera abierta. Cada kilómetro se siente como si me desprendiera de una capa de tensión, pero la anticipación de lo que me espera tira como un hilo a punto de romperse.

El viaje se siente más largo de lo que debería. El paisaje cambia de edificios elegantes de la ciudad a extensos suburbios, y finalmente a las calles familiares de mi ciudad natal. Pequeños negocios bordean la calle principal, del tipo que prospera con clientes leales y visitantes de fin de semana. Paso junto a la cafetería donde mi padre solía llevarme a desayunar tortitas los sábados, el cine donde tuve mis primeras citas incómodas, y el parque donde solía encontrarme con mis amigos antes de que la vida se convirtiera en un torbellino.

Y entonces ahí está—la casa. La casa de mi padre.

Es una casa de dos plantas con revestimiento blanco y contraventanas azul marino, posada en una calle tranquila bordeada de árboles. Se mudó aquí cuando me fui a la universidad, cambiando la modesta casa donde crecí por algo que reflejara el éxito de su pequeña empresa de embalajes. No es una mansión, pero está muy por encima de la pintura descascarada y los suelos crujientes de mi infancia.

Aparco junto a la acera, apagando el motor pero sin moverme de inmediato. La casa revuelve una mezcla de emociones. Siento una punzada de arrepentimiento por la distancia que creció entre nosotros después de que Donnie entrara en mi vida. El segundo matrimonio de mi padre florecía durante esos años, su nueva esposa, Catherine era una presencia constante, pero no me permití ser parte de eso. Me había aislado, dejando que Donnie abriera un cañón entre yo y todos los que amaba.

Ya no más.

Salgo del coche, mis tacones resonando suavemente contra el camino de entrada. Mi corazón late con fuerza mientras me acerco a la puerta principal, cada paso un recordatorio de por qué estoy aquí. Necesito hablar con mi padre, contarle la verdad antes de que le llegue a través de tabloides o chismes susurrados.

La puerta se abre antes de que pueda tocar, y me recibe una ráfaga de cabello oscuro y energía.

"¡Leslie!" La voz de Cassia es brillante y llena de calidez mientras me envuelve en sus brazos. Mi hermanastra de quince años es más alta de lo que recuerdo, su figura delgada pero elegante, su cabello castaño oscuro recogido en una cola de caballo impecable. Huele ligeramente a champú de cítricos, un aroma que se le pega de los productos favoritos de Catherine.

"Te he echado de menos," dice, apartándose lo justo para mirarme, sus ojos brillando con sinceridad.

"Yo también te he echado de menos," respondo, rodeándola con mis brazos una vez más antes de soltarla. "¿Cómo va el instituto?"

"Bien," dice con una sonrisa orgullosa. "Saqué sobresaliente en mi examen de historia la semana pasada."

"Eso es genial," digo, mi voz llena de orgullo genuino. "Siempre has sido muy lista."

Sonríe radiante, luego inclina la cabeza. "¿Dónde has estado? Hace una eternidad que no nos visitas."

La pregunta cae como una piedra en mi estómago, pero logro mantener mi expresión serena. "Solo ocupada," digo, evitando el peso de la verdad. "¿Dónde está tu madre?"

"De compras con sus amigas," responde encogiéndose de hombros. "Han estado fuera toda la mañana."

Asiento, agradecida por la privacidad. "¿Y mi padre?"

"En su despacho." Cassia mira hacia la escalera, luego de vuelta a mí. "Vas a hablar con él, ¿verdad?"

"Ese es el plan," digo, forzando una sonrisa.

Me abraza de nuevo, sus brazos apretando más fuerte esta vez. "No seas una extraña, ¿vale? Te hemos echado de menos."

El nudo en mi garganta crece, pero logro asentir. "No lo seré. Nos pondremos al día pronto, lo prometo."

Cassia me da una última sonrisa antes de desaparecer por el pasillo, dejándome sola en la entrada. Tomo un respiro profundo, preparándome.

Mientras subo las escaleras, mi corazón late más rápido.

LESLIE

Me detengo frente a la puerta del despacho, la madera pulida tan intimidante como una barrera hacia el pasado que he estado evitando. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, cada latido un recordatorio de lo lejos que he llegado y cuánto más necesito avanzar. El suave murmullo de la voz de mi padre se filtra por la rendija bajo la puerta. Está al teléfono—probablemente negocios, como siempre.

Golpeo suavemente, el sonido apenas audible. Por un momento, pienso que no me ha oído, pero entonces su voz profunda corta el silencio.

"Pasa."

Empujo la puerta, entrando con pasos medidos. Su despacho huele a cuero envejecido y madera pulida, el tenue aroma a tabaco de pipa persistiendo de años pasados. Mi padre está sentado detrás de su imponente escritorio de caoba, su cabello gris perfectamente peinado, sus gafas posadas sobre su nariz mientras levanta la vista de una pila de papeles.

"Leslie." Su tono lleva una mezcla de sorpresa y calidez contenida. Deja su pluma, reclinándose en su silla. "¿Qué te trae por aquí?"

Cierro la puerta tras de mí, tomando un respiro profundo antes de caminar hacia la silla frente a su escritorio. La superficie pulida del escritorio brilla bajo la luz de la lámpara de bronce, y mi reflejo me devuelve la mirada—una imagen de vulnerabilidad.

"Quería hablar contigo," digo, sentándome en la silla. Mis manos se inquietan en mi regazo, los dedos entrelazándose. "Sobre... todo."

Su ceño se frunce ligeramente, pero no me interrumpe. Simplemente me observa, su mirada tan firme como siempre.

"Sé que no he estado presente," empiezo, mi voz vacilando ligeramente. "Y sé que he cometido errores—grandes errores. Dejé que alguien se interpusiera entre nosotros, y lo siento mucho,

papá. Debería haber sido más fuerte."

Exhala lentamente, su expresión suavizándose. "Siempre has sido fuerte, Leslie. Ese nunca ha sido el problema."

Parpadeo, tomada por sorpresa por el cumplido.

Se inclina hacia adelante, juntando sus manos sobre el escritorio. "Me recuerdas a tu madre."

La declaración golpea como una descarga, y me enderezo. "¿Mi madre?"

"Sí," dice, su tono pensativo. "Era la mejor persona que he conocido—inteligente, bondadosa, ferozmente independiente. Pero tenía esta capacidad de desconectarse. De dejar todo y a todos atrás cuando las cosas se ponían difíciles."

Mi garganta se aprieta, y mi voz sale como un susurro. "¿Crees que soy así?"

Sus ojos se suavizan, el arrepentimiento cruzando por su rostro. "Tienes la misma fuerza que ella tenía, Leslie. Pero a veces, parece que la usas para alejar a la gente."

Las lágrimas nublan mi visión, y sacudo la cabeza rápidamente. "No soy así, papá. Estoy aquí ahora. Lo estoy intentando. Mamá nunca volvió."

Me estudia por un momento, luego asiente lentamente. "Supongo que tienes razón."

Dejo escapar un respiro tembloroso, limpiándome los ojos. "Quiero reparar nuestra relación. Quiero recuperar a mi padre."

Su mirada no vacila. "Y yo también quisiera eso."

Una pequeña sonrisa esperanzada atraviesa mis lágrimas, pero se desvanece mientras reúno el valor para lo que necesito decir a continuación. Mi mano se desliza hacia mi bolsillo trasero, donde la prueba de embarazo se siente como un peso ardiente.

"Pero primero," susurro, "tengo que decirte algo."

Sus cejas se juntan, la curiosidad convirtiéndose en leve preocupación. "¿Qué es?"

Saco la prueba de mi bolsillo, mis dedos temblando mientras la deslizo sobre el escritorio hacia él. La varilla blanca se siente imposiblemente pesada. Mi voz tiembla mientras digo, "Por favor, no te decepciones de mí."

Toma la prueba, sus ojos escaneándola. Las palabras parecen asimilarse de golpe, su mandíbula tensándose ligeramente mientras la vuelve a dejar.

"Dios mío," dice en voz baja, reclinándose en su silla. "¿Estás embarazada?"

Asiento, las lágrimas derramándose a pesar de mis esfuerzos por contenerlas. "Sí."

Se frota la barbilla, su expresión ilegible. "¿Quién es...?" Se detiene, y el entendimiento destella en sus ojos. "Es tu jefe, ¿verdad? El del trabajo de niñera interna del que me hablaste."

La vergüenza me golpea como una ola, y asiento de nuevo, limpiándome las lágrimas. "Fue un accidente," logro decir. "Que me quedara embarazada, sí. Pero... pero también me enamoré de él."

Su silencio es ensordecedor, y no puedo obligarme a encontrar su mirada. Mi voz baja a un susurro, ahogada con emoción. "No va a estar feliz con esto, papi. Tiene... tiene mucho trauma. No está listo para esto."

Me ahogo con las palabras, mis manos temblando mientras intento componerme. "Si no acepta esto... si no puede..." Mis ojos se desvían hacia la prueba en el escritorio. "¿Puedo venir aquí? ¿A vivir contigo?"

Por un momento, no responde. Luego se levanta, su silla crujiendo suavemente mientras rodea el escritorio. Se arrodilla junto a mi silla, sus manos firmes mientras las coloca suavemente sobre las mías temblorosas.

"Por supuesto que puedes," dice con firmeza. Su voz es estable, pero sus ojos brillan con emoción. "No importa lo que pase, Leslie, eres mi hija. Y te amo. Siempre serás bienvenida aquí. Siempre."

Sus palabras rompen algo dentro de mí, y me lanzo a sus brazos, enterrando mi rostro en su hombro. Por primera vez en años, siento la fuerza de su abrazo, el calor del amor incondicional de un padre.

"Gracias, papá," susurro a través de mis lágrimas. "Gracias."

Se aparta ligeramente, lo justo para ver mi rostro. Su pulgar limpia una lágrima perdida, y ofrece una pequeña sonrisa tranquilizadora. "¿Por qué no te quedas a cenar? Catherine hizo lasaña ayer, y hay bastante sobra."

Una sonrisa genuina atraviesa mis lágrimas, el peso en mi pecho aliviándose un poco. "Eso suena genial."

Se pone de pie, ofreciéndome su mano para ayudarme a levantar. Mientras nos dirigimos juntos a la cocina, una silenciosa sensación de esperanza florece en mi pecho.

LESLIE

El viaje de regreso me agota más de lo que esperaba. La hora de trayecto por la autopista parece interminable, las líneas en el asfalto se desdibujan mientras el cansancio se apodera de mí.

No sé si es el peso emocional del día o algo más profundo. Mi cabeza se siente pesada, mi cuerpo aún más. Tal vez es el embarazo—no me he permitido pensar en ello lo suficiente como para estar segura.

Mientras aparco frente a la casa, la vista familiar de su gran fachada no me trae el alivio habitual. Mis dedos se demoran en el volante, mis pensamientos enredados en el recuerdo de las palabras de mi padre, su abrazo, la tranquila seguridad de que tengo un lugar donde aterrizar si todo se derrumba.

Arrastrándome fuera del coche, me dirijo al interior. La casa está en silencio, Katie probablemente ya acostada. La quietud me envuelve como un capullo. Subo las escaleras, cada paso un recordatorio de cuánto anhelo descansar, encontrar claridad. Mi habitación se siente como un santuario esperando para abrazarme.

Pero cuando empujo la puerta para abrirla, me detengo en seco.

Michael está sentado en el borde de mi cama, la caja de la prueba de embarazo en sus manos. Su postura está tensa, sus anchos hombros ligeramente encorvados mientras mira la caja como si contuviera todas las respuestas a preguntas que teme hacer. La vista de él—tan vulnerable, tan intenso—envía una ola de inquietud a través de mí.

Levanta la mirada cuando entro. El peso de sus ojos me clava en mi lugar, y por un momento, ninguno de los dos habla.

"¿Dónde has estado?" pregunta, su voz baja. "¿Por qué has estado ignorando mis llamadas? He estado muy preocupado por ti."

Dejo mi bolso lentamente, encontrando su mirada. "Fui a ver a mi padre."

Sus ojos parpadean, algo ilegible cruzando por su rostro. Levanta la caja de la prueba de embarazo, su mano firme a pesar de la tormenta que se forma en su expresión. "Estás embarazada."

"Sí," digo, mi voz firme aunque mi corazón late con fuerza en mi pecho. "Lo estoy."

Su mandíbula se tensa, y se levanta, la caja olvidada mientras la arroja sobre la cama. "¿Le dijiste a tu padre antes que a mí?"

"¿Por qué importa?" espeto, el agotamiento y la tensión del día alcanzándome. "Tú no querías esto. Rogaste a Dios que no estuviera embarazada, y ahora lo estoy."

"No lo entiendes, Leslie," dice, su voz elevándose con frustración.

"Entonces explícamelo."

Su mirada se fija en la mía, cruda y sin guardias. "No quiero perderte," dice finalmente.

Mi respiración se entrecorta, y doy un paso más cerca. "¿Cómo puedes decir eso?" susurro, mi voz temblando. "Cuando dijiste que fuimos un error?"

Por un momento, pienso que va a responder, pero en lugar de eso, cierra la distancia entre nosotros en dos pasos rápidos. Sus manos están sobre mí antes de que pueda procesar lo que está pasando—agarrando mi cintura, atrayéndome hacia él.

“Michael,” susurro con la respiración entrecortada mientras me levanta, llevándome hacia la cama. Me recuesta con cuidado, su cuerpo presionándose contra el mío, su peso anclándome en el momento.

“Te necesito,” murmura contra mi cuello, sus labios dejando un rastro ardiente en mi piel. “Dios, Leslie, te necesito.”

Sus manos se mueven rápido, despojándome de la ropa con una mezcla de urgencia y devoción. Mi camiseta, mis jeans y mi sujetador desaparecen en segundos, y sus labios encuentran mi piel, adorándola centímetro a centímetro. Cuando su boca atrapa uno de mis pezones, un gemido se me escapa, mi espalda arqueándose hacia él.

“Eres perfecta,” susurra con una voz cargada de emoción.

Tiro de su camisa, desesperada por sentir su piel contra la mía. No duda ni un segundo, arrancándosela de un tirón y lanzándola a un lado. Mis manos exploran las líneas duras de su pecho, recorriendo el calor y la fuerza que emana. Su cuerpo arde contra el mío, y el anhelo entre mis muslos solo crece.

Sus labios bajan por mi cuello, recorren mi clavícula y siguen más abajo, su lengua acariciando mi piel mientras avanza. Cuando besa mi abdomen, pierdo toda noción de lo que no sea él. Estoy completamente consumida, cada nervio en mi cuerpo encendido y enfocado en él.

Se libera de la prisión de sus pantalones, posicionándose entre mis piernas, la punta de su erección presionando contra mi entrada. Se detiene, sus ojos azules encontrándose con los míos, y veo el hambre cruda reflejada en ellos. Sus dedos sujetan mis muslos mientras se inclina hacia mí, su voz baja y llena de autoridad.

“Dime que me amas,” susurra, su tono tan ardiente como el fuego que arde dentro de mí.

Abro la boca, pero las palabras no salen. Mi cuerpo me traiciona, mis caderas moviéndose instintivamente, buscándolo. Su mirada se endurece, y una sonrisa malvada se curva en sus labios.

“Aún no,” murmura, inclinándose más. Su lengua encuentra mi clítoris, y la sensación es inmediata, un relámpago de placer que hace que mi espalda se arquee de la cama. Lo acaricia con precisión, sus labios succionándolo suavemente antes de liberarlo. Gimo, mis manos aferrándose a las sábanas mientras me tortura sin piedad.

“Dímelo,” exige de nuevo, su voz amortiguada contra mí. Su lengua rodea mi clítoris, lenta y tortuosamente, mientras sus dedos se deslizan dentro de mí al mismo tiempo. La sensación de estiramiento es increíble, su toque experto y deliberado. “Dime que me amas, Leslie. Necesito escucharlo.”

“Yo—” Mi voz se quiebra cuando curva los dedos, alcanzando ese punto profundo en mi interior que me hace ver estrellas. Mi cabeza cae hacia atrás, un grito escapándose de mis labios. No se detiene, su ritmo implacable, su lengua y sus dedos llevándome más alto, más cerca del borde.

“No voy a parar hasta que lo digas,” gruñe, sus dedos moviéndose más rápido. Sus labios regresan a mi clítoris, succionándolo con suficiente fuerza para hacer que mis muslos tiemblen.

Estoy perdiendo el control, mi cuerpo tan cerca del clímax que no puedo pensar con claridad. “¡Oh, joder! Michael—” Las palabras mueren cuando otro gemido desgarrador se escapa de mi garganta, mis caderas moviéndose contra su boca.

“Admite la verdad, cariño,” ordena. Sus dedos giran dentro de mí, su pulgar presionando firmemente contra mi clítoris. Las sensaciones duales son demasiado, mi cuerpo tensándose mientras la presión se acumula hasta un punto de ruptura.

“Dios,” grito, mis paredes apretándose alrededor de sus dedos. Mi orgasmo me golpea con fuerza, estallando en olas, y las palabras salen antes de que pueda detenerlas. “¡Te amo!”

No se detiene, alargando el placer hasta que estoy temblando bajo él, luchando por respirar. Solo entonces se levanta, su cuerpo presionándose contra el mío mientras me besa, con un deseo duro y posesivo.

“Eres mía,” murmura contra mis labios, su erección presionando contra mi entrada. Se hunde en mí de una sola vez, llenándome por completo, y grito, la sensación abrumadora tras la intensidad de mi orgasmo.

Sus caderas se mueven, lentas al principio, luego más rápidas, más fuertes, su cuerpo empujándose en el mío con una fuerza que me deja sin aliento. “Siempre mía,” gime, su voz ronca mientras su ritmo se vuelve castigador. El mundo se reduce de nuevo al calor de su cuerpo, al peso de él, y a la forma en que me llena tan perfectamente.

MICHAEL

La amplia sala de juntas vibra con energía silenciosa mientras me mantengo de pie en la cabecera de la larga mesa de roble pulido.

Mi equipo está sentado a mi alrededor, sus rostros una mezcla de atención y agotamiento. La presentación digital avanza tras de mí, iluminando gráficos y estadísticas en la pantalla. Un traje elegante, una corbata perfectamente anudada y zapatos relucientes son mi armadura para el día.

Bajo la mirada a mis notas, aunque no las necesito. Mi voz es firme mientras delineo nuestra estrategia de crecimiento trimestral, pero mis pensamientos no están del todo aquí. La reunión avanza sin problemas, las preguntas llegando desde todos los rincones de la sala. Respondo a cada una con precisión, pero hay una inquietud que no puedo sacudirme.

La risa de Katie hace eco suavemente en mi mente, un sonido que he llegado a atesorar más que cualquier éxito empresarial. Y Leslie—Dios, Leslie. He estado repasando la noche anterior en mi cabeza todo el día. El recuerdo de su cuerpo contra el mío, sus confesiones susurradas, la forma en que me miraba como si yo fuera el centro de su mundo—es embriagador. La amo a pesar de todo, y aunque tener un bebé me aterroriza, sé que todo sucede por una razón.

Necesito concentrarme en esta reunión, pero el pensamiento de volver a casa me mantiene distraído.

"...y aquí es donde reasignaremos el presupuesto," digo, señalando la pantalla mientras un nuevo gráfico aparece. Hago una pausa para causar efecto, asegurándome de que todos siguen la explicación. Algunas cabezas asienten, bolígrafos garabateando notas. "¿Preguntas?"

"Señor Fontana," empieza uno de los analistas, inclinándose hacia adelante. "Si desviamos los fondos a marketing, ¿no arriesgamos recortar demasiado el desarrollo de productos?"

"Es una preocupación válida," respondo con suavidad, acercándome a la mesa. "Pero los datos muestran una clara oportunidad en el alcance al consumidor. No se trata de ganancias a corto

plazo; se trata de posicionarnos para un crecimiento sostenible."

Mientras atiendo otra pregunta, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Mi primer instinto es ignorarlo —reuniones como esta exigen atención total—pero algo me dice que debo revisar. Deslizando el teléfono discretamente de mi bolsillo, miro la pantalla. Es un mensaje de Leslie.

Deslizo para abrirlo, y una foto llena la pantalla. Katie está de pie en la cocina, harina cubriendo sus mejillas y nariz mientras sostiene una bandeja de galletas deformes pero claramente hechas con amor. Leslie está detrás de ella, sonriendo suavemente, un atisbo de risa en sus ojos mientras se apoya en la encimera. Mi pecho se aprieta, el calor extendiéndose a través de mí como la luz del sol. Es el tipo de momento que nunca pensé que volvería a tener.

"¿Señor?" alguien me llama, devolviéndome a la sala.

"Disculpen," digo, guardando el teléfono en mi bolsillo y enderezándome. "Pasemos a las proyecciones del cuarto trimestre."

El resto de la reunión transcurre sin incidentes, pero mi concentración vacila. Cuando finalmente la doy por terminada, el equipo sale, sus conversaciones murmuradas mezclándose en ruido blanco. Me quedo atrás, recogiendo mis notas y apagando la presentación.

El golpe en la puerta de mi oficina es suave pero deliberado. Antes de que pueda responder, Valencia entra, su presencia imponente incluso sin invitación. Está vestida impecablemente con su blazer a medida y falda de tubo. Su expresión es serena, pero hay una tensión alrededor de su boca que delata el propósito de su visita.

"Michael," dice, cerrando la puerta tras ella. "¿Tienes un minuto?"

Me recuesto en mi silla, ya preparándome. "¿Qué te trae por aquí?"

"Ha pasado tiempo," empieza, su tono inusualmente tentativo. Se acerca al escritorio, sus tacones resonando suavemente contra el suelo de madera. "Quería disculparme por... la manera en que manejé las cosas."

Levanto una ceja, el escepticismo colándose en mi voz. "¿Manejaste las cosas?"

"Nuestra pelea," aclara, juntando sus manos frente a ella. "Dije cosas que no debía. Me pasé de la raya."

Su disculpa es inesperada, pero no me ablando inmediatamente. Valencia raramente hace algo sin un motivo ulterior. "Entiendo," digo simplemente, manteniendo mi tono neutral. "¿Eso era todo?"

Sus labios se presionan en una línea delgada, y toma un respiro profundo. "No. Hay más." Coloca una delgada carpeta manila sobre mi escritorio, su mano demorándose sobre ella por un momento antes de retroceder. "Esto es sobre Leslie."

La mención de su nombre envía una punzada de tensión a través de mí. "¿Qué?"

Valencia señala hacia la carpeta. "Hice algunas averiguaciones."

Mi mandíbula se tensa. "¿Por qué?"

"Porque soy tu hermana," espeta, su compostura deslizándose por una fracción de segundo.

No respondo, mi mirada fija en ella. Después de un momento, suspira y continúa, su voz más suave pero no menos punzante. "No es quien crees que es. Su apellido no es Rose—es Rossi. Tiene vínculos con algunas... personas poco recomendables."

Abro la carpeta, hojeando los documentos dentro. Parece que podría estar vinculada a un criminal llamado Donnie Miller. El aire se siente más pesado con cada página que paso.

"Tiene un pasado, Michael," dice Valencia, su voz firme pero no cruel. "Uno que necesitas conocer."

Cierro la carpeta y la miro. "Está embarazada."

Las palabras caen pesadamente, y veo el destello de sorpresa en sus ojos. "Ya veo," dice después de una pausa. "Eso complica las cosas."

"No cambia nada," corrijo, mi voz firme. "No me importa su pasado, Valencia. Lo que importa es quién es ahora."

Valencia me estudia, su expresión ilegible. "¿Estás seguro de eso?"

"Sí," digo sin dudar. "Y si esto va a funcionar—por el bien de Katie y el nuestro—necesitas tratarla con el respeto que merece."

Por un momento, pienso que podría discutir, pero en su lugar, asiente. "Bien. Pero sabes que los medios no dejarán que esto permanezca enterrado para siempre. Si su pasado sale a la luz, podría ponerse feo. Para ti, para Katie, para el bebé."

Me inclino hacia adelante, mi voz baja e inquebrantable. "Me encargaré de ello."

"Entonces hazlo de la manera correcta," dice, un toque de acero volviendo a su tono. "Hazla tu esposa, Michael. Cámbiale el apellido. No le des al público nada que cuestionar."

Se levanta, alisando su falda. "Piénsalo."

Mientras se dirige a la puerta, vuelvo a mirar la carpeta en mi escritorio con sus palabras resonando en mi mente.



El viaje a casa es silencioso, el distante murmullo de la ciudad desvaneciéndose en el ritmo de mis pensamientos. Las palabras de Valencia resuenan en mi mente, su sugerencia aún rondando como un buitre. Casarme con Leslie. Hacerla una mujer respetable a los ojos del público. La idea

no es extraña; lo había pensado antes, pero no así. No como una medida de control de daños. No quiero pedirle a Leslie que se case conmigo por su pasado—quiero que sea por nuestro futuro.

Cuando entro en el camino de la casa, todo está tranquilo, bañado en el suave resplandor de la luz del atardecer. Se siente como entrar en otro mundo, uno al que no le importan los resultados trimestrales, los escándalos de prensa, o los secretos guardados en carpetas manila. Tomo la carpeta del asiento del copiloto, colocándola bajo mi brazo mientras entro.

El aroma a vainilla y algo dulce persiste en el aire.

Dentro, la encuentro en el sofá, acurrucada con un libro. La suave lámpara a su lado proyecta un resplandor dorado sobre su cabello rojo, y sus pies descalzos están recogidos bajo ella. Se ve en paz, como si perteneciera aquí, como si siempre hubiera pertenecido aquí. Mi pecho se aprieta ante la vista.

Levanta la mirada cuando entro en la habitación, una sonrisa extendiéndose por su rostro. "Hola, ya estás en casa."

Cruzo la habitación y me inclino, presionando un beso en sus labios. Sabe a té de menta y algo más dulce, algo puramente suyo. "¿Dónde está Katie?"

"Está arriba, limpiando su habitación. O al menos, eso dice que está haciendo," dice con una pequeña risa, cerrando su libro y dejándolo a un lado. "¿Qué tal tu día?"

"Largo," admito, sentándome a su lado y colocando la carpeta en mi regazo. "Pero necesitamos hablar."

Su sonrisa vacila ligeramente, reemplazada por un destello de preocupación. "¿Sobre qué?"

Le entrego la carpeta, mi voz tranquila pero firme. "Esto."

Sus cejas se juntan mientras la toma, sus dedos rozando los míos. El peso del momento es palpable, y observo mientras la abre. Sus ojos escanean las páginas, abriéndose con cada línea que lee. El color desaparece de su rostro, y cuando me mira, su labio inferior tiembla.

"Michael..." Su voz es un susurro, apenas audible.

"Háblame," digo suavemente, mi mano descansando en su rodilla. "Lo que sea, quiero escucharlo."

Las lágrimas se acumulan en sus ojos, derramándose mientras deja la carpeta a un lado. Sus manos agarran el borde del cojín del sofá como si fuera lo único que la mantiene anclada. "Es verdad," dice finalmente, su voz quebrándose. "Mi verdadero nombre no es Leslie Rose. Es Leslie Rossi. Y Donnie era el ex novio que arruinó mi vida."

No reacciono inmediatamente, dejándola hablar.

"No quería que nadie me encontrara—ni Donnie, ni su hermano, ni la vida que dejé atrás." Se limpia las mejillas, sus manos temblando. "Michael, cometí tantos errores en ese entonces. Fui estúpida, y pensé... pensé que podría cambiarlo."

Su voz se quiebra, y me mira. "Pero no pude. Testifiqué contra Donnie y cuando su hermano vino a buscarme, huí. Solo necesitaba escapar."

Asiento lentamente, mi mano moviéndose a su espalda, dibujando pequeños círculos. "¿Por qué tomaste este trabajo?"

"Se suponía que sería temporal," admite. "Una manera de mantenerme a flote. Pero entonces conocí a Katie... y a ti. Y todo cambió."

Sus lágrimas fluyen libremente ahora, su rostro arrugándose mientras se inclina hacia mí. "Lo siento tanto, Michael. Debería habértelo dicho. Debería haber sido honesta desde el principio."

"Hey, hey," murmuro, rodeándola con mis brazos. Ella se aferra a mí, sus dedos agarrando mi camisa. "Está bien, cariño. No estoy enfadado."

Se aparta ligeramente, sus ojos grandes y enrojecidos. "¿No lo estás?"

Niego con la cabeza, limpiando sus lágrimas con mi pulgar. "No. Has pasado por suficiente. No voy a usar tu pasado en tu contra. Lo que me importa es la mujer sentada frente a mí—la mujer que amo, que lleva a mi hijo, que ha sido lo mejor que nos ha pasado a Katie y a mí... pero necesito que me prometas algo."

"Lo que sea," susurra.

"Prométeme que serás honesta conmigo de ahora en adelante," digo, acunando su rostro. "No más secretos."

"Lo prometo," dice, su voz quebrándose de nuevo mientras nuevas lágrimas caen. "Lo juro, Michael."

Presiono mi frente contra la suya, mis manos acunando su rostro. "Estamos juntos en esto. Tú, yo, Katie, y este bebé. Somos una familia, Leslie. Y nada va a cambiar eso."

Asiente, sus manos aferrando las mías mientras se inclina, sus labios encontrando los míos en un beso que sabe a sal y desesperación y algo más dulce—una promesa de lo que está por venir.

"Te amo," susurra contra mis labios.

"Yo también te amo."

LESLIE

Un año después...

Las olas rompen contra la arena inmaculada, su ritmo constante y tranquilizador bajo el sol de la tarde.

Desde mi lugar en nuestra playa privada, el océano se extiende infinitamente, sus aguas cambiando de turquesa a azul profundo. La brisa trae el aroma dulce y salado de las flores tropicales desde los jardines de la villa.

Noah se mueve contra mi pecho, sus diminutos dedos aferrándose a la tira de mi vestido veraniego. A sus tres meses, es la mezcla perfecta de Michael y yo—cabello oscuro como su padre, pero con mi nariz. ¿Esos impresionantes ojos azules? Puro Michael. Cuando están abiertos, es como mirar versiones en miniatura de los ojos de su padre, pero ahora están cerrados en un sueño pacífico.

"¡Cariño!" La voz de Michael llega desde la orilla. "¡Te estás perdiendo toda la diversión!"

Levanto la vista para verlo ayudando a Katie a mantener el equilibrio sobre sus hombros mientras las olas lamen sus pies. Su traje de baño está empapado, y las gotas de agua brillan en su pecho bajo la luz del sol. La imagen de él—bronceado, feliz, completamente relajado—todavía hace que mi corazón se salte un latido.

"Alguien tiene que mantener cómodo a este pequeñín," respondo, dando suaves palmaditas en la espalda de Noah. "No todos podemos ser campeones de natación como papá y Katie."

Katie saluda desde su percha en los hombros de Michael, sus rizos rubios alborotados por la brisa marina. "¡Mami! ¿Viste qué altas eran las olas? ¡Eran enormes!"

"Lo vi, princesa," río. "¡Eres muy valiente!"

Michael sale del oleaje, manteniendo a Katie estable mientras ella chilla de alegría. Cuando llegan a mi lado, la ayuda a bajar y ella inmediatamente se deja caer sobre la manta junto a mí.

"¿Podemos construir un castillo de arena ahora?" pregunta, esos ojos azules—tan parecidos a los de su padre y su hermano—brillantes de emoción.

"Por supuesto que podemos," digo, ajustando ligeramente a Noah en su portabebé. "Pero primero, vamos a secarte un poco."

Michael agarra una toalla de nuestras cosas, arrodillándose para envolver a Katie. Mientras lo hace, se inclina para presionar un beso en mi sien. "¿Cómo está nuestro pequeño?"

"Perfecto," murmuro, levantando mi rostro para atrapar sus labios en un beso apropiado. "Igual que su papá."

Sonríe contra mi boca. "Aduladora."

"¡Puaj, besos!" Katie ríe.

Michael se ríe, dejándose caer a nuestro lado. "Un día, princesa, no pensarás que los besos son tan asquerosos."

"Ese día mejor que esté muy lejos," advierto, haciéndolo reír.

Pasamos la siguiente hora construyendo un elaborado sistema de castillos de arena, completo con fosos y puentes. Katie nos dirige como una pequeña arquitecta, su rostro arrugado en concentración mientras coloca cada concha exactamente donde debe ir. Noah despierta brevemente, esos ojos azules parpadeando bajo la luz del sol antes de volver a dormirse contra mi pecho.

"Amor," dice Michael, levantando la vista de donde está tallando ventanas en una de las torres, "¿recuerdas nuestra luna de miel aquí? ¿Esa cena al atardecer en la playa?"

Sonrío, recordando cómo nos casamos cuando tenía tres meses de embarazo. "¿Cómo podría olvidarlo? Estabas tan nervioso de que se te cayera el anillo en la arena."

"¿Puedo verlo?" dice Katie, haciendo una pausa en su decoración de las murallas del castillo.

Extiendo mi mano derecha, donde el anillo de aguamarina atrapa la luz. "¿Ves? La piedra se ve exactamente como el agua."

"Es como un tesoro de sirena," suspira Katie, tocándolo suavemente.

Michael encuentra mi mirada por encima de su cabeza, su expresión suave. "Eso es exactamente lo que pensé cuando lo vi."

Mientras el sol comienza a hundirse hacia el horizonte, pintando el cielo en brillantes naranjas y rosas, nos dirigimos de vuelta a la villa. Es un lugar impresionante—todo piedra blanca y grandes ventanales, con una terraza envolvente que ofrece vistas tanto al océano como a los exuberantes jardines tropicales. La piscina infinita parece fundirse con el mar más allá, y las enredaderas floridas trepan por las elegantes columnas.

"Hora del baño, princesa," dice Michael mientras entramos por las puertas francesas. "Estás cubierto de arena."

Katie hace un puchero pero no discute. Ya conoce la rutina—limpiarse, cenar, y tal vez una película si se porta bien.

"Llevaré a Noah arriba para alimentarlo," le digo a Michael, sintiendo que el bebé comienza a moverse inquieto. "¿Nos vemos abajo en treinta minutos?"

Asiente, inclinándose para besarme suavemente. "Tómate tu tiempo, amor. Yo me encargo de esta pequeña."

Escucho las risas y chapoteos de Katie mientras subo la escalera curva hacia la suite principal. La habitación está bañada en la luz dorada del atardecer, haciendo que todo brille cálido y acogedor. Me acomodo en el asiento acolchado de la ventana para alimentar a Noah, mirando el océano mientras él mama contentamente.

"Te amo tanto, mi dulce niño," susurro, acariciando su cabello oscuro. Él parpadea hacia mí con esos familiares ojos azules, una manita presionada contra mi pecho.

Después de alimentarlo y cambiarlo, lo acuesto en el moisés portátil que hemos instalado en nuestra habitación. Se duerme casi inmediatamente, un puñito curvado cerca de su rostro. La imagen hace que mi corazón se hinche cada vez.

Cuando bajo las escaleras, encuentro a Michael y Katie ya instalados en la terraza. Ella está limpia y fresca en su pijama favorito de unicornios, su cabello húmedo pulcramente trenzado—Michael se ha vuelto bastante bueno en esa habilidad particular.

"¿Hay espacio para una más?" pregunto, deslizándome en la silla junto a ellos.

"Siempre hay espacio para ti, Les," dice Michael, alcanzando mi mano. "¿Cómo está Noah?"

"Profundamente dormido." Aprieto sus dedos. "Definitivamente es tu hijo—nada impide que ese niño siga su horario."

Katie trepa a mi regazo, acurrucándose cerca. "¿Podemos cenar aquí fuera esta noche? ¿Por favor?"

"Me parece una idea excelente," dice Michael, ya alcanzando su teléfono para llamar a la cocina. Habíamos traído personal mínimo con nosotros por privacidad, pero la villa viene con un chef que ha estado creando comidas increíbles toda la semana.

La cena se sirve mientras las estrellas comienzan a aparecer—pescado fresco a la parrilla con salsa de frutas tropicales, arroz con coco y verduras asadas. Katie insiste en probar todo.

"Papi," dice entre bocados, "¿podemos ir a hacer esnórquel otra vez mañana? ¡Quiero ver más peces!"

"Si el tiempo está bueno," promete. "Tal vez podamos intentar encontrar ese pez amarillo que tanto te gustó."

"¿El que parecía que llevaba esmoquin?"

"Ese mismo, princesa."

Los observo interactuar, mi corazón lleno. La manera en que Michael es con Katie—paciente, amoroso, siempre atento—todavía me asombra. Y la forma en que ella me ha aceptado como su madre, sin reservas... es más de lo que jamás me atreví a esperar.

Después de la cena, nos acomodamos en una de las tumbonas grandes. Katie se acurruca entre nosotros mientras Michael lee su libro favorito actual—algo sobre una princesa que se convierte en bióloga marina. La brisa del océano nos mantiene frescos, y el sonido de las olas proporciona la música de fondo perfecta.

A mitad del cuento, Katie se queda dormida, su cabeza descansando contra mi brazo. Michael cierra el libro suavemente, dejándolo a un lado.

"La llevaré arriba," susurra, levantándola con cuidado. Apenas se mueve mientras la lleva a la cama.

Cuando regresa, me levanta. "¿Bailas conmigo?"

"¿Aquí?" río suavemente. "No hay música."

Me atrae hacia él, meciéndonos suavemente. "No necesitamos ninguna. Solo escucha las olas."

Apoyo mi cabeza contra su pecho, respirando su aroma familiar. Su latido es fuerte y constante bajo mi oído.

"Gracias," murmura en mi cabello.

Inclino la cabeza hacia atrás para mirarlo. "¿Por qué?"

"Por darme otra oportunidad en esto. Por amar a Katie como si fuera tuya. Por Noah." Su voz se quiebra ligeramente. "Por todo."

"Michael," digo suavemente, alzando la mano para tocar su rostro. "Tú también me diste todo a mí. Una familia. Un hogar. Un amor que nunca pensé que encontraría."

Me besa entonces, lento y profundo, sus manos abarcando mi cintura. Cuando nos separamos, apoya su frente contra la mía.

"Te amo," respira. "Dios, te amo tanto."

"Yo también te amo," susurro en respuesta. "Siempre."

Un suave llanto desde arriba rompe el momento—Noah, puntual para su alimentación nocturna. Michael me besa una vez más antes de apartarse.

"Ve a cuidar de nuestro niño, amor," dice.

Mientras subo las escaleras, me detengo en el rellano para mirarlo. Está de pie junto a la barandilla de la terraza, mirando el océano, su perfil recortado contra el cielo estrellado. Mi corazón se siente tan lleno que podría estallar.

En nuestra habitación, Noah se calma rápidamente mientras lo alimento. Michael se une a nosotros, sentándose en el borde de la cama y observándonos con ojos suaves.

"Es tan perfecto," dice en voz baja, extendiendo la mano para acariciar la mejilla de Noah. "A veces todavía no puedo creer que sea real."

Sé lo que quiere decir. Después de todo lo que ha pasado, Noah se siente como un milagro.

Una vez que Noah está dormido de nuevo, Michael me atrae a la cama, rodeándome con sus brazos por detrás. Besa mi hombro, y me hundo en su calidez.

"Dulces sueños, amor," murmura.

Entrelazo mis dedos con los suyos donde descansan sobre mi estómago. "Dulces sueños."

Mientras me voy quedando dormida, puedo escuchar las olas a través de nuestra ventana abierta, su ritmo tan constante como el latido del corazón de Michael contra mi espalda. Los suaves ronquidos de Katie llegan desde su habitación al final del pasillo, y los pequeños suspiros de Noah flotan desde su moisés.

Esto es todo lo que nunca supe que quería, todo lo que nunca pensé que tendría. Una familia. Un hogar. Amor.

El final gracias por leer.

¿Te ha gustado esta historia sobre Adrian y Emery? Entonces te encantará mi novela,

Sé mía



Una mirada fugaz a través de un club nocturno repleto no debía poner mi mundo entero de cabeza.

Entre interminables turnos en la cafetería y cuidar de mi madre y mi hermana, había renunciado a la idea del romance.

Entonces apareció Grayson Holt. El tipo de hombre que exige atención sin intentarlo, que te observa con esos intensos ojos verdes como si pudiera derribar todas las defensas que has construido.

Me dije a mí misma que debía huir, que alguien como él solo complicaría mi vida ya desordenada. Pero su tacto encendió mi piel, y cuando me besó, todas mis defensas cuidadosamente construidas se desmoronaron.

Ahora estoy atrapada entre mi mundo de facturas vencidas y turnos de medianoche, y su reino de sábanas de seda y control absoluto.

Lo que más me aterroriza no es adentrarme en su mundo de poder... es saber que podría nunca querer irme.

Leer ahora! https://mybook.to/giBB6



Capítulo 1 – KIMBERLY

Mis pies se arrastran por el concreto agrietado de nuestra entrada mientras estaciono mi maltrecho Honda Civic.

El reloj del tablero parpadea mostrando las 9:47 PM, y mis músculos gritan después de doce horas cargando platos y esquivando clientes manoseadores en la cafetería de Pete. Es entonces cuando veo el Civic rojo cereza de Bianca estacionado torcidamente cerca del garaje, y mi agotamiento se evapora como el rocío de la mañana.

"Maldita sea, otra vez no", susurro, apretando el volante hasta que mis nudillos se ponen blancos. Esta es la tercera vez este mes – no, la cuarta si cuentas aquel domingo por la mañana cuando apareció al amanecer con el rímel corrido por las mejillas y las manos temblorosas.

Nuestra pequeña casa estilo artesanal se ve cansada bajo la luz parpadeante de la calle, su pintura verde menta pelándose como una quemadura solar vieja. Las canaletas caídas y las persianas desgastadas cuentan la historia de veinte años de promesas de "lo arreglaremos el mes que viene."

Pienso en el sobre con las propinas guardado en mi bolso – tal vez esta semana finalmente pueda reemplazar esa luz del porche rota que hace que cada regreso nocturno parezca la escena inicial de una película de terror. Aunque el aviso de mora de la compañía eléctrica que vi sobre la mesa esta mañana podría tener otros planes para ese dinero.

Los escalones del porche crujen bajo mi peso – siempre lo han hecho, incluso cuando era niña. El sonido solía volver loco a papá antes de que decidiera que arreglar piscinas en Phoenix era más importante que arreglar a su familia aquí.

Me detengo en la puerta principal, con la llave suspendida cerca de la cerradura. Hay marcas de rasguños frescos que estropean la pintura alrededor del ojo de la cerradura, y mi estómago se encoge. Bianca debió estar temblando cuando llegó.

Cuando entro, el caos me golpea como una pared física. Los platos están apilados en el fregadero, visibles a través de la entrada de la cocina. Vasos y revistas al azar cubren todas las superficies, y una pila de facturas sin abrir se derrama sobre la mesa de café como una cascada de papel.

La televisión murmura algún programa de telerrealidad que nadie está viendo, y el aroma familiar del vino blanco de mamá se mezcla con algo metálico que hace que mi corazón se salte un latido. Necesito tomar algunos turnos extra esta semana – la pila de sobres rojos no se está

haciendo más pequeña, y el salario de maestra de mamá apenas alcanza para la comida estos días.

"¿Bianca?", llamo, dejando que mi bolso se deslice de mi hombro sobre la mesa tambaleante de la entrada. "¿Mamá?"

Están en la sala de estar, exactamente como temía. Bianca está posada en el borde de nuestro antiguo sofá floral como un pájaro herido listo para emprender el vuelo. Mamá se cierne sobre ella con un paño húmedo, balanceándose ligeramente mientras le limpia el labio. Sus movimientos son demasiado cuidadosos, demasiado controlados – como se pone cuando está tratando de ocultar cuánto ha bebido. Una botella de vino vacía se asoma detrás de una pila de revistas viejas, y su copa actual está al alcance de su mano sobre la mesa de café, casi vacía. No hay sorpresa ahí.

"Ay, Dios, Bianca." Las palabras se me escapan en un suspiro mientras observo el labio partido de mi hermana, que ya se está hinchando morado en la esquina. Una delgada línea de sangre seca se extiende hasta su barbilla y algo protector cobra vida en mi pecho.

El cabello rubio miel de Bianca cae hacia adelante como una cortina, pero capto la vergüenza en sus ojos bajos, el ligero temblor en su labio inferior. Lleva uno de sus conjuntos de diseñador – un suéter de cachemir rosa pálido que probablemente cuesta más de lo que gano en dos semanas en la cafetería. Otro regalo de Carlos, sin duda. Siempre se vuelve generoso después de perder el control.

"Kimmy." Su voz suena pequeña, nada parecida a mi vibrante hermana mayor que solía ahuyentar a los matones del patio de recreo y enseñarme a hacerme trenzas francesas. "No quería que vieras—" Se detiene, tragando con dificultad.

Cruzo la habitación en tres pasos rápidos, esquivando cuidadosamente una pila de ropa sin doblar, y me arrodillo frente a ella. De cerca, puedo ver el ligero temblor en sus manos mientras retuerce el dobladillo de su suéter. Un hábito de la infancia – solía hacer lo mismo con su uniforme escolar cuando estaba nerviosa por un examen.

"¿Qué pasó?", pregunto, aunque ya lo sé. Siempre es la misma historia con diferentes signos de puntuación – moretones en lugar de ojos negros, labios partidos en lugar de dedos rotos.

La mano de mamá se aprieta alrededor del paño, sus movimientos volviéndose menos coordinados mientras su fachada se desmorona. Bajo la dura luz del techo, puedo ver el pronunciado balanceo en su postura, el profundo rubor en sus mejillas que habla de mucho más que solo dos copas de vino. "Ese bastardo perdió los estribos otra vez", escupe, pero su toque sigue siendo suave mientras limpia el labio de Bianca.

"No fue así." La voz de Bianca adquiere esa cualidad de ensueño que me aterra – la que significa que ya está reescribiendo la historia en su cabeza. "No debí presionarlo sobre el dinero que falta. Ha estado tan estresado por el trabajo, y sabía que estaba teniendo un mal día, pero seguí haciendo preguntas—"

"Para." Agarro sus manos, obligándola a mirarme. Su piel se siente fría a pesar de la cálida noche de primavera. "Bianca, escúchate. Esto no es tu culpa. Carlos es un adicto que se vuelve violento cuando está drogado. No puedes seguir poniendo excusas por él."

Las lágrimas se acumulan en sus ojos color avellana – mucho más claros que los míos color miel oscuro. A veces la gente tiene problemas para creer que somos hermanas hasta que nos ven sonreír. Tenemos los mismos hoyuelos, heredados de un padre que nunca se quedó el tiempo suficiente para verlos aparecer.

"No entiendes", susurra, y odio la nota suplicante en su voz. "Él me ama. Realmente está tratando de limpiarse esta vez. Ayer, incluso habló de ir a reuniones, y tiró todas sus—"

"¿Como las tiró el mes pasado?", interrumpe mamá, sus palabras arrastrándose ligeramente a pesar de su evidente esfuerzo por sonar sobria. Deja su copa con más fuerza de la necesaria, y el líquido rojo salpica sobre el borde hacia un estado de cuenta de tarjeta de crédito sin pagar. "¿O el mes anterior? Jesucristo, Bianca, te va a matar uno de estos días."

Bianca se estremece como si las palabras de mamá fueran golpes físicos. "¡Eso no es justo! No lo ves cuando está sobrio. Es tan dulce, tan arrepentido. Me compra cosas, me lleva a restaurantes bonitos—"

"Con dinero que probablemente robó de tu cuenta conjunta", no puedo evitar intervenir, pensando en mi propio miserable saldo bancario y la creciente pila de facturas. "La cuenta que sigue quedándose vacía aunque ambos tienen trabajo."

"Estás celosa", Bianca responde bruscamente, pero no hay verdadero calor detrás de sus palabras. Solo desesperación. "Celosa de que tengo a alguien que me ama, que quiere cuidarme —"

"¿A esto le llamas cuidarte?", señalo su labio, y ella se encoge. "Bianca, por favor. Esto no es amor. Esto es abuso, y te mereces algo mucho mejor."

"No puedo." Su voz se quiebra. "No puedo dejarlo. No entiendes lo mucho que está intentándolo." Se levanta de repente, tambaleándose ligeramente. "Solo necesito descansar. Todo estará mejor mañana. Probablemente está muy preocupado por mí ahora mismo."

"Bianca, mi amor—" Mamá intenta alcanzarla, tropezando ligeramente y sosteniéndose en el brazo del sofá. Pero Bianca ya se dirige hacia la habitación de invitados – la que todavía tiene un

cajón lleno de su ropa de la última vez que juró que había terminado.

La puerta se cierra con un suave clic que de alguna manera duele más que si la hubiera azotado.

Me hundo en el sofá, presionando las palmas contra mis ojos ardientes. Los resortes crujen debajo de mí, y capto un aroma del perfume caro de Bianca mezclado con el vino de mamá.

Cuando abro los ojos, mamá está mirando fijamente su copa como si pudiera contener respuestas, sus dedos temblando ligeramente mientras la levanta hacia sus labios.

"¿Cuántas veces vamos a hacer esto?", pregunto suavemente, mirando la pila de facturas sobre la mesa y calculando cuántos turnos extra necesitaría tomar para hacer mella en ellas.

Mamá toma un largo sorbo antes de responder, fallando ligeramente al llevar la copa a su boca. "Hasta que ella decida que ya tuvo suficiente. O hasta que él la mate." Su voz se quiebra en la última palabra. "Debí haberlo hecho mejor con ustedes, chicas. Debí haberles mostrado cómo es el amor verdadero en lugar de—"

"Mamá, no." Alcanzo su mano, estabilizándola mientras deja su copa. "Hiciste lo mejor que pudiste después de que papá se fue."

Ella aprieta mis dedos, pero puedo ver que ya está derivando hacia la cocina donde espera otra botella de Chardonnay.

Algunas noches me pregunto si todas somos adictas de diferentes maneras – Bianca a Carlos, mamá a su vino, y yo a la esperanza de que de alguna manera pueda arreglarlas a ambas.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, haciéndome saltar. La pantalla se ilumina con un mensaje de Amy.

Amy: *"CHICA. Noche de fiesta. No es negociable."*

Me quedo mirando el texto.

Yo: *"Estoy lidiando con asuntos familiares."*

La respuesta es inmediata.

Amy: *"Siempre estás lidiando con asuntos familiares, que es exactamente por lo que necesitas esto. O te encuentro en Lumière o paso por ti en 20 minutos. Tú eliges.* 💋 *"*

Miro hacia el cuarto de huéspedes donde

Bianca probablemente está llorando sobre su almohada, luego hacia la cocina donde mamá seguramente se está sirviendo otra copa.

La casa se siente pesada con palabras no dichas y errores repetidos, botellas de vino vacías y facturas sin pagar, y de repente no puedo respirar.

Yo: *"Dame 30 minutos. Te veo allá."*

En mi habitación, me paro frente a mi clóset, apartando camisas de uniforme y ropa sensata de trabajo hasta que lo encuentro – el vestido negro que me compré durante las rebajas de fin de temporada.

Es sencillo pero sexy, con un escote de corazón que muestra el suficiente escote para ser interesante sin parecer desesperada. La tela abraza mis curvas de una manera que me hace sentir poderosa en lugar de solo bonita.

Me tomo mi tiempo con el maquillaje, concentrándome en el ritual de transformación.

Las ondas oscuras de mi cabello caen más allá de mis hombros mientras trabajo con la plancha rizadora, cada sección liberando una breve nube de vapor.

Delineo mis ojos color miel con sombra ahumada, dejando que el color se intensifique lentamente hasta que mi mirada parece misteriosa en lugar de cansada.

Una pasada de mi mejor labial rojo completa el look – ese que cuesta demasiado pero me hace sentir que podría conquistar el mundo.

El espejo refleja a alguien que no se parece en nada a la chica que pasó doce horas sirviendo café y esquivando proposiciones de camioneros. Esta versión de mí se ve peligrosa, intocable. Tal vez esta noche pueda pretender ser ella por unas horas.

"Voy saliendo", digo suavemente, deteniéndome junto al cuarto de huéspedes. "¿Llámame si necesitas algo?"

El silencio responde, pero sé que Bianca está despierta. Siempre tiene problemas para dormir después de noches como estas.

El viaje a Lumière toma veinte minutos, cada kilómetro poniendo un poco más de distancia entre yo y el peso del hogar.

El club se alza como un oasis brillante en el vecindario industrial, su fachada Art Deco prometiendo escape. La fila se extiende por la esquina, pero Amy ya me envió mensaje diciendo que estamos en la lista.

Adentro, el bajo retumba en mis huesos, lo suficientemente fuerte para hacer vibrar mis dientes. Las lámparas de cristal cuelgan de techos artesonados, proyectando luz prismática sobre la multitud de abajo. El aire huele a perfume caro y whisky aún más caro, con matices de sudor y desesperación.

Amy saluda desde su lugar en la barra de mármol, ya presidiendo con una copa de champán en su mano perfectamente manicurada. Parece salida de una revista con su vestido rojo ceñido al cuerpo.

"¡Por fin!", exclama mientras me abraza. "Dios, te ves increíble. ¿Ves? Esto es exactamente lo que necesitabas."

Antes de que pueda responder, me pone algo azul eléctrico en la mano. El vaso está frío contra mi palma, y el líquido en su interior brilla como una nebulosa.

"Bebe", ordena. "Luego bailamos hasta que olvidemos nuestros nombres."

Tomo un sorbo, dejando que el dulce ardor del alcohol se lleve el sabor metálico de preocupación que ha estado en mi lengua toda la noche. La multitud se divide y surge a nuestro alrededor como una marea brillante, y por un momento, me permito creer que esta noche realmente podría hacer una diferencia.

Es entonces cuando lo veo al otro lado de la barra.

Está sentado en la sección VIP como un rey, pero no hay nada relajado en su postura. Incluso recostado en un reservado de cuero, irradia poder contenido.

La luz ambiental juega sobre los planos de su rostro – todos pómulos afilados y mandíbula fuerte – mientras sus ojos verde claro observan a la multitud con un enfoque depredador. Lleva un traje gris carbón que probablemente costó más que mi auto. Su cabello castaño es corto y está perfectamente peinado, sin un solo mechón fuera de lugar a pesar del calor del club.

Levanta su vaso de líquido ámbar a sus labios, y observo su garganta mientras traga.

El calor florece en mi pecho y no tiene nada que ver con mi bebida y todo que ver con la forma en que flexiona su antebrazo, revelando un reloj costoso y un vistazo de un tatuaje que desaparece bajo su puño.

Entonces su mirada se encuentra con la mía, y el mundo deja de girar.

Leer ahora! https://mybook.to/giBB6

Anteprima: La Galería del Millonario



Nunca imaginé que mi sueño de abrir una galería de arte me llevaría a los brazos de un hombre brillante e irresistiblemente atractivo.

Cuando me convertí en la asistente de Liam Parker, estaba enfocada en mi independencia—decidida a demostrar que podía construir algo por mí misma. Pero él tenía otros planes. Me

miraba como si fuera la única persona en el mundo, y mantener una relación profesional era imposible cuando cada mirada furtiva y cada beso apasionado me dejaba sin aliento.

Enamorarme de Liam fue tan complicado como emocionante. Pero cuando cruzó la línea en nombre del amor, amenazó con destruir todo por lo que había trabajado—incluyendo mi confianza.

¿Podremos reconstruir lo que está roto, o su ayuda me costará todo lo que siempre he deseado?

Leer ahora! https://mybook.to/znMIIGK



Capítulo 1 – SOPHIA

El sol de la mañana baña las calles de oro mientras me acomodo en mi rincón favorito de la terraza del café La Colombe.

La silla metálica raspa contra el concreto cuando la arrastro, reclamando una mesa de esquina. Perfecta para observar a la gente, aún mejor para dibujar. La multitud matutina pasa apresurada – ejecutivos con maletines, artistas con portafolios, turistas con mapas – pero esta esquina se siente como mi pequeño santuario.

Apenas he dado el primer sorbo a mi café con leche de avena cuando algo llama mi atención – una mariposa monarca, sus alas como un vitral de naranja y marrón, posándose delicadamente en el borde de mi taza.

Contengo la respiración. Las mariposas en Manhattan ya son bastante raras, ¿pero una que se queda quieta? Es un regalo. Como si la ciudad misma me ofreciera un momento mágico antes de mi reunión.

Moviéndome despacio, temiendo asustarla, saco con cuidado mi cuaderno de bocetos. La mariposa permanece ahí, sus alas abriéndose y cerrándose perezosamente bajo el sol matutino.

Mi lápiz se desliza sobre el papel con trazos expertos – primero la forma básica, luego los patrones intrincados. Las venas oscuras que recorren sus alas me recuerdan a las líneas de plomo en los vitrales, y me encuentro mapeando cada detalle, alternando la mirada entre mi modelo y la página.

Por esto dejé la contabilidad – por momentos como este, cuando el arte y la vida se entrelazan perfectamente.

La mariposa se mueve, y me quedo inmóvil, pero solo está ajustando su posición. Capturo los sutiles degradados donde el naranja se funde con el marrón, la perfecta simetría de sus alas. Mis dedos difuminan el grafito con precisión, añadiendo profundidad a las sombras. Cada línea se

siente correcta, como si mi mano supiera exactamente dónde ir. Esto podría ser perfecto para una nueva pieza de joyería – trasladar estos delicados patrones a metal y piedra. Casi termino, solo necesito—

Una brisa susurra al pasar, y la mariposa alza el vuelo, elevándose en espiral hacia los edificios. La observo hasta que desaparece contra el cielo azul, hipnotizada por su grácil danza entre los rascacielos.

Entonces miro mi teléfono.

"¡Mierda!" La hora me mira fijamente – 9:45. "¡La reunión con el abogado!"

Meto mi cuaderno en mi bolso, casi tirando la silla en mi prisa.

El dibujo tendrá que esperar. Agarro mi bolso, dejando mi café medio lleno olvidado en la mesa, la marca de labial en el borde como única evidencia de que alguna vez estuve ahí.

Gracias a Dios que el bufete está al lado. Mis tacones resuenan contra la acera mientras me apresuro a través de las puertas giratorias, mi corazón ya acelerándose por lo que está por venir.

No odio los ascensores. Normalmente. Pero hay algo en este que me eriza la piel—tal vez es la débil música de ascensor que suena como si se reprodujera a través de una lata oxidada de 1985, o el sabor metálico en el aire que recubre mi lengua con cada respiración. O tal vez es simplemente el hecho de que estoy a punto de entrar a una reunión con un poderoso abogado para discutir la compra de un espacio para una galería que cuesta más de lo que ganaré en la próxima década.

Mi estómago realiza una rutina de gimnasia digna de las Olimpiadas mientras presiono el botón del último piso, viéndolo iluminarse con un enfermizo resplandor amarillo.

Mi bolso—cuero vintage, desgastado lo justo para tener carácter—pesa en mi hombro, cargado con bocetos, notas y cada gramo de encanto que he logrado reunir para vender mi visión, aunque mi cuenta bancaria grite en protesta.

Las puertas se cierran con un susurro que suena más como una advertencia, y me veo reflejada en el panel de espejo. Sexy pero profesional, me recuerdo, dando un rápido toque a mis rizos sueltos. Caen más allá de mis hombros en ondas cuidadosamente elaboradas que me tomaron cuarenta y cinco minutos y dos productos diferentes para lograr.

Llevo un vestido negro que se adhiere a mis curvas como una segunda piel sin cruzar esa línea invisible hacia el territorio de intentar demasiado.

Mis aretes de turquesa, largos y elegantes con acentos de oro martillado, bailan contra mi cuello con cada movimiento. Los hice yo misma, como toda mi joyería. Cada pieza cuenta una historia,

lleva un pedazo de mi alma. Única. Memorable. Como yo. O al menos, como la versión de mí que estoy desesperadamente tratando de vender hoy.

Respiro profundo, inhalando el aroma de mi perfume de jazmín mezclado con el aire estéril del ascensor.

Mis dedos aferran mi bolso como si fuera un salvavidas y me estuviera ahogando en medio de Manhattan. Es ahora o nunca, Sophia. Convence al tipo de que eres legítima, y estarás un paso más cerca del sueño.

El sueño que me ha mantenido despierta incontables noches, bocetando diseños hasta que mis dedos se acalambraron y mis ojos ardían. El sueño que me hizo dejar mi trabajo seguro y aburrido en contabilidad para perseguir algo que realmente hace que mi corazón se acelere.

El ascensor se detiene en el piso once, la parada súbita hace que mi estómago dé un vuelco. Levanto la mirada mientras las puertas se abren con ese mismo sonido susurrante, y entonces, él entra.

Alto. Oscuro. Devastador. Su traje—azul marino y claramente hecho a medida—parece haber sido confeccionado por ángeles con un gusto impecable, y la forma en que se estira sobre sus anchos hombros debería venir con una etiqueta de advertencia. Su cabello oscuro está perfectamente peinado en ese estilo deliberadamente imperfecto.

No me mira de inmediato, solo presiona un botón y se apoya casualmente contra la pared.

Cuando sus ojos finalmente se encuentran con los míos, son del color del whisky añejo, y percibo en ellos una agudeza, una inteligencia que roza lo depredador. Una seguridad que no solo cruza la línea de la arrogancia—la pulveriza.

Asiente levemente, un movimiento preciso y controlado, como todo en él. "¿Último piso?"

Le devuelvo el gesto, intentando ignorar cómo mi pulso se acelera bajo su mirada. "Así parece."

Las puertas se cierran, sellándonos en nuestra jaula metálica, y desvío la mirada, repentinamente consciente del espacio entre nosotros. Se siente cargado, como el aire antes de una tormenta. Es uno de esos tipos, me doy cuenta. La clase de hombre que no necesita anunciar su importancia porque irradia de él como el calor de una hoguera.

Definitivamente es abogado. Parece de los que desayunan contratos y los bajan con whisky, probablemente mientras lee el Financial Times y planea dominar el mundo.

El ascensor se sacude bruscamente, el movimiento violento casi me hace perder el equilibrio sobre mis tacones de imitación. Tiembla una vez, como un animal moribundo, y luego se detiene con un chirrido que suena caro y aterrador.

Las luces parpadean amenazantes, y mi corazón da un vuelco. "No, no, no, no—"

"Tranquila," dice él, con una voz suave como bourbon de alta gama y irritantemente serena. "Probablemente solo sea un tropiezo momentáneo."

"¿Tropiezo?" espeto, golpeando el botón de emergencia con tanta fuerza que me astillo la uña perfectamente esmaltada. No sucede nada excepto un patético chasquido que no ayuda en nada a mi creciente pánico. "No sé en qué tipo de ascensores se mueve usted, pero de donde yo vengo, los tropiezos no te dejan atrapada entre pisos."

Arquea una ceja perfecta, su expresión atrapada entre la diversión y la curiosidad. "¿Y de dónde viene exactamente?"

"Acabo de mudarme de Brooklyn," respondo. "Donde la gente tiene cosas que hacer y nada de tiempo para quedarse atrapada en ascensores."

Sus labios se tensan, como conteniendo una sonrisa que podría agrietar su perfecta fachada. "Anotado."

Lo fulmino con la mirada, tratando de ignorar cómo las luces parpadeantes proyectan sombras que hacen que sus pómulos parezcan esculpidos en mármol. "Se lo está tomando bastante bien. ¿No tiene que estar en algún lado?"

"De hecho, sí." Saca su teléfono del bolsillo con la misma gracia fluida que parece acompañar cada uno de sus movimientos, mira la pantalla y frunce el ceño. "Sin señal."

"Perfecto," murmuro, deslizándome contra la pared, sintiendo el frío metal a través de la tela delgada de mi vestido. "Simplemente perfecto."

Leer ahora! https://mybook.to/znMIIGK

¡Gracias!

¡Espero que hayas disfrutado de la historia de amor de Michael y Leslie!

Como autor romántico recién establecido, ¡me gustaría agradecerle por tomarse el tiempo para leer mis novelas!

Su apoyo significa el mundo absoluto para mí. ¡Espero poder traerte más romances increíbles en el futuro!

Si te gustó esta historia, déjame una reseña en Amazon y sigue mi página de Amazon Author para que puedas encontrar mis nuevos lanzamientos.

Gracias de nuevo, ¡eres muy apreciada!

xoxo,

Nomaya Jax